

YO NOLITO Y EL IMBÉCIL

Elvira Lindo

Ilustraciones de
Emilio Urberuaga



Manolito Gafotas
se

En esta nueva entrega de Manolito Gafotas, el querido personaje creado por Elvira Lindo, este correrá nuevas y emocionantes aventuras junto a su hermano, el Imbécil.

El ser que más quieren, el abuelo, pasará por un mal momento. Manolito y el imbécil sufrirán su primer robo. La Luisa les llevará a comer a un restaurante de lujo donde montarán un buen follón, y hasta les vestirá de azul-pijo.

Mientras, la madre de las dos criaturas está preocupada por el abuelo y tendrá una importante bronca con la Luisa.



Elvira Lindo

Yo y el Imbécil

Manolito Gafotas - 6

ePUB r1.0
nalasss 21.07.13

Título original: *Yo y el Imbécil*
Elvira Lindo, 1999.
Ilustraciones: Emilio Urberuaga
Diseño/Retoque portada: Emilio Urberuaga/nalasss

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0



*Para Sara y Elisa, hijas de mis amigos Susana y Emilio (Urberuaga), con todo el cariño de su
(hada) madrina, que velará siempre para que sean felices como lo son ahora.*

Y ahora yo:

Para el Imbécil, para que sepa
que ya no me arrepiento de que
naciera.

Firmado:

Manolito

A stylized, handwritten signature consisting of a single continuous line that forms a loop and ends with a long, thin tail.

PRIMERA PARTE:
Tus Nietos No Te Olvidan

Los de mi barrio se quejan

Lo que te voy a contar en este capítulo de mi vida no se lo cuentes a nadie, porque en este capítulo lloro, y los capítulos en que lloro me dan un poco de vergüenza. Dice mi abuelo que cuando uno tiene tantos libros sobre su vida es normal que de vez en cuando el protagonista (yo, por ejemplo) lllore por una terrible desgracia; dice mi abuelo que al lector eso le gusta muchísimo, que el lector se pone a llorar también como si la desgracia fuera suya. Qué lector más raro. Los lectores que yo conozco, que viven todos, por cierto, en Carabanchel Alto, cada vez que el protagonista las pasa canutas se parten el pecho de risa, sobre todo si ese protagonista soy yo. El chulo de mi barrio, Yihad, dice que cuando más le gustan los libros de mi vida es cuando me tropiezo, o cuando mi madre me da una colleja, o cuando él me rompe las gafas. Yihad, además de chulo, es un mentiroso, porque su propia madre me dijo un día:

—No le hagas caso, Manolito; si éste no abre un libro ni aunque salga él.

Al principio, en mi barrio, todos compraron el primer tomo de mi biografía por la novedad y para ver si salían, pero luego dejaron de comprarlos porque se enfadaron bastante, no sólo por cómo los sacaba yo, sino también por cómo los dibujaba Emilio Urberuaga. La *sita* Asunción vino a clase diciendo que a ella la había sacado como una foca, y a todos nos dio tanta risa que la *sita* dijo que no quería volver a ver a ningún niño con un libro de los míos entre las manos. Mi vecina la Luisa dijo que tal y como la había sacado ese individuo en los dibujos, parecía que ella tenía lo menos 50 años.

—Pero, Luisa —le dijo mi madre—, es que tú tienes 52.

—¡Sí, pero eso él no lo sabe, y estarás de acuerdo conmigo, Cata, en que yo aparento diez menos de los que tengo! Un artista no hace eso, un artista te saca favorecida, o no te saca, o que saque a su madre.

—Pero qué me vas a contar a mí, Luisa —le dijo mi madre—, si a mí me pinta siempre con una barbilla que parezco un pelícano.

El señor Ezequiel también protestó porque dice que en los dibujos nunca se aprecian las reformas que ha hecho en el bar:

—Y, verdaderamente, tengo El Tropezón en la actualidad que parece un bar de París, pero este señor parece que no se entera.

—¡O que no se quiere enterar! —dijo un cliente que también salió retratado en uno de los libros. Mi padre también se queja, se queja de que siempre lo saca muy gordo:

—¡Y yo nunca he tenido esa tripa, Cata, nunca la he tenido!

La verdad es que no conozco a nadie de mi barrio que esté contento con cómo ha salido en los libros. Miento, hay uno: el Imbécil, que le encanta vacilar con que el dibujante siempre lo saca en las portadas; pero a mi madre no le hace gracia que siempre lo dibujen con el chupete puesto, porque dice que eso es reírle la gracia.

—Estoy yo intentando quitarle al niño la manía del chupete, y el tío me lo tiene que pintar siempre con el chupete.

Digo que al principio la gente compraba los libros en mi barrio, pero dejaron de hacerlo

porque decían que no se iban a gastar un dinero en verse gordos y feos y haciendo el ridículo. Asimismo se lo soltaban a mi madre por la calle, y luego ella me decía:

—Hay que ver, Manolito, que me vas a acabar enemistando con todo el mundo.

—Yo no, mamá; es la que escribe los libros, que siempre se queda con lo peor de lo que le cuento.

Bueno, pues lo que quería yo contar aquí, y que empezaré por el principio de los tiempos, era que un viernes por la tarde fui con mi abuelo al ambulatorio, y que el doctor Morales le dijo a mi abuelo que lo de la próstata no podía seguir así, que había que cortar por lo sano, porque tenía una próstata que era un asco la próstata esa, cada minuto que pasaba más grande. Mi abuelo se puso muy pálido y cruzó las manos por delante de la misma próstata, a lo mejor porque tenía miedo de que el médico cogiera un bisturí del cajón y le pegara un tajo allí mismo. Pero no. «Tranquilo», le dijo el doctor Morales adivinándole el pensamiento, «se la quitaremos en el hospital y con anestesia, como a todos los viejos».

Mi abuelo salió del ambulatorio bastante triste y andando muy despacio.

—Abuelo —le dije yo—, si te pesa mucho la próstata, apóyate en mi hombro para que llevemos el peso entre los dos.

Pero mi abuelo dijo que no andaba despacio por el peso de esa próstata creciente, sino porque a los abuelos, de vez en cuando, también les entra un miedo que te cagas. Teníamos que ir a la Gran Vía porque nos había mandado mi madre a comprar camisetas de termolactil para mí y para el Imbécil, porque a ella le gusta mucho vernos sudar en invierno, y hasta que no nos asoma un sarpullido por el cuello no se queda tranquila. Nos fuimos en taxi porque mi abuelo dijo que con lo triste que estaba no quería meterse en el metro; ya tendría tiempo en un futuro de estar bajo tierra. Así es mi abu: un optimista nato.

Los protagonistas nunca pagan

Compramos las camisetas y él se compró otra y unos calzoncillos, porque mi abuelo dijo que quería darle buena impresión a las enfermeras. Nos quedamos un buen rato en la tienda porque mi abuelo le contó al dependiente su próxima operación, y un viejo que también compraba calzoncillos como mi abuelo le dijo que no se preocupara, que él, desde que se había operado, veía la vida color de rosa. Aquel viejo operado le levantó la moral a mi abuelo, y encima el dependiente los dejó entrar en el probador para que nos enseñara la cicatriz, y no veas si moló, porque era una cicatriz superperfecta, que todos estuvieron de acuerdo (el dependiente también) en que parecía que el médico se la hubiera hecho con tiralíneas. Y mientras estábamos todos agachados viendo «esa maravilla de la cirugía», el viejo se reía de lo contento que le ponía que le echáramos piropos a su barriga partida. Mi abuelo y el viejo se dieron el teléfono porque se habían hecho super-amigos y porque ese viejo quería ir a ver a mi abuelo al hospital para ver si el médico le hacía a mi abu una cicatriz tan superperfecta como la suya.

Cuando se despidieron en la Gran Vía, a mi abuelo le había cambiado el humor y, para celebrarlo, me dijo que iba a comprarse un décimo de lotería en la tienda de una señora que se llama doña Manolita (pero no somos familia). Había mucha cola y yo le dije a mi abu que pasara de comprar, pero mi abuelo decía que le daba en la nariz que aquella era su tarde de suerte, y se le ocurrió que podía dejarme en una librería enorme que hay en la Gran Vía para que estuviera caliente. Mi abuelo me contó que antes a los niños se les dejaba un rato esperando dentro de una iglesia, pero que los niños se ponían a tiritar de frío y la gente les acababa echando monedas y los niños de mayores se hacían mendigos. Cuando mi abuelo me dejó en aquella librería, pensé que entonces a lo mejor de mayor yo me hacía escritor, pero me sacudí la cabeza con las dos manos porque, la verdad, me gustaría ser más guapo de lo que son actualmente los escritores.

Allí me dejó mi abuelo: solo entre tantos libros. Y no te vas a creer lo que me encontré encima de una de las mesas: *Manolito Gafotas*, *¡Cómo molo!*, *Pobre Manolito...* Estaban todos en aquella librería, que debía de ser una de las más importantes de Europa. Me entró una risa incontenible y el dependiente me miró como diciendo: «¿De qué se ríe el niño ese?». Yo le dije que si no le importaba me iba a llevar uno de los libros, y el dependiente, haciéndose el gracioso, me dijo que no le importaba, pero que pasara por caja. Entonces yo le dije que no hacía falta porque yo era el protagonista de esos libros y que los protagonistas nunca pagan los libros en los que salen, que eso lo dice la Constitución Mundial, que es como si Superman pagara por entrar al cine a ver la película de *Superman*. Pensé que le había quedado superclaro con este ejemplo, así que me puse el libro debajo del brazo y eché a andar hacia la puerta para esperar allí a mi abuelo. Pero alguien me puso la mano en el hombro. Me volví. Era el dependiente, que, acercándose mucho a mi cara, me dijo:

—Todavía no ha nacido el niño que se lleve de esta librería un libro por el morro. Soy de Carabanchel Bajo, ¿me oyes? Y no me gustan los graciosos.

La barbilla me empezó a temblar incontroladamente. Aquello se había puesto realmente feo.



El dependiente de aquella librería me tenía agarrado por el hombro, y me dijo que yo era un niño chorizo sin vergüenza ninguna porque me llevaba las cosas por todo el morro y sin esconderme.

—¡Deja ahora mismo ese libro en la mesa, choricillo!

Dejé el libro en la mesa muerto de miedo.

—¿Dónde está tu madre?

—Mi madre está en Carabanchel Alto. Lo dice en el libro que usted no me deja llevarme.

—Niño, no te hagas el gracioso conmigo.

—Si no es que me haga el gracioso, es que es verdad. He venido con mi abuelo Nicolás, pero mi abuelo está ahora comprando un décimo de lotería aquí al lado y me ha dejado en esta librería, pero no para que compre ningún libro, sino para que esté caliente.

—Pues hay que leer, niño, y hay que comprar libros en vez de robarlos, como a ti te gusta.

—A mí no me gusta robar. Yo ya robé una vez, en la tienda de la panadería de la Porfiria, y me pillaron.

Le conté a aquel dependiente rabioso la vez que robé en la panadería con el Orejones y Yihad, y que no había vuelto a robar porque cuando te pillan es bastante desagradable, te castigan y no puedes salir en todo el domingo al parque del Ahorcado. El dependiente rabioso me pegó un tirón y me quitó el libro, y yo me quedé allí, apoyado en el montón de libros sobre mi vida, muy triste porque aquel hombre no quisiera creer que yo era el protagonista de aquellas historias. Lo reconozco: me eché a llorar.

Mi abuelo llegó cuando ya había derramado tres lágrimas y estaba a punto de salir la cuarta. Me dijo:

«¿Qué te pasa, Manolito, majo?», y yo le señalé al dependiente rabioso, que nos miraba con una cara que daba miedo. Mi abuelo le dijo al dependiente que qué había pasado, que yo era un niño que daba gloria verme de lo bueno que era, que era un niño que sólo daba problemas con lo vago que era en el colegio, con lo celoso que era con el Imbécil y con que a veces no había quien

me callase y que ponía a mi madre de los nervios (de punta), pero que, quitando esas dos o tres tonterías, era el niño 10, el nieto perfecto, y que él, como mi abuelo que era, no podía consentir que alguien me hiciera llorar al lado de unos libros sobre mi vida.

Un amante de los niños

—¿Pero usted sabe la de niños que vienen aquí a diario diciendo que son de los que salen en esos libros? Si tuviera que regalarle un libro a cada uno que me ha venido contando pamplinas: que si soy el Orejones, ¡el Orejones!, cómo va a salir uno con semejante nombre en un libro, por Dios. Que si soy Yihad... Hasta vino una niña un día diciendo que se llamaba la Susana, pero que era más conocida en el mundo mundial como Bragas-sucias. Parece que todo Carabanchel Alto sale en esos libros, menos yo, claro. Será porque soy de Carabanchel Bajo.

—Si quiere le tomamos el nombre y mi nieto hará lo imposible porque salga en el próximo.

—Llevo el nombre en la chapa.

El dependiente rabioso nos señaló la chapa que llevaba en la camisa. Se llamaba Sánchez.

—Mi nombre es Sánchez. Jaime Sánchez.

—Manolito —me dijo mi abuelo—, deja de llorar, tontorrón, y apunta el nombre de este señor, Jaime Sánchez.

—Ya le digo que soy de Carabanchel, pero del Bajo, que tengo esa pega.

—No se preocupe, que por una vez mi nieto puede hacer una excepción.

Aunque el hipo que me había dado no me dejaba escribir muy bien, apunté en un papel: «Jaime Sánchez».

—Con que ponga Sánchez es suficiente. Aquí, en la librería, por Sánchez me conoce todo el mundo.

—No, señor, mi nieto le dice a la escritora que le saque con el nombre completo. ¿Quiere que le ponga también el segundo apellido, no vaya a ser que su madre se moleste?

—Es que mi segundo apellido es Bobo, y como se enteren mis compañeros puede ser un cachondeo.

—Manolito, no le pongas Bobo a este señor.

Hice como que lo tachaba.

Sánchez Bobo dijo que no tenía muy claro que yo fuera el verdadero Manolito Gafotas, pero que por si las moscas lo fuera, que no dejara de escribir que Jaime Sánchez era un hombre honrado y amante de los niños de la infancia. Yo apunté: «Sánchez Bobo: honrado y amante de los niños de la infancia».

A Sánchez Bobo le estaba encantando la idea de salir en un libro, y siguió dictándome que si era socio del Madrid y que era poeta, que tenía varias poesías dedicadas a jugadores del Real Madrid, que si yo quería también podía sacarlas en uno de mis libros. Parecía que Sánchez Bobo se había hecho superamigo nuestro, hasta que mi abuelo le dijo:

—Bueno, Sánchez, ha visto usted que mi nieto no es ningún choricillo, así que dele usted uno de sus libros, que a la criatura le hace ilusión, y a mí, compréndalo, no me apetece gastarme los cuartos en historias que ya me sé de memoria.

—Don Nicolás, perdone, pero yo regalar no puedo. Además, que no, que no me fío yo del todo de que su chiquillo sea el verdadero. No es por usted, don Nicolás, que tiene toda la pinta de ser legal, pero actualmente no se puede fiar uno de la gente. La gente es muy mala.

Como la gente era tan mala, Sánchez Bobono nos regaló el libro y mi abuelo lo compró porque a mí me había dado el antojo, y cuando me da el antojo me pongo la mar de insoportable. Según salimos de la tienda, yo taché de mi papel «amigo de la infancia», y dejé lo de honrado, que no sé lo que es.

Mi abuelo me compró *Pobre Manolito* porque siempre nos reímos cuando nos acordamos de aquel día en que Bernabé entró a su casa y se empezó a tirar unos pedos monstruosos por el pasillo, sin saber que toda mi familia, y yo y la Luisa estábamos allí esperándole para darle una cena sorpresa. Cuando salió el libro, la Luisa estuvo un mes sin hablarnos, pero luego se le pasó porque todo el mundo en la peluquería, en la Porfiria y en mitad de la calle le decía: «Qué gracioso tu Bernabé, Luisa, pero qué gracioso», y «el libro se salva por la gracia que tuvo tu Bernabé con aquellos pedos gloriosos», y «tu Berna es un humorista, Luisa. Qué gracia tiene». Y a la Luisa se le fue quitando el mal rollo que le daba salir en un capítulo llamado «Los Cochinitos», y ahora, cuando se reúnen con mis padres los domingos en El Tropezón, dice con el vermú en la mano:

—Es que hay que reconocerlo: el que nace con gracia, nace con gracia, y mi marido ha nacido con ese don. Tu marido tiene otros dones, no digo yo que no, pero desde luego gracioso no es.

Y mi madre le da la razón porque dice que es mucho mejor tener a la Luisa dando la lata y contenta que dando la lata y mosqueada.

Nos volvimos a casa en otro taxi porque a mi abuelo le había dado en la nariz que su décimo nos iba a tocar, y en el taxi fui leyendo el capítulo de los pedos de mi padrino Bernabé. Mi abuelo se durmió, pero seguí leyendo en voz alta porque el taxista se partía el pecho con la historia de los cochinitos. Me dijo el taxista: «Niño, qué bien lees», y yo le dije que eso lo leía bien porque me lo sabía porque era la historia de mi propia vida. Tampoco se lo creyó. Estaba visto que nadie estaba por la labor de creerme. A los grandes personajes les pasa eso; mira a Superman, que en cuanto se quita la capa no lo conoce ni su novia. A mí me dan ganas de meterme en la pantalla grande y decirle a la novia esa tan lista: «Pero ¿es que no lo ves, pedazo de novia, que éste de las gafas que tienes delante de tus narices es Superman?».

Le dije al taxista ahora por aquí y ahora por allá, y luego le dije, como si fuera un niño de mundo: «Aquí es, en la calle de Mario Conde, 4. La calle donde vive uno que se llama Manolito García, donde vive su hermano el Imbécil, su madre Catalina, su padre Manolo, la Luisa y Bernabé (el de los pedos), y mi abuelo Nicolás», le dije, «que es éste al que se le ha descolgado la cara del sueño que ha pillado».

—En los libros lo llamo Superpróstata, pero pronto dejará de serlo porque le van a operar.

Y aquel taxista me miró raro, raro, pero que muy raro.

Un abuelo hueco

Subimos a mi casa muy despacio porque mi abuelo estaba medio dormido, pero, cuando íbamos a la altura del segundo, me dijo:

—No le voy a decir a tu madre todavía que me operan de mi superpróstata hasta después de cenar, porque la conozco y sé que se pondrá de los nervios.

La Luisa, que estaba limpiando la mirilla, como siempre, abrió la puerta:

—Pues yo pediría referencias de quién le opera, Nicolás, porque los médicos, ya sabe, van a quitarte la próstata, y se animan, se animan, y te dejan hueco por dentro. En eso, yo los tengo comparados a los peluqueros.

—Gracias, Luisa, por darme ánimos.

—Yo, por ayudar, ya me conoces.

La Luisa se metió para dentro, y no habíamos llegado al tercero, cuando mi madre nos abrió la puerta con el Imbécil en brazos. Nos dijo lo de siempre, que qué tarde y que había estado a punto de llamar a la policía, que tenía ya el dedo en el teléfono. Primero la tomó con mi abuelo diciendo que siempre la tiene con el alma en un hilo y que para qué sirven las cabinas, que si uno va a volver tarde a casa, que llama y en paz, pero que no es plan eso de tener a una madre con el come come. Y luego la tomó conmigo, porque yo le dije que nadie se quería creer que yo era el niño protagonista de unos libros, y ella me dijo que me dejara de tonterías, porque todos los niños protagonistas de la historia habían acabado medio drogadictos por las esquinas, porque un niño lo que tiene que hacer es estudiar y darle alegrías a su madre. Ni tan siquiera me dejó el año pasado mandar la carta que habíamos escrito yo y el Orejones al programa de la tele *Lluvia de estrellas*. La cosa fue que como nunca me ha visto escribir una carta en mi vida, menos las que le mando en verano al Orejones a Carcagente, se extrañó de verme escribir una. Entonces empezó a pasar por mi lado y a mirar disimuladamente a ver lo que escribía. Ya te he dicho que mi madre es como la mujer-policía. Y según se acercaba, yo tapaba la carta con el brazo. Me estaba poniendo de los nervios y yo la estaba poniendo de los nervios, que es algo que hacemos todos los días de nuestra vida; y ya me dijo:

—¿A quién le escribes con tanto misterio?

—Al Orejones, como siempre.

—Pero si estamos en pleno abril, y todo el mundo sabe en España que el Orejones sólo se va en verano a Carcagente.

—Bueno, pero es que le estoy escribiendo aquí, a Carabanchel. Hay cosas que se dicen mejor por carta.

Esta última frase fue una gran inspiración que me vino de momento. Pero a mi madre las grandes inspiraciones no la impresionan. Y me dijo: «¡Vamos a ver qué es eso tan importante que le dices a tu amigo!». Entonces fue cuando leyó la carta que enviamos a *Lluvia de estrellas* para imitar, a las Azúcar Moreno, el Orejones y yo como un par de niños *drag-queen*. No había sido idea mía, había sido idea del Orejones, que le gusta bastante ser un niño *drag-queen*. Eso se ve a la legua en todas las fiestas de carnaval. A mí, la verdad, es que me daba un poco de corte, pero el

Ore me convenció porque dice que con esa imitación íbamos a dar el pelotazo. Mi madre se lo tomó fatal, no hacía más que decir: «¡Ay, qué disgusto más grande que te salga un hijo *drag-queen!*». Y me rompió la carta y me dijo que ojalá que nunca se enterara mi padre, y también me dijo que los niños no podían salir por la tele haciendo de *drag-queen* porque estaba prohibido por la Constitución española.

El caso es que estaba mi madre echándonos la bronca a mi abuelo y a mí, cuando llamó la Luisa a mi casa y asomó la cara por la cocina y nos dijo que si ya le habíamos dicho a mi madre lo que teníamos que decirle. Así es la Luisa: te chafa en un pispás las mejores sorpresas. Mi abuelo le contó a mi madre que tenían que operarlo de la próstata, y mi madre empezó a gritar: «¡Hasta las vecinas se enteran de las operaciones antes que yo!». La Luisa estuvo a punto de enfadarse, pero mi abuelo consiguió que no se enfadara diciendo que se había enterado de casualidad y porque estaba limpiando la mirilla, como siempre, al oír pasos por la escalera, que es un tic que tiene la Luisa bastante incontrolable. Además, no hay conversación que le guste más a la Luisa que la de enfermedades e intervenciones quirúrgicas. Se sabe todos los errores médicos que ha sufrido la población entera de Carabanchel Alto y dice que algún día lo escribirá en un libro, y le dijo a mi abuelo que si a él le pasaba cualquier cosa en el hospital, aunque fuera una cosa chica, que lo metía en su libro *best-seller*. Mi madre le dijo a la Luisa:

—Por favor, Luisa, deja ya el tema, que estoy cenando, y no sé qué me está pareciendo esta salchicha con tomate que tengo en el plato.

—Mamá, mamá —dije yo—. Y dice la Luisa que igual, en uno de esos errores, al médico cirujano le da por cortar, y se pone, se pone, y le deja hueco al abuelo.

El Imbécil se puso a llorar de imaginar a mi abuelo hueco, un abuelo de esos que les das un toque en la tripa y suena como si estuvieras llamando a una puerta. Mi madre dijo: «¡Ya estás haciendo llorar a tu hermano, precisamente ahora que se tiene que ir a dormir, y ya sabes que luego sueña!». Es verdad, cuando el Imbécil tiene pesadillas, da unos alaridos de terror que me ponen los pelos que parezco un erizo. Mi madre se lo llevó a la cama y le decía por el pasillo: «Ay, qué rarillo se pone mi niño por la noche». Y le daba unos besos por las distintas partes de su cuerpo, que no es porque yo sea un niño celoso, como dice mi madre; es que, cuando se empiezan a besuquear por la noche, me ponen también los pelos de punta, como un erizo. Como verás, yo, por unas cosas o por otras, me paso hecho un erizo la mayor parte de mi vida.

El día que yo falte

Todas las noches anteriores a que operaran a mi abuelo de su próstata gigantesca hablábamos en la cama de varios temas relacionados con la terrible operación. Los fines de semana, cuando mis padres se marchaban por ahí a sus bares y a sus cines, el Imbécil se metía con nosotros en la cama y así hablábamos los tres. Mi abuelo le había dicho al Imbécil que mientras estuviera en el hospital, él podía dormir en la terraza de aluminio-visto conmigo, siempre que no se meara, porque el olor del *meao* se agarra al colchón y luego no hay forma de que se quite. Le advirtió que si pensaba mearse, que no se le olvidara poner el plástiquillo debajo de la sábana. Ante las caras bastante estupefactas de mi abuelo y yo, el Imbécil se fue corriendo a la habitación de mis padres, donde él tiene su cuna gigantesca, volvió con el plástiquillo y lo metió como pudo en el cajón de la mesita.

—El plástiquillo del nene —dijo.

—¿Así que te piensas mear en mi ausencia y en mi cama? —le dijo mi abuelo.

—Sí, el nene se va a mear.

Así es el Imbécil: un niño sin complejos y con bastante morro.

Ahí se quedó el plástiquillo hasta el día en que se fue mi abuelo y mi hermano lo sacó para ponerlo debajo de la sábana. Y las noches anteriores a que mi abuelo se fuera, él siguió meándose en su cuna, sin plástiquillo, porque a él no le importa mojar su colchón. Lleva haciéndolo cuatro años, desde que nació, y es una tradición que no quiere perder, por mucho que mi madre se lo haya contado a medio barrio para ver si se pone rojo. Mi madre no se da cuenta de que el Imbécil no tiene vergüenza.

También hablábamos de un tema que yo y el Imbécil llamamos «El día que yo falte». Es un tema que le gusta bastante a mi abuelo y que siempre empieza así: «El día que yo falte...», y luego sigue contándonos lo que nos dejará en testamento a los dos, porque somos lo que más quiere en este mundo. A mi madre no le gusta cuando mi abuelo empieza con el rollo de «El día que yo falte», y a nosotros antes, cuando éramos más pequeños, tampoco nos gustaba. Casi siempre acabábamos llorando y dándole puñetazos a mi abuelo por hablar de esos temas mortales. Pero ahora nos hemos acostumbrado. Que le hemos cogido el gusto. Y ahora los que acabamos pegándonos somos yo y el Imbécil porque los dos lo queremos todo: la casa del pueblo, el dinero de la cuenta, la dentadura postiza, el último cupón de la ONCE o de la Lotería, las bufandas... Hubo un día que nos pegamos por el tazón que tiene mi abuelo para tomarse el soperío por las noches, y mi abuelo nos castigó dos días seguidos sin jugar a «El día que yo falte...»

Pero la verdad es que cuando llegó el momento de la verdad, el momento en que mi abuelo tenía que ingresar en el hospital, y mi madre empezó a hacerle la maleta, a mí se me hizo un nudo en la garganta tan grande que al tragar saliva parecía un pavo, y al Imbécil le pasó lo mismo porque le oía hacer el mismo ruido que hacía yo. Mi madre le metió dos pijamas nuevos en la maleta, y mi abuelo le decía: «¿Para qué dos pijamas nuevos, Cata, si sabes que me van a poner allí una camisola?». Pero a mi madre eso le entró por un oído y le salió por el otro porque ella decía que aunque sólo fuera para que las enfermeras tuvieran muy clarito que mi abuelo era un

viejo que estaba cuidado y que tenía una familia.



Yo, sin decirle nada a nadie, fui a sacar dinero de mi cerdo para hacerle un regalo a mi abuelo antes de que se marchara, pero mi cerdo estaba como siempre: seco. Tuve que arrastrarme pidiéndole dinero al Imbécil, que no sé cómo lo consigue, pero siempre tiene algún billete guardado en uno de sus rincones secretos: dentro de la casita de los Pinipones o dentro de la caravana de la Barbie-Caravana. Esta vez, sacó un billete de mil pelás de debajo del colchón de mis padres. Es un niño amante de las tradiciones. Nos bajamos a la calle, y en la puerta del *híper* se me ocurrió una idea impresionante: nos haríamos una foto los dos juntos en el fotomatón que hay a la entrada. Fue muy difícil explicarle al Imbécil que teníamos que ponernos con las caras

pegadas para poder salir los dos bien en la foto. Una vez que hicimos un ensayo general y que yo creí que lo había entendido, me subí al Imbécil encima y eché el dinero. Pero fue echar el dinero y empezar a ponernos nerviosos y a pelearnos por tener más sitio en la foto. El Imbécil me agarró de la cara y me la echó para atrás, *¡flash!*, y ahí se fue la primera foto; yo me defendí y abrí las piernas y dejé que el Imbécil se cayera al suelo, *¡flash!*: la segunda; la tercera se disparó cuando el Imbécil trepaba otra vez por mí agarrándose de mi pelo y de mis gafas, y la cuarta, cuando ya había conseguido subirse y estaba el muy bestia a punto de morderme en la cara. De pronto, la máquina se paró y los dos dejamos de pelearnos. Nos quedamos allí, *cortaos*, yo con el Imbécil encima, los dos con las caras muy juntas, y todavía jadeando y sudando. Estábamos en la posición ideal para hacernos la foto que hubiera deseado cualquier abuelo a punto de operarse de la próstata. Pero habíamos perdido nuestra oportunidad. Salimos de la cabina y esperamos las fotos. Ahí estaban las cuatro fotos: parecía la secuencia de una película de niños criminales. Al lado de la cabina había un puesto de marcos de plástico. Compramos uno para cuatro fotos. El tío que los vendía te ponía la frase que quisieras, y como eso de «Papá, no corras» ya está muy visto, y además mi abuelo ni es mi padre ni conduce, le dijimos que nos escribiera: «Tus nietos no te olvidan». Cuando subimos a casa y se lo dimos, mi abuelo se quedó callado, bastante emocionado.

—Hemos hecho como que nos peleábamos —le dije—, para que nos recuerdes como somos siempre. ¿Te gusta la frase?

—Muchísimo —dijo mi abu a punto de llorar—, si algún día faltó, quiero que me pongáis una idéntica en el cementerio.

Y ahora fuimos nosotros los que nos echamos a llorar, porque a veces mi abuelo se pasa tres pueblos.

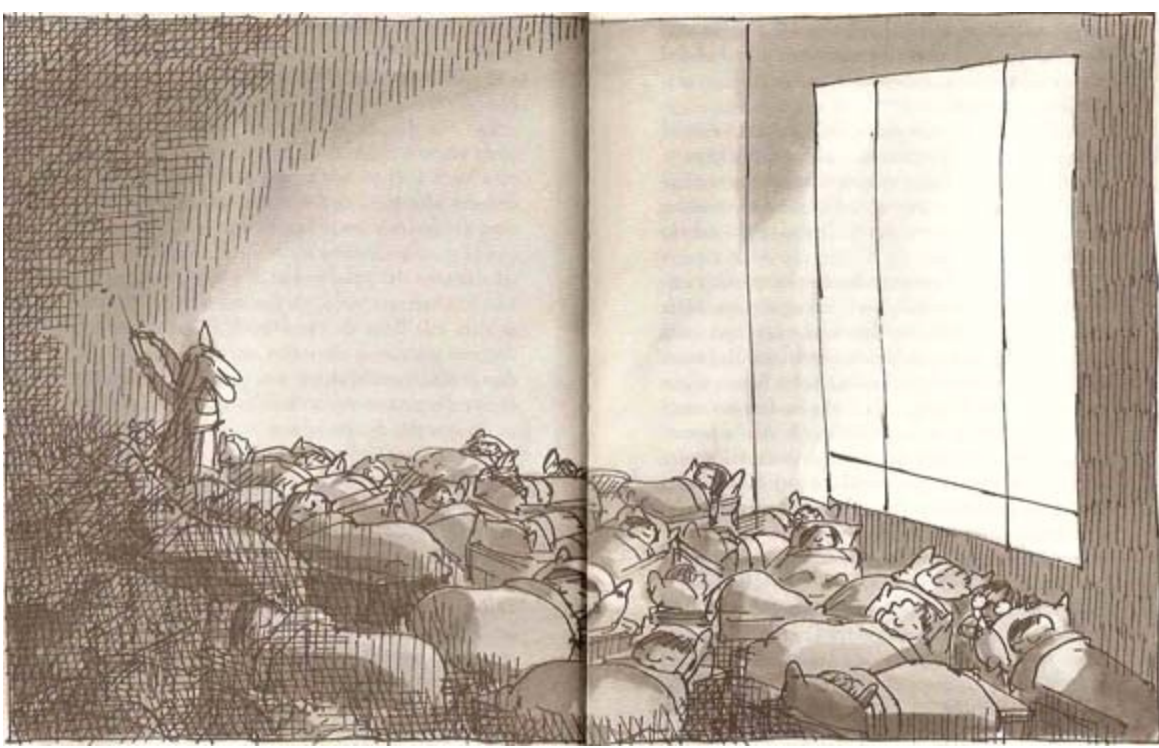
—No le hagáis caso —dijo mi madre—, que os lo dice para que le deis besos.

Así que le dimos seis o siete, y algunos en toda la boca, para que se callara y no dijera más tonterías antes de irse.

Brazos de pollo

Mi madre no nos quería llevar al hospital porque decía que no era un espectáculo bonito para unos niños de la infancia, y porque además los niños siempre molestan en los hospitales a las personas enfermas, porque se tumban en la cama de los enfermos moribundos y les desconectan el gotero vital y se pasan el rato dándole a la manivela que sube el respaldo de la cama de las personas operadas, porque a esos niños les hace mucha gracia que el enfermo moribundo diga: «¡Ay, que me tira la cicatriz, que me tiran los puntos!». Total, que al final una enfermera gorda como un camión entra en la habitación y le dice a la madre de esos niños: «¡Lléveselos, por favor, señora mía, lléveselos a un lugar donde yo no pueda encontrarlos nunca, porque si no se los lleva, voy y les clavo esta inyección de calmante que tengo en el bolsillo de mi bata y los dejo en la sala de niños dormidos que tenemos aquí mismo, en el hospital; una sala que hemos habilitado para niños inaguantables!».

Eso nos dijo mi madre, que, como verás, no se corta un pelo a la hora de meterles miedo a sus propios hijos. Incluso nos representa el papel de la enfermera adormecedora de niños, que se le pone una cara de madre envenenadora que te da un miedo que te (rellénalo). El Imbécil ya se había metido dentro del mueble-bar, y yo, aunque ya soy un niño bastante viejo, no podía evitar imaginarme aquella sala llena de camillas de niños dormidos, decenas y decenas de niños anestesiados, durante días y días, como castigo a su pesadez con los pobres enfermos moribundos. Ya digo que, aunque ya sé que esa historia la contaba mi madre para que el Imbécil la dejara marcharse sola al hospital, y yo sabía el truco (del almendruco), porque soy un niño bastante sensible y esas cosas me impresionan. Ya debería estar acostumbrado, porque una vez le dijo al Imbécil, para no llevárselo al *híper*, que a los niños que saltaban dentro de los carros y que corrían por los pasillos los metían en jaulas y los dejaban en la sección de animales para que la gente les echara cacahuetes. Y otra vez nos dijo que si no nos acostábamos mi padre había dicho que no volvería el viernes. En fin, que yo sé que emplea esas sucias mentiras para que el Imbécil obedezca, porque es un niño (lo denuncié públicamente) bastante peor educado que yo, pero luego, cuando el Imbécil se pone a llorar, mi madre dice: «Ay, pucherín, pucherín», y el Imbécil vuelve a hacer casi todo lo que le sale de sus narices llenas de mocos.



Pues en ésas estaba mi madre, metiéndonos el miedo en el cuerpo, cuando sonó el teléfono y, como estábamos ya en ese ambiente de terror, fue oírlo y meternos a una el Imbécil en el mueble-bar, cerrando la puerta desde dentro, y yo debajo del sofá.

Enseguida nos dimos cuenta de que era mi abuelo, que llamaba desde el móvil del abuelo que tenía en la cama de al lado. Le dijo a mi madre que ya le habían hecho todas las pruebas del mundo (mundial) y que le operaban dentro de dos horas, y que quería que nos llevara al hospital para despedirse de nosotros antes de la anestesia que le iban a poner, que era una anestesia bastante general. Mi madre dijo que no que no, que los niños en los hospitales son un incordio; pero nosotros oímos chillar a mi abu desde aquel móvil del otro abuelo y mi madre tuvo que decir que bueno, que vale, que siempre lo que digáis.

El caso es que le había metido tanto miedo al Imbécil con el rollo de la enfermera terrorífica que luego nos costó un buen rato sacarlo del mueble-bar y vestirlo y subirlo al autobús y sacarlo del autobús, que se había agarrado al asiento como una lapa, y meterlo en el hospital, que se agarró también a los pantalones de un señor que había en la puerta, que casi se los baja. Menos mal que era uno de esos señores raros, que yo no sé por qué le hacen gracia esas cosas de los niños de la infancia, y le dijo a mi madre: «Señora, no se preocupe, si yo lo entiendo, si yo pudiera tampoco me veían por ahí dentro». Al Imbécil se le pasó el terror cuando le compramos un kit-kat, un crunch y unos emanens, porque es un niño bastante consumista y cuando mi madre se gasta dinero en él se consuela bastante. Esto último no lo voy a criticar porque a mí me pasa lo mismo. En algo se tenía que notar que somos hermanos.

Cuando llegamos a la habitación de mi abuelo, mi pobre abu estaba mirando cómo comía el señor de al lado, el del móvil. El Imbécil le quitó un trozo de pan al señor, se lo mojó en la sopa y se lo fue a dar a mi abuelo, pero mi abuelo dijo que la enfermera le había dicho que antes de una operación uno no se podía comer ni las uñas. A mi abuelo no sólo le habían quitado la comida, también le habían quitado la ropa. Estaba tapado con la sábana y tenía los brazos al aire, unos brazos muy finurrios, con un poquillo de piel colgando. Se ve que yo y el Imbécil pensamos lo

mismo, porque el Imbécil se subió en la cama y, tocándole con la punta de los dedos (como si le diera un poquillo de asco) la piel que le sobraba en los brazos, dijo:

—El abuelo tiene brazos de pollo.

Y todos nos reímos bastante. Mi madre también, aunque luego dijo: «Bueno, bueno, no os empecéis a animar, que os conozco». Pero ya era tarde, el Imbécil saltaba en la cama y cantaba: «¡Brazos de pollo, brazos de pollo!», y yo, para animar el momento, les subía y les bajaba el respaldo de la cama. Mi madre nos miraba y decía: «¡Esto yo ya me lo imaginaba, como si lo hubiera vivido!». Le pidió el teléfono al compañero de mi abuelo para llamar a la Luisa y tenerla al tanto. Nosotros nos reíamos y mi madre hablaba por el móvil. Oí al señor enfermo que le decía a mi abuelo:

—¿No tendrá usted más familia, verdad?

Pero a mi abuelo no le dio tiempo a responder que éramos sus únicos nietos sobre la tierra, los herederos de su cartilla de ahorros y de sus váteres en Mota del Cuervo, porque en ese momento entró ella, la enfermera envenenadora, y dijo:

—Ha llegado el momento.

El cupón revelador

Cuando la enfermera dijo aquello de «Ha llegado el momento», se hizo un silencio bastante sepulcral. Tan sepulcral, tan sepulcral, que pudimos oír cómo la nuez de mi abuelo subía y bajaba por la saliva que tuvo que tragar al ver a aquella enfermera enorme plantada delante de él. Nada más verla, el Imbécil metió la cabeza debajo de la almohada de la cama de mi abuelo. El Imbécil es de esos niños que se creen que si se tapan la cabeza se vuelven invisibles. Hasta el año pasado, la Luisa y mi madre le hacían un juegucito que a mí me ponía cardíaco; el juegucito consistía en que le ponían una servilleta al Imbécil en la cabeza y entonces mi madre y la Luisa decían: «Cucú», y entonces el Imbécil se quitaba la servilleta de la cabeza y decían los tres: «¡Trastrás!», y los tres se reían muchísimo. Con el juegucito del cucú-tras-trás, consiguieron que el Imbécil se crea que con taparse la cabeza desaparece, y ya no hay quien le quite esa idea. Hay veces, cuando no le gusta la comida, que empieza a dar vueltas de un lado a otro del salón, y mi madre va detrás de él con la cuchara llena. En el momento en que ya mi madre consigue acorralarle, él utiliza la servilleta como último recurso. Se la quita del cuello, se la pone en la cabeza, y dice:

—El nene no está.

Y ya puede mi madre reñirle, insultarle, amenazarle con los más terribles castigos de una madre, que no hay manera: no está y no está. Yo creo que él mismo se ha convencido de que nadie puede ver su cuerpo gordo ni su cabezón debajo de la servilleta. Se lo advertí a mi madre, se lo advertí: «Este juego del cucú-trastrás nos traerá problemas», y mi madre me dijo:

—Qué mala sombra tienes con tu hermano, qué poco te gusta que juguemos un rato con él.

Pero volvamos a la escena hospitalaria: la nuez de mi abuelo subiendo y bajando; el Imbécil bastante invisible, y los demás paralizados. La enfermera sonrió al vernos tan parados. Hay dos tipos de enfermeras: las enfermeras malas y las enfermeras que se hacen las buenas. La enfermera de mi abuelo era de estas últimas, que son las peores. A mí no me engañaba con su sonrisa. Tenía la mano metida en el bolsillo y yo me empecé a imaginar que estaba sujetando una inyección adormecedora para nosotros, para mí y para el Imbécil, para clavárnosla por la espalda al menor descuido. ¿Ves lo que pasa con las historias que nos cuenta mi madre? Que los niños de la infancia somos muy impresionables y luego no nos fiamos de nadie.

Entraron dos enfermeros bastante forzudos y levantaron a mi abuelo de la cama como si fuera una pluma y lo pusieron en una camilla. Mi abu tragó saliva por última vez, y nos dijo:

—Venga, niños, no pongáis esas caras, que sólo me van a quitar la próstata.

A mí me daba pena que se la quitaran. Yo qué sé, te acostumbras a un abuelo con próstata, y un abuelo sin próstata te sabe a poco. Intenté arreglarlo como pude:

—Abu, ¿y qué hacen con la próstata que le quitan a la gente?

—Pues las tirarán a la basura.

—Hacen cremas para las señoras —dijo uno de los enfermeros forzudos, y se echaron los dos a reír mientras empezaban a empujar la camilla de mi abuelo por el pasillo.

Mi madre y yo los fuimos acompañando. El Imbécil salió de la habitación y se agarró a la camilla también; se había puesto una toalla del váter en la cabeza, por si acaso.

—Anda que no le quieren sus nietos —dijo la enfermera que se hacía la buena.

—Pero, abu, abu, ¿le puedes decir al señor cirujano que no la tire?

—Que necesito una crema hidratante —dijo mi madre, y todos se echaron a reír.

Tengo que decir que a veces parece que mi madre no tiene sentimientos. Yo hice como que no los oía.

—Abu, que te la guarde de recuerdo. La puedo llevar al laboratorio de mi colegio, o la guardo en un bote y empiezo a hacer una colección de desechos humanos. La Luisa tiene guardado el apéndice de Bernabé en un frasco de cristal.

—No te preocupes, que se lo diré.

—Pero que no se te olvide.

La camilla se paró en la puerta del ascensor. Mi madre le dio un beso a mi abuelo en la frente como si lo quisiera mucho, y le dijo: «Venga, papá, tranquilo, que estaremos en la habitación cuando te despiertes». Luego cogió aúpa al Imbécil para que le diera otro beso. El Imbécil se lo dio levantando un poquillo la punta de la toalla. Y luego se lo di yo muy apretado; lo que se llama un abrazo *chillao*.

Las puertas del ascensor se abrieron y la enfermera que se hacía la buena dijo: «Anda, tontos, si no es nada lo que le van a hacer a vuestro abuelo».

—Es que lo quieren más que a su propia madre —dijo mi madre como con rabia.

Yo ya estaba casi convencido de que tenían razón, de que la operación no tenía importancia, y de que quitarte la próstata era como quitarte un moco, cuando mi madre puso el pie en las puertas del ascensor para que no se cerraran, y dijo de pronto y con bastante desesperación contenida:

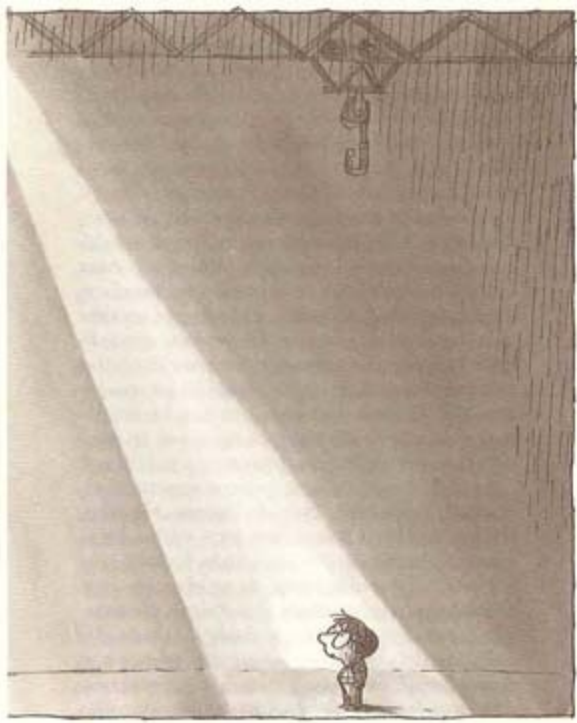
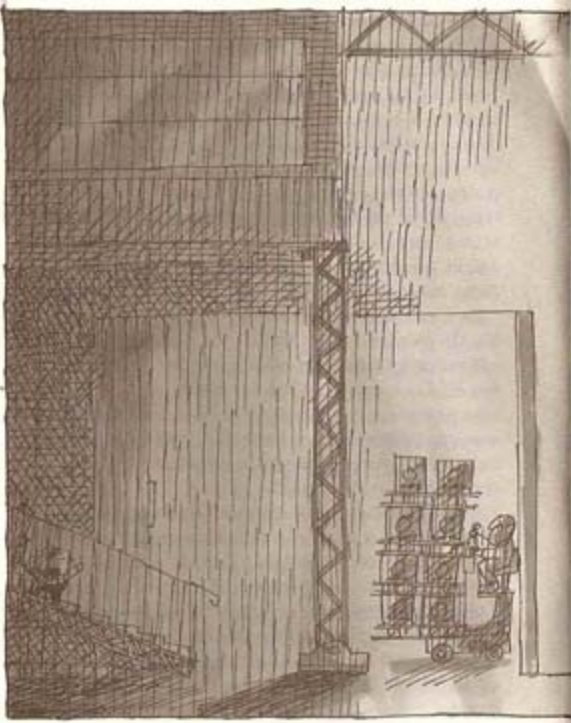
—Papá, ¿dónde dejaste el cupón y el décimo de lotería que compraste?

Y yo me acordé de la historia que habíamos visto en la tele de un viejo que se había muerto sin decirle a su familia dónde había puesto el cupón, y el cupón del viejo fue el premiado y la familia del viejo salió en todos los telediarios diciendo que alguien se lo había robado a traición: el embalsamador o el enterrador o alguien de ese tipo de gente. Y me acordé de que mi abuelo había dicho: «No os preocupéis, que cuando me vaya a morir os dejaré dicho dónde lo he dejado». Mi madre le había dicho: «Eso, eso, que luego es un número salir en la tele denunciando el caso públicamente».

Aquella pregunta sobre el cupón me había revelado mis peores sospechas: a lo mejor mi abuelo corría peligro y nadie nos lo quería decir.

—Creo que los dejé debajo del vaso donde pongo la dentadura.

Estas fueron las últimas palabras antes de que las puertas del ascensor se cerraran. ¿Volvería a ver a Exsuperpróstata?



SEGUNDA PARTE:
Dos Niños Bastante Abandonados

Nuestra vida en el hospital

Mi madre nos dijo que nos iba a llevar a casa porque cuando mi abuelo saliera por ese mismo ascensor en que se lo habían llevado pero con una raja y sin próstata, no iba a tener el cuerpo como para que dos niños plastas le dieran la murga. Esos dos niños plastas éramos yo y el Imbécil. Le prometimos que nos íbamos a portar tan bien que no íbamos a parecer sus hijos, y dijo: «Bueno, bueno, a la primera de cambio os mando a Carabanchel pero *enfilaos*».

Mi madre tenía en la mano todavía el móvil del compañero de mi abuelo, y se quedó en el pasillo y aprovechó para hacer unas llamadas urgentes: a varias amigas suyas con las que habla todas las tardes. Nosotros decidimos no molestar y nos pusimos a pasear con los viejos moribundos de la planta. El Imbécil todavía con su toalla en la cabeza. Andábamos a la misma velocidad de los viejos, o sea, como en las procesiones. Teníamos tres viejos delante. Todos iban con un camisón y con una bolsa en la mano que tenía un líquido amarillo que no sabíamos lo que era. Unos viejos tenían un poco de líquido sólo y otros tenían toda la bolsa llena. Cuando llegábamos al final del pasillazo largo, dábamos la vuelta, y para el otro lado. Era bastante aburrido porque íbamos muy lentos, pero se puede decir que nos habíamos integrado entre los pacientes de aquel hospital. Yo tenía que ir cuidando de que el Imbécil no se tropezara porque con la toalla en la cabeza no veía ni media. El viejo de delante se volvió y me advirtió que cuidara de que mi hermano no se le fuera a enredar con el cable de la bolsa. Yo pensé que en el hospital les ataban a los viejos aquella bolsa con el cable para que nadie se la pudiera quitar. Y también me di cuenta de que si uno pasea por los pasillos del hospital con los enfermos moribundos debe guardar la distancia reglamentaria entre viejo y viejo para no darse un morrón. Son normas de la Dirección General de Tráfico. Se lo estaba intentando explicar al Imbécil, que es un niño que no guarda las distancias con nadie, y en esto que se tropezó con el viejo y se fue a sujetar en la bolsa para no caerse. El viejo agarró la bolsa amarilla como si llevara oro líquido y el Imbécil se estampó contra el suelo. Sin levantarse, miró al viejo con rabia contenida, y buscó a un lado y a otro a mi madre. Cuando por fin la vio en el rincón hablando por teléfono y mi madre lo vio a él estampado en el suelo, hizo lo que yo me esperaba: soltó un alarido que hizo que todos los viejos del pasillo se quedaran paralizados y empezó a llorar como si fuera el niño poseído. Mi madre le dijo a la persona con la que hablaba por teléfono:

—Hija, ahora te llamo, que se me ha caído el nene.

Y cuando pasó al lado del viejo, le soltó:

—Podría tener más cuidado, que casi me le rompe los dientes.

—Y él, me lleva pisando los pies media hora y casi me arranca la bolsa.

Aquel viejo estaba con su bolsa que no meaba. Yo y el Imbécil nos sentamos en el pasillo para no provocar más accidentes de enfermos moribundos, y mi madre volvió a hacer varias llamadas urgentes. Le oímos a un señor que había pocas camas en el hospital y que había enfermos a los que habían puesto en el pasillo. Yo y el Imbécil tuvimos la misma idea: teníamos que cuidarle a mi abuelo la cama para que no se la fuera a quitar cualquier enfermo desaprensivo.

Entramos en la habitación y el compañero viejo de mi abuelo se había dormido. Subí al

Imbécil a la cama, empujándole el culo, que es lo que más le pesa, y luego me subí yo. Jugamos un rato a ser dos enfermos moribundos. Yo hacía que me moría, y luego llegaba el Imbécil con unos superpoderes que me lanzaba con los dedos y regresaba de la muerte como si morirme me chupara un pie. Una vez me hice el muerto durante bastante rato para darle más emoción al juego, y el Imbécil me lanzó sus poderes lo menos diez veces. Yo notaba que empezaba a ponerse nervioso y estaba a punto de darme la risa, pero me la aguantaba y me reía por dentro.

—¡Manolito muerto no! ¡Muerto no! ¡Manolito vivo!

Él estaba a punto de echarse a llorar y yo de echarme a reír, hasta que no se le ocurrió otra cosa al tío cochino que escupirme en la cara.

—¡Pero qué asqueroso eres! ¡Encima de que juego contigo, me escupes!

Estuvimos un rato sin hablarnos, cada uno mirando a un lado de la cama, pero luego tuve que hacer las paces con él porque le mandé a que despertara al señor de al lado para ver si le podíamos poner la tele.

El Imbécil le dio un poquito en el brazo, y el señor ni se movió.

—¿Está muerto? —me preguntó el Imbécil.

—¡No, no, no! —se lo dije gritando porque el Imbécil estaba a punto de resucitarlo con uno de sus escupitajos resucitadores.

El señor se despertó ahora con los gritos y el Imbécil, que es un niño al que no le gusta irse por las ramas, le dijo:

—La tele.

—¿La tele, qué?

—Manolito y el nene la quieren ver.

—Es que cuesta dinero.

El Imbécil le tendió la palma de la mano.

—Dale dinero al nene para la tele.

—Esto es increíble —dijo el señor, y le dio una moneda para la tele.

El Imbécil la echó en la hucha de la tele, cogió el mando, y se vino corriendo a la cama. Lo tuve que remolcar porque no podía con su propio cuerpo. Estaban echando una corrida de toros. El señor de al lado dijo que lo dejáramos ahí, pero yo le dije al señor que no podíamos ver los toros porque lo había prohibido el Defensor del Menor. Pusimos unos dibujos bastante rollos pero que al Imbécil le gustan, y cantó con toda la fuerza de sus pulmones la canción de la serie, que se la sabe de memoria. Al rato le trajeron la merienda al señor. El enfermero nos dio un paquete de galletas por todo el morro y luego nos comimos todo lo que no quiso el señor enfermo. La verdad es que nos estaba encantando la vida en el hospital. Mi madre pasó y le devolvió el móvil al señor enfermo.

—Se le ha ido la conexión. Pero vamos, yo no le he hecho nada, que conste.

—¿Que no le ha hecho nada? Le ha gastado la batería, señora. ¿No habrá llamado usted al extranjero...?

—Pues no. Podía haberlo hecho, pero soy una persona honrada —dijo mi madre bastante indignada.

El Imbécil bajó de la cama y se puso delante de ella porque está entrenado para atacar si alguien se mete con mi madre. Lo ha entrenado ella personalmente. Estábamos viviendo aquellos minutos de tensión ambiental, cuando los dos camilleros forzudos anunciaron la llegada de Exsuperpróstata.

—Aquí está. Ahora despéjenle, por favor, no le dejen dormir, que tiene que espabilarse. Teníamos una misión que cumplir: mantenerlo despierto al precio que fuera.

—¿Dejar dormir éstos a alguien? Usted no los conoce.

La mamá del Imbécil

Los camilleros forzudos pusieron a mi abuelo en la cama, y mi abuelo hacía: «Ah, ah, ah», porque era un abuelo que estaba saliendo de una anestesia. Yo y el Imbécil le quisimos destapar para ver si la cicatriz que le habían hecho era como tirada con tiralíneas, porque si no, pensábamos pedir el libro de Reclamaciones; pero los camilleros forzudos pusieron sus manazas sobre nuestros hombros, que nos dieron un susto de muerte, y nos dijeron que había que mantenerlo despierto sin tocarlo. Dicho esto, desaparecieron y empezamos a darnos cuenta de lo difícil que es estar con un abuelo sin tocarlo, porque nosotros, por lo menos, somos unos niños que siempre estamos encima de la gente pisoteándola porque así demostramos el gran cariño que tenemos a esa gente.

Mi abuelo daba mucha pena porque, además de decir «Ah» a cada momento, se quería dormir y nosotros no le dejábamos; le decíamos al oído: «No te duermas, abu, que hay peligro de muerte si te duermes». Pero mi abu ni caso. Mi madre se había ido a llamar por teléfono porque el móvil ya lo había gastado, y nosotros decidimos darle a la palanca de la cama para que a mi abuelo no le quedara más remedio que abrir los ojos. Le pedimos otra moneda al señor enfermo y le pusimos la tele a nuestro abuelo con la cama levantada como si fuera un sillón. Ya no decía: «Aahhh»; ahora decía: «Aaayyyy». Y el señor de al lado le dio a un timbre que tenía al lado de su mesita el muy chivato, y apareció la enfermera gigante por la puerta.

—Por favor, mire usted cómo lo tienen al pobre hombre.

La verdad es que mi abuelo se nos estaba torciendo para un lado y tenía una pinta bastante terrorífica, con la boca abierta y la cabeza torcida.

La enfermera nos preguntó que quién nos había educado tan malamente para que fuéramos unos niños torturadores de abuelos, y el Imbécil dijo: «Mi mamá», con esa sonrisa que se le pone cuando habla de ella, porque yo creo que si el Imbécil y mi madre pudieran nos echarían a todos de casa, incluido mi padre, y se quedarían los dos solos como dos enamorados del amor. La enfermera le dio vueltas a la palanca de la cama con una fuerza que se quedó al momento llana y mi abuelo al momento tumbado. Se le oyó decir muy bajito: «¡Ayyy!». El señor de la habitación dijo:

—Se lo van a cargar entre unos y otros.

Y la enfermera le contestó sin mirarle:

—Usted se calla.

La mamá del Imbécil, «su mamá», como le gusta decir, que parece que no se entera de que yo llegué antes a este planeta y de que es mía también, su mamá estaba en la puerta, y los dos nos echamos a temblar, porque si hay algo peor en este mundo que una enfermera-envenenadora, esto es tu propia madre cuando se mosquea. Pero como la mamá del Imbécil es imprevisible, en vez de echarnos la bronca delante de la gente, como hace casi siempre, esta vez nos defendió:

—Angelicos... Ellos han hecho todo esto porque quieren mucho a su abuelo.

—Hay cariños que matan, señora —dijo el señor enfermo de al lado, que yo creo que nos estaba tomando bastante manía.

—Lo mejor es que se los lleve —dijo la enfermera gigante—, y que no vuelvan hasta que este

hombre no esté ya un poco recuperado.

—Darle un beso —dijo la mamá del Imbécil.

—Pero suave —dijo la giganta.

Yo y el Imbécil nos acercamos al abu.

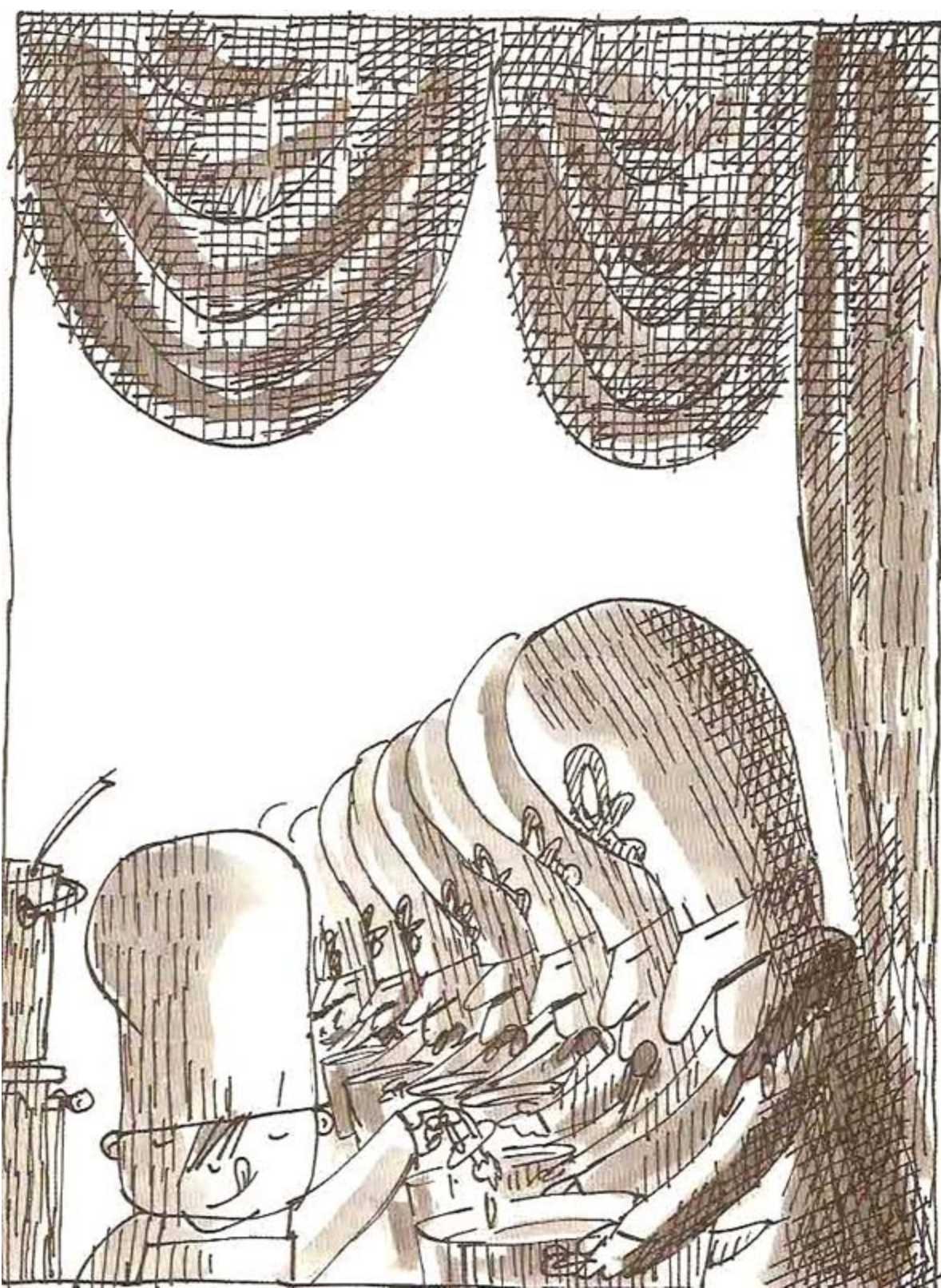
—Abu, que nos vamos porque no nos dejan quedarnos. Nosotros nos quedaríamos, pero dicen que te estamos molestando.

El Imbécil no quiso que nadie le aupara; él solo se arrimó una silla y se subió a ella. Tiene esos arranques de independencia.

—El abu no tiene próstata. Tiene pupa —éste fue el diagnóstico que el Imbécil le dijo al oído a mi abuelo.

Mi abuelo dijo que sí con la cabeza.

—Toma el chupete del nene —el Imbécil se lo sacó del bolsillo y se lo metió debajo de la almohada.



Sólo mi madre y yo sabíamos lo importante que era el regalo que le acababa de hacer el Imbécil. Le había dado su gran chupete: el que yo le tiré por la ventana el día de su cumpleaños y tuve que bajar a recoger a la calle; el que se le cayó al váter porque a él siempre le gusta mirar cómo de grande le ha salido su producto interior bruto, y un día fue tan impresionante el tamaño que él mismo dijo: «¡Ooohhh!», y al decir: «oh», se le cayó de la boca y luego mi madre quería tirarlo, pero él lloró tanto que lo tuvo que hervir y devolvérselo; el chupete al que todos llamamos «el tete» porque es el más viejo de toda su colección, casi una joya de museo; el que le había robado la *Boni* en una ocasión, llevándoselo a su cuna, y la Luisa nos lo había devuelto diciéndole a mi madre que el Imbécil podía pegarle a la *Boni* el moquillo; el que mojaba en todas las salsas,

metiendo sólo un poquito, como si fuera un cocinero de veinte tenedores; el que iba a buscar todas las noches a las diez, después de cenar, y con el que se quedaba colgado tumbado en el sofá diciendo su ya famoso: «*Goño, goño, goño*»; el chupete por el que lloraba como un becerro si lo perdía; el chupete que nosotros buscábamos por toda la casa: había habido veces que hasta por la casa de la Luisa, por el portal, por El Tropezón, porque nos daba miedo que si no lo encontrábamos se pusiera a aullar durante toda la noche; el chupete por el que mi padre tuvo que volverse un lunes a dormir desde Valencia porque se lo había dejado tirado en el asiento cuando nos habíamos subido a despedirle; ese chupete por el que mi padre tuvo que hacerse casi cuatrocientos kilómetros para que el Imbécil durmiera esa noche, y al salir del camión tenía una cara así como de muy enfadado, que ni yo ni el Imbécil le habíamos visto nunca, y que luego al acercarse nos dio un miedo terrorífico, y se sacó el chupete del bolsillo y gritó:

—¿Quién ha sido el niño que ha dejado esto en mi camión?

Y los dos nos echamos a temblar porque nunca habíamos visto un padre como ese ogro que teníamos delante. Y el Imbécil se echó a llorar y yo también por si acaso servía para algo, y entonces mi padre dijo que era una broma que nos había gastado, y gracias al chupete del Imbécil ya no nos hemos vuelto a creer el número del padre espantoso. Y gracias a ese chupete tuvimos a mi padre un lunes por la noche, y mi madre dijo riéndose: «Si lo llego a saber, te dejo el chupete en el asiento para que te quedes en casa todos los lunes».

Ése era el chupete que el Imbécil puso debajo de la almohada de mi abuelo. Para que te hagas una idea del valor del regalo. Valía casi tanto como la medalla del amor del día de la madre o como un diamante. A la mamá del Imbécil se le llenaron los ojos de lágrimas, y a mí también, pero las disimulé porque no quería darle al Imbécil más puntos de los que había conseguido.

—Abu —le dije yo—, ¿quieres que te ponga los dientes antes de irme?

—No necesita ahora los dientes para nada.

Y la mamá del Imbécil nos dio la mano y nos dijo que nos iba a llevar a casa de la Luisa. Nos fuimos del hospital con un pedazo de nudo en la garganta que no podíamos casi ni tragar.

Dos niños bastante abandonados

Mi madre, o como dije en el capítulo anterior, la mamá del Imbécil, porque parece que sólo tienen ojos el uno para el otro, la mamá de mi hermano, digo, nos metió unas mudas en la mochila, nos miró como si no fuéramos sus hijos y fuéramos dos niños que acabara de encontrar en la esquina, y dijo como pensando:

—Voy a llamar a casa de la Luisa a ver si se puede quedar dos días con éstos.

Pero cuando estaba ya marcando, lo pensó mejor y dijo, también pensando y también en voz alta:

—Bueno, mejor no la llamo, porque si la llamo igual se lo piensa y me dice que no; que qué pena, pero que tiene muchas cosas que hacer, que cuánto le gustaría quedarse con estos dos pobres niños, con lo que los quiere, que los ha criado como si fueran suyos, que han pasado más tiempo en esta casa que en la de su madre, pero que no se puede quedar con ellos porque tiene hora en la depilación eléctrica.

Nos miró un momento, pero siguió hablando como si no estuviéramos allí:

—Menuda falsa está hecha. Yo que le riego las plantas en verano, que le recojo el correo, que le subo y le bajo las persianas para que no la roben. ¡Yo que la soporto como no la soportaría ni su marido, que se quedó calvo de aguantarla! Yo esta vez no voy a preguntarla: «Mira, Luisa, ¿me haces el favor de quedarte con los niños, que en el hospital no los puedo tener?». No se lo preguntaré. Esta vez se los queda como yo me llamo Catalina.

Dicho esto, abrió la puerta de casa y gritó al aire (porque a nosotros seguía sin vernos):

—¡Andando!

Desapareció y nosotros tuvimos que seguirla corriendo porque llevaba una velocidad que ya andaba por el primer descansillo. Se plantó delante de la puerta de la Luisa, y cuando iba a llamar al timbre se quedó parada.

—Es que me lo estoy imaginando —dijo con cara de rabia—. Ahora sale con su bata de flores y me suelta en mi propia cara la muy hipócrita: «Pero ¿por qué no me lo has dicho antes, mujer, con lo que yo disfruto con los chiquillos? No puedo, de verdad, tengo hora en los masajes anticelulíticos». Qué morro tiene, qué morro tiene la Luisa, siempre todo para ella, que si los masajes, que si me voy a comprar, y a mí no me hace un favor en la vida. Se va a enterar.

Nosotros la mirábamos todo lo fijamente que podíamos, hasta que nos dolieron los ojos. Mi madre es que de vez en cuando decide hablar sola. Lo hace como si fuera lo más normal del mundo, y luego, cuando nos chivamos a mi padre del miedo que nos da que haga esas cosas, no te creas que se corta. Va y le dice:

—¿Cómo no voy a hablar sola si es que estoy sola toda la semana?

Como verás, para mi madre nosotros no somos gente.

El caso es que de repente nos dirigió una sonrisa de esas que también te dan miedo, y nos dijo:

—Bueno, niños, portaos bien, que la gente no tiene por qué saber cómo sois de verdad. Y cuando abra la puerta la Luisa, decidle que me he ido, que al abuelo se le ha escapado un punto. Adiós.

Cuando terminó de decir esta frase terriblemente enigmática, llamó al timbre y echó a correr como una loca escaleras abajo. Así que cuando abrió la Luisa la puerta, yo y el Imbécil estábamos allí solos, cada uno con nuestra bolsa de mudas y bastante abandonados.

La Luisa nos abrió con su bata de flores (mi madre es adivina), con unos palos largos que se compró en la semana del Japón y que le recogían el pelo, y con la *Boni* en brazos.

—¿Qué pasa, es que no vais a la escuela?

Yo no sabía qué decir. Menos mal que el Imbécil, con su gran don de comunicación, se lo explicó en un momento.

—Manolito y el nene se quedan.

La empujó sin contemplaciones y entró a la casa como si nada.

—¿Cómo que os quedáis?

—Aquí están las mudas y los pijamas —dije yo.

—¿No será lo del pijama una indirecta de tu madre?

—El pijama para dormir —dijo el Imbécil.

—¿Y qué pasa con tu madre, que no ha sido ni para decir aquí están mis hijos?

—Es que se ha tenido que ir urgentemente al hospital...

—Ya, excusitas. Pues ya ves, me viene fatal que os quedéis; vamos, que me partís el día en dos. Anda que no tiene morro tu madre ni nada; ella siempre va a lo suyo, nada más que a lo suyo...

La Luisa iba a seguir metiéndose con mi madre sin piedad, pero eso es algo que el Imbécil no puede soportar psicológicamente, y de pronto, él, que hasta hacía un momento estaba tan pancho y se había sentado tan contento en el sofá, empezó a mover la barbilla de esa forma que sólo él sabe hacer y empezó a llorar en silencio, como con pena, como llora cuando no está mi madre. Sin decir nada, se vino conmigo y se me subió encima como si yo fuera la única persona que pudiera entender su desgracia. Entonces la Luisa, que al principio había echado pestes de vernos allí y de mi madre por haber salido corriendo, se nos quedó mirando con la *Boni* todavía en brazos.

—Si lo que yo quería decir es que me hubiera gustado decirle a vuestra madre: «¿Dónde van a estar estos niños mejor que con su Luisa?».

El Imbécil paró un momento de llorar para limpiarse las velas en mi chupa, y yo quiero a mi hermano, pero también quiero a mi chupa motorística. Le dejé en el sofá y el muy guarro quiso hacer lo que hace en mi casa: restregarse la nariz contra el asiento; pero la Luisa acudió como volando con un pañuelillo, y mientras lo llenaba con los mocos interminables del Imbécil, nos dijo:

—Pues mira, mejor, llamo a Bernabé, me visto, y nos vamos los cuatro a comer a un restaurante. ¿No os ha echado vuestra madre una ropa mejor que la que lleváis?

Yo y el Imbécil nos miramos nuestras propias ropas.

—Esta es la mejor que tenemos. Es nuestro chándal de los domingos, y el de ir al hospital a ver a mi abuelo.

La Luisa nos miró de arriba abajo sin cortarse ni un pelo, y dijo:

—No sé, no sé, creo que necesitáis un giro de 360 grados —se le puso una sonrisa en los labios

muy misteriosa—. Es algo que había pensado muchas veces pero que no me había atrevido a hacer, y qué mejor oportunidad que ahora que os tengo para mí sola. Cuando vuelva tu madre no os va a conocer...

¿Qué quería hacer con nosotros aquella mujer de la bata y los palos en la cabeza? Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Ahora era yo el que me abrazaba al Imbécil.

Camino de Perfección

La Luisa se quitó la bata de flores y se puso un vestido de flores también, porque a la Luisa le encantan las flores: tiene cuadros de flores, rosas de tela en el váter con ambientador dentro del jarrón para que parezcan flores auténticas, geranios de plástico en la terraza que desde la calle dan el pego, y la gente le pregunta:

—¡Luisa! —le gritan desde abajo—. ¿Cómo consigues esos geranios reventones durante todo el año?

Y la Luisa nos mira partiéndose el pecho y guiñándonos un ojo.

—¡Que de siempre he tenido yo mucha mano para las flores!

El imbécil quiso meterse en la habitación mientras la Luisa se cambiaba de unas flores a otras, pero la Luisa dijo que no que no, y no me extraña, porque el Imbécil, así a lo tonto a lo tonto y porque es pequeño, se ha estado metiendo siempre mientras se probaban las mujeres. Las mujeres al principio no reparan en él, pero de pronto ven a un niño en un rincón que acelera el movimiento de su chupete: si normalmente hace: «*Goño, goño, goño...*», cuando la señora se quita el vestido, el Imbécil dice a una velocidad de vértigo: «*Noñoñoño...*». Nos hubiera gustado llamar a científicos de todo el mundo para que estudiaran esta concentración mental de mi hermano delante de señoras que se cambian de ropa, pero los científicos de todo el mundo deben de estar hartos de estudiar fenómenos paranormales en Carabanchel (Alto), porque en mi barrio es que no paran de ocurrir acontecimientos inexplicables.

Además de hacer ese extraño sonido: «*Noñoño...*», el Imbécil se queda mirando fijamente a la señora que se cambia, sin pestañear ni una sola vez. Ha habido amigas de mi madre que han dicho:

—Cata, este niño me mira de una forma que no sé no sé...

Otras que no se cortan:

—Cata, este niño tiene un punto muy raro.

Y la Luisa, que es la vecina íntima de mi madre y la que más nos conoce:

—Cata, este niño a los cuatro años ya tiene un morro que se lo pisa.

Así que ya digo que cuando la Luisa dijo: «Me voy a vestir en un pispás», el Imbécil salió detrás de ella todo decidido, pero se llevó un corte porque la Luisa le cerró la puerta en sus mismas narices.

La Luisa había decidido cambiarnos y convertirnos en esos vecinos que todas las Luisas quisieran tener. Nosotros estábamos muy intrigados pensando en cómo nos iba a cambiar porque, según mi madre, somos niños que nunca cambiamos y si cambiamos un poco es para peor. Otros niños del mundo se traumatizarían si su madre tuviera esa opinión de ellos, pero nosotros tenemos un sistema (que también deberían estudiar los científicos planetarios) por el cual las cosas que nos dice mi madre por un oído nos entran y por otro nos salen. Es un sistema llamado «limpieza cerebral», y es un sistema genético: mi abuelo lo tiene y mi padre también.

Cuando salimos por la puerta con la Luisa, yo y el Imbécil nos alegramos bastante por primera vez en la vida de que nuestra finca no tuviera ascensor, porque la Luisa se había echado encima del traje de flores medio bote de colonia, y cuando llegamos al portal estábamos a punto de

vomitara y la vida nos daba vueltas.

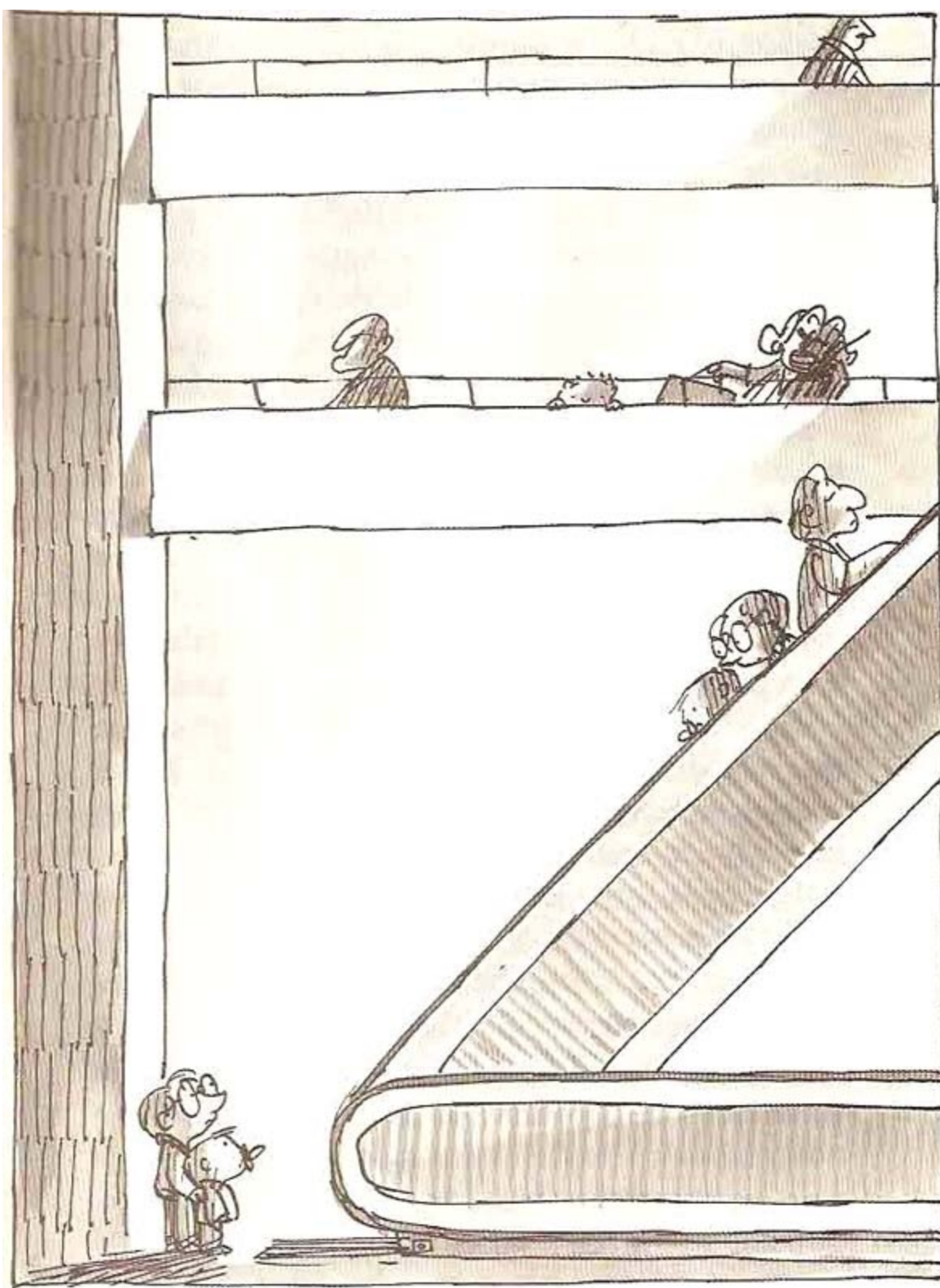
La Luisa nos dijo que nos iba a llevar al *híper* que acababan de abrir, pero no el *híper* al que nos llevaba mi madre, que tiene el *chopped* al lado de los calzoncillos; ella nos iba a llevar a un *híper* de lujo, y cuando fuéramos a buscar a mi padrino Bernabé a su almacén de aceitunas rellenas no nos iba a conocer. Iba a decir: «Pero, Luisa, ¿quiénes son estos niños tan pijos con los que has venido?». Yo le dije a la Luisa que yo no quería parecer un pijo porque en mi barrio como te llamen pijo lo llevas claro, nadie quiere nada contigo. Yo no sé muy bien lo que es un pijo, pero sé que en mi barrio no vive casi ninguno. Me parece que son los que llevan pantalones azules de tela y el pelo peinado con raya. Menos mal que a mi lo del pelo no me afecta porque los García Moreno tenemos un remolino en toda la superficie craneal que nos pone un pelo *pacá* y otro *pallá* sin que ningún peine haya podido nunca hacerse con el control (tercer tema para los científicos).

La Luisa me dijo que dejara de decir tonterías que si los pijos, que si los pijos; me dijo que los niños de ahora siempre le teníamos que poner pegadas a todo, y me estuvo hablando un rato de la libertad y otro rato del libertinaje, pero no me enteré mucho porque me puse a pensar en que mis amigos estarían todos en clase, haciendo como que atendían a la *sita* Asunción, para que la *sita* no se enfada, porque si no haces como que atiendes se lo toma fatal. Se me puso una sonrisa de patilla a patilla (de las gafas) de la alegría inmensa que tenía de no estar con ellos, así que escuchaba a la Luisa de fondo hablar sobre los niños de ahora, que al parecer son horribles (no sé si a nosotros nos incluía), unos niños sin educación y que siempre van con unos chándals y unas zapatillas que huelen que apestan, que no sabe cómo los maestros no se caen redondos nada más entrar a la clase. Y yo me imaginé ahora una clase en la que todos los alumnos fueran la Luisa, todos vestidos de flores, y todos oliendo a la colonia de la Luisa, y yo el profesor, entrando a la clase y recibiendo el impacto oloroso, y cayéndome como un muerto en medio de todos ellos.

Miré al Imbécil; el Imbécil tampoco la escuchaba, fijo. Iba a lo suyo, y lo suyo es últimamente no pisar las rayas de las aceras. Como verás, es inútil darnos una charla porque no nos enteramos de nada, y no porque no queramos atender, es que nuestro cerebro no la deja entrar dentro: la expulsa (cuarto tema a estudiar científicamente).

La Luisa paró un momento de hablar y yo y el Imbécil respiramos, porque aunque no la estuviéramos atendiendo, escucharla de fondo también nos cansa. La Luisa paró de hablar, y señalé el edificio que teníamos delante de nuestros ojos:

—Aquí está el *híper*. Cuando salgáis no seréis los mismos.



Y yo imaginé que entrábamos por la rampa metálica con nuestros chándals apestosos y salíamos por otra rampa de la parte de atrás del edificio convertidos en unos niños pedorrillos. Estábamos a las puertas del Gran Edificio Transformador de Niños. Me dio un poco de pena dejar de ser el que era, el Gafotas de Carabanchel (Alto), o el de las gafas, como me llamaba la mamá del Imbécil. Pero tuve valor y entré, y me monté en la rampa con el Imbécil y la Luisa de la mano. Me pareció ver que desde las puertas del *híper* nos decían adiós el Manolito antiguo y el Imbécil antiguo. Pensarás que estoy loco, pero esa noche, cuando el Imbécil y yo estábamos acostados en la cama de invitados de la Luisa, el Imbécil me dijo que había pensado lo mismo.

Un niño sin traumas

La Luisa fue corriendo hacia la sección en la que íbamos a ser transformados sin piedad. Y nosotros detrás de ella. En realidad, nos pasamos la vida corriendo detrás de las mujeres. Cuando digo las mujeres, me refiero sólo a dos, claro: mi madre y la propia Luisa.

Subimos por escaleras mecánicas, por rampas, cruzamos plantas, siempre corriendo, y de pronto, sin previo aviso, la Luisa se paró en seco, tan en seco que yo y el Imbécil nos estrellamos contra su culo. «*Boing, boing*», fue el sonido que hicieron nuestras cabezas contra el culo de flores de la Luisa. Pero ella no se dio ni cuenta, porque, cuando la miramos para saber a qué venía ese frenazo, vimos que tenía una sonrisa en los labios y que suspiró como si por fin hubiera encontrado lo que buscaba. Lo había encontrado. Sin moverse del sitio, la Luisa chasqueó los dedos, como hace mi abuelo en El Tropezón cada vez que quiere que el señor Ezequiel le ponga otro tinto, y nada más chasquear los dedos aparecieron al instante dos señoritas dependientes, y tanto yo como el Imbécil pensamos que la Luisa tenía algún poder. Por lo menos, poder de convocatoria.

La Luisa estaba como hipnotizada delante de una pareja de niños maniqués que había subidos en un pedestal. Las señoritas dependientes le dijeron buenos días y qué desea y en qué podemos atenderla, pero la Luisa no las contestó, parecía que no escuchaba a nadie. De pronto, dijo, como si hubiera vuelto a la realidad:

—¿Ven ustedes estos dos niños que he traído? —nos señaló a nosotros, que estábamos a sus espaldas y todavía un poco mareados por el impacto craneal contra las partes del cuerpo de la Luisa—. Pues quiero que salgan de aquí convertidos en algo parecido a esos dos maniqués.

Las señoritas dependientes nos miraron por primera vez. Las dos se rascaron la cara con un gesto de preocupación que a nosotros nos asustó bastante. Volvimos a esconder nuestras cabezas detrás de la Luisa y quedamos completamente ocultos, porque el cuerpo de la Luisa da para ocultar, así tirando por lo bajo, a otros tres niños tan gordos como nosotros. Una de las señoritas dependientes dijo, como si tuviera por delante una gran misión:

—Será difícil, pero haremos lo que podamos.

Las tres mujeres (Luisa y dependientes) empezaron a tocarnos por todas partes, como si en vez de niños vivos fuéramos otro par de maniqués. Nos tomaban medidas con un metro y hablaban de tallas y de colores. Yo quise insistirle a la Luisa que no me comprara los pantalones azules para que el chulo de mi calle, Yihad, no se me riera en la cara nada más verme, porque según Yihad el color de los pijos es el azul y que eso es algo demostrado por sociólogos de todo el mundo. Pero la Luisa me dijo que me callara porque mi opinión le importaba bien poco, y que encima de que se iba a gastar un dineral, que no pusiera pegas idiotas, y luego habló de un caballo que si te lo regalaban no tenías ni que mirarle los dientes.

A los cinco minutos ya estaban las tres cargadas con no sé cuántos pantalones y camisas y hasta un cinturón que la Luisa llevaba entre los dientes. Llegamos a los probadores y había una señorita cuidadora de probadores, y yo le dije que contara todo lo que nos íbamos a probar para que no pudiéramos llevarnos nada. Las cuatro mujeres se echaron a reír porque les pareció que yo

era un niño bastante gracioso.

—No, cariño —dijo la cuidadora—, no hace falta, yo ya sé que no os vais a llevar nada.

—Yo no, pero mi hermano sí. Cuando no le cuentan la ropa que mete en el probador, intenta llevársela debajo de su propia ropa. Lo vio hacer en una película de una señora ladrona y cogió la costumbre.

—Pues esa costumbre no es bonita para un niño tan chico —dijo la cuidadora.

—Y como encima las cosas llevan la alarma esa que suena cuando sales por la puerta, pues siempre nos pillan con algo que se ha metido por dentro de los pantalones.

Todas las mujeres miraban al Imbécil como si fuera un monstruo. Sentí pena por él, pero también alegría, tengo que reconocerlo. Soy un niño complicado.

—Aunque yo no creo que lo haga por robar, creo que lo hace porque le gusta que al cruzar la puerta de salida suenen las alarmas y se llene la puerta de guardas jurados.

Entonces todas las mujeres cambiaron su gesto de susto por un gesto de «pobrecito, lo que le gusta es la alarma», y les pareció muy gracioso y se rieron mucho, y a mí me dejó de dar pena el Imbécil porque siempre se lleva a la gente a su terreno y siempre cae bien a todo el mundo, aunque haga lo peor. Y encima a mí, que soy mucho más bueno, nadie me lo reconoce.

La Luisa quiso entrar con nosotros en el probador, pero el Imbécil la empujó para que no entrara; como la Luisa insistía, el Imbécil le pegó un *bocao* en todo el culo-ocultador. Morder en el cuerpo de los demás es el recurso que utiliza el Imbécil para salirse con la suya. A mí me tiene las espaldas marcadas con sus dientes. Cada vez que quiere quitarme el mando de la tele o quiere que le lleve al parque del Ahorcado, recurre a su arma más eficaz: sus dientes asesinos. Cuando chilló por el mordisco, ya está mi madre diciendo: «Por Dios, Manolito, no exageres, si son dientecillos de leche, que eso no te puede hacer más que cosquillas». Desde luego, es un milagro que no me traumatice. Estoy empezando a pensar que no tengo sensibilidad, porque si no, es que no me lo explico.

El caso es que la Luisa chilló como una loca, pero el Imbécil aprovechó el momento para cerrar la puerta del probador y dejarla fuera. La verdad es que a veces tengo suerte con tener el hermano que tengo, porque hace las cosas que yo no me atrevería y encima nunca se la carga. Ni a mí ni al Imbécil nos gusta que las mujeres nos vean mientras nos desnudamos (en este caso, las mujeres son Luisa y madre), porque las mujeres te sacan muchas faltas cuando te ven sin ropa. Guiñan los ojos como fijándose mucho y se acercan a ti para verte mejor. No les importa hablar de tus partes (de todas) como si tú no estuvieras presente. Del Imbécil dicen:

—Mira, qué michelín más gracioso, qué barrigota más rica, que no tiene cuello mi niño de lo hermosote que está.

Y de mí dicen:

—No me digas que es normal que este niño tenga un estómago que parece el de un hombre de 40 años. Se le está poniendo el culo panadero; claro, como es un niño que no se mueve, porque este niño no dirás tú que se mata por bajar a jugar al balón como otros. Éste se levanta del sofá y se va al parque a sentarse en el banco. Como un abuelo. ¿Y esa papada? Le voy a prohibir los bollos.

Estos comentarios delante de mí. Y yo, sin traumatizarme. Me gustaría que vinieran a estudiarme psicólogos de todo el mundo, pero no vienen.

El caso es que como nadie está contento nunca con lo que tiene, al Imbécil tampoco le gustan esas cosas que dicen las dos mujeres de su barrigota y de su cuello de torete. Así que uno por una cosa y el otro por la otra, hace tiempo que decidimos que ninguna mujer nos viera desnudos. Y mucho tienen que cambiar las cosas para que nos echemos atrás. Estamos muy quemados de sus comentarios.

Mientras la Luisa se quejaba del mordisco, a este lado de la puerta yo y el Imbécil nos empezamos a probar la ropa. Estábamos delante del espejo vestidos de azul-pijo, cuando el Imbécil dijo:

—El nene se hace caca.

Lo dijo con una cara de bastante urgencia. Y mi hermano es un niño que no sabe mentir.

Los niños de azul

La única verdad verdadera que ha dicho mi madre desde que nos conocemos (ya va para diez años) es que el Imbécil es el niño más inoportuno del planeta. Tiene sed cuando no hay agua, tiene sueño cuando no hay cama, hambre cuando no hay comida, y ganas de hacer caca cuando no hay váter. Y nunca se puede aguantar. Si tiene sed, tenemos que entrar a cualquier bar; si tiene hambre, comprarle un bollo; si ha perdido el chupete, ir a la farmacia de urgencia aunque sean las cuatro de la mañana, y si tiene ganas de ir al váter, lo único que hace es llevarse las manos para atrás, ponerse rojo y, como dice mi madre, que sea lo que Dios quiera. ¡Anda que no hemos corrido escaleras arriba para salir del metro y llegar por lo menos a un arbolillo! Ha mejorado un poco: cuando tenía tres años, se bajaba los pantalones en mitad de la calle; ahora ya se puede aguantar hasta el bar más cercano. Pero no te creas, es igual de impaciente para todo. Como se le antoje un helado, se pone a berrear y hasta que mi madre no se lo compra no se calla. A mí eso me viene bien, la verdad, porque gracias a sus berridos me llevo yo otro helado por el morro, así que en los últimos tiempos le animo a que llore un poco para que mi madre se ablande. Eso sí, si el tío no tiene el cuerpo para helados, por mucho que intentes que monte el número para que nos compren, no hace el menor esfuerzo. Yo me pongo a su lado y le digo al oído: «Anda, anda, anda, tonto, que luego te dejo que te vengas conmigo y con el Ore un rato al parque», y él se pone a cantar y a mirar para otro lado como si no existieras. Es un niño cruel.

Así que cuando le vi en la esquina del probador, vestido de azul-pijo, y con las manos atrás, me empecé a poner de los nervios:

—No te estarás haciendo nada encima de estos pantalones, que no son nuestros.

—El nene se caga.

El nene se caga. Ésa es su frase. A mí me parece una frase un poco fuerte para un niño tan chico, pero no ha habido manera de enseñarle otra. Una vez me pasé toda una semana diciéndole: «Tienes que decir que te haces caca, porque los niños tan pequeños no dicen que se cagan». Entonces él me miraba y me decía con su cara de niño rubio:

—El nene se hace caca.

Y yo le aplaudía y le daba uno de mis cromos como premio. Por algo soy su entrenador. Así le fui dando uno tras otro; pero lo increíble era que cuando llegaba el momento de la verdad, cuando le entraban ganas, volvía a las andadas y nos anunciaba:

—El nene se caga.

El resultado final es que se acabó quedando con toda mi colección de cromos y, encima, mis clases de educación inglesa no le sirvieron para nada. Para acabarlo de arreglar, mi madre asomaba la cabeza por la puerta de la cocina y me decía:

—Déjalo ya de una vez, ni que tú fueras académico de la lengua.

Ya lo ves, yo intento hacer cosas por mi hermano, pero mi madre no me deja.

El Imbécil estaba cada vez más rojo, como él se pone siempre, en el rincón del probador. La Luisa estaba mosqueada por nuestro silencio, porque llevábamos unos minutos cuchicheando.

—Niños, niños —decía dando en la puerta—, que a ver qué pasa, que no me fío ni un pelo de

vosotros.

Comprenderás que eran momentos de alta tensión ambiental. Yo le dije al Imbécil que por favor, que no lo hiciera, porque sé que con él no vale ponerse borde. Se oyó un ruido sospechoso.

—Un pedillo —dijo el Imbécil. Le gusta decirlo por si te cabe alguna duda.

—Dos —dijo anunciando otro.

El aire del probador se volvió gris, no te exagero. Menos mal que la puerta del probador no llegaba hasta el techo, porque si llegamos a estar en un ascensor creo que hubiera empezado a preocuparme por la falta de oxígeno. Me puse manos a la obra. Le quité los pantalones azul-pijo, que era lo que más me preocupaba, y le dije que ahora íbamos a ir corriendo al váter.

—El nene no llega.

—Sí que llega el nene, ya verás como sí: tienes que apretar así, fuerte, fuerte, guiñando los ojos de la fuerza que le pones, y ya verás qué bien.

Él seguía todos los gestos que yo le hacía, los imitaba a la perfección, sólo que se me olvidó un detalle importante: yo le decía que apretara, pero que apretara para dentro. Él apretó para fuera. Se le había quitado el color rojo de la cara y ahora me miraba con su cara de niño rubio. Estaba muy serio.

—Ya está. Ya se ha escapado.

Todo lo decíamos muy bajito para que no nos oyera la Luisa, que seguía dando con sus uñas en la puerta.

—¿Pero eres tonto, o qué? —le dije gritándole muy bajito.

Y empezó a mover la barbilla como si fuera a ponerse a llorar. Pero no de esas veces que llora gritando, no; era uno de sus llantos especiales, de esas lágrimas silenciosas que nos hacen llorar a todos en mi casa de la pena que nos entra.

—Bueno, no llores, que lo voy a arreglar.

Me sentí el clásico hermano salvador. El hermano mayor que saca al pequeño de la cárcel; el hermano mayor que recoge al hermano pequeño cuando está tirado en una acera y borracho; el hermano mayor que paga las deudas del juego a ese hermano pequeño. El hermano salvador: ése era yo. Le quité los pantalones haciendo un esfuerzo para no respirar, para que no me entrara el olor por la nariz. La caca estaba en sus calzoncillos y la dejé envuelta como pude en la tela. Lo metí por debajo de la puerta para dejarlo en el probador de al lado. Ya libres del objeto del delito, abrimos la puerta y le dije a la Luisa:

—Que nos están muy bien.

—Ya era hora. Me tenéis aquí media hora esperando.

Asomó la cabeza al probador y lanzó una mirada asesina de inspección.

—Qué mal huele aquí, ¿no?

—Dos pedillos que se ha tirado el Imbécil.

—Pero qué guarro eres, hijo mío —me dijo a mí.

Ésa es la verdad de mi vida: mi hermano hace las guarrerías y yo me la cargo.

—¿Y qué hace ese niño desnudo? —preguntó la Luisa.

—Que se le ha olvidado a mi madre esta mañana ponerle los calzoncillos —dije yo con unos

reflejos que a mí mismo me sorprendieron bastante.

—¡Anda que tu madre!

La Luisa nos compró calzoncillos. A los dos, porque se empeñó en ver los míos, y descubrió que tenían un tomate. Nos hizo vestirnos con nuestro equipo nuevo, nos llevó al lavabo y nos mojó el pelo y nos lo echó para atrás. Nunca habíamos llevado unas camisas tan tiesas. Parecía que no teníamos cuello. A nosotros nos daba vergüenza salir a la calle tan distintos de como habíamos entrado allí. Realmente, ése sí que era un Hiper Transformador. Las dependientes dijeron qué ricos, qué ricos, y mientras la Luisa pagaba, yo y el Imbécil estuvimos al lado de los niños maniquíes quedándonos paralizados en varias posturas hasta que nos daba la risa. La Luisa nos cogió de la mano y nos dijo que ahora sí que le gustaba ir con nosotros por la calle, que antes éramos niños de vergüenza ajena. Mientras bajábamos las escaleras mecánicas, oímos unos gritos de alguien que salía de los probadores y que hablaba de que alguien se había hecho caca y había abandonado la caca en el mismo suelo.

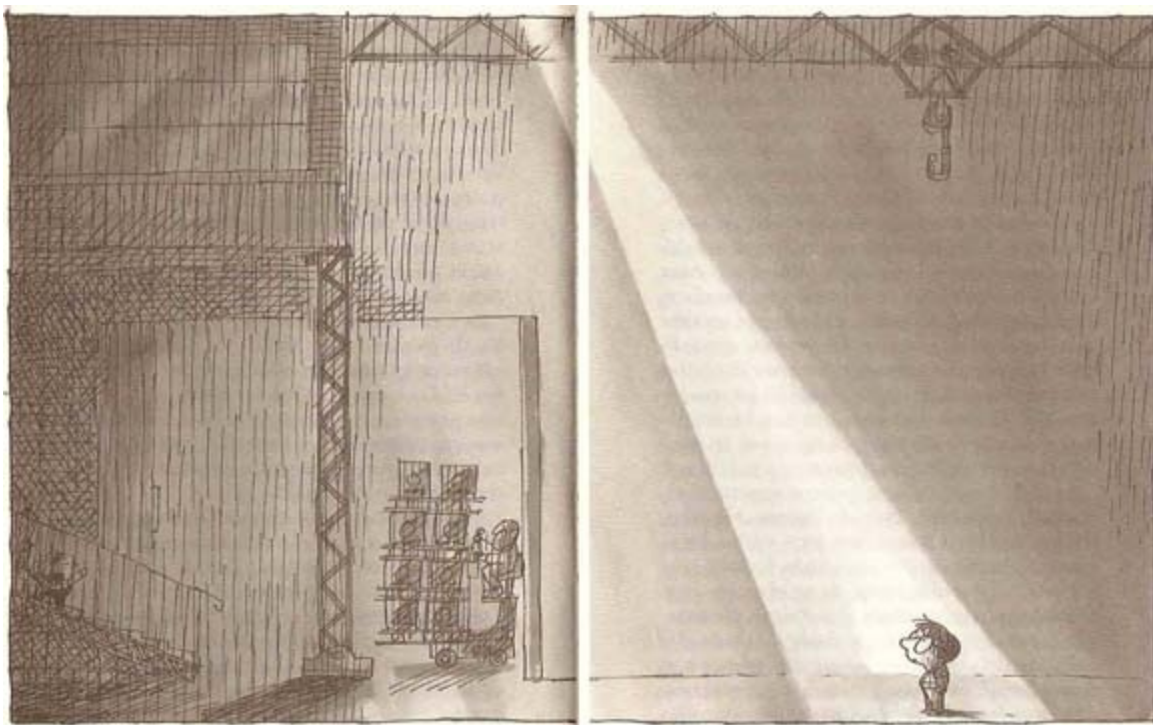
—La gente no tiene consideración ninguna —dijo la Luisa bastante indignada con la gente—: se hacen caca en los probadores, se mean en la calle, vomitan en las esquinas. El mundo está loco. Angelicos míos —dijo la Luisa, que ahora estaba superorgullosa de nosotros, los niños de azul—, en qué mundo os ha tocado vivir.

Y los dos niños nuevos que éramos le sonreímos como si nunca hubiéramos roto ni un solo plato en nuestras vidas.

Los herederos del Imperio

Salimos del *híper* andando como robots, y no porque la transformación nos hubiera convertido del todo en maniquíes, sino porque con aquellos zapatos tan duros era imposible andar de otra manera. La Luisa dijo que teníamos que andar normales, no haciendo el pato como íbamos porque, al fin y al cabo, ella iba con unos tacones y muchísimo más incómoda que nosotros y corría que se las pelaba. Es verdad que corría. Parecía que se iba a caer, y el Imbécil y yo no nos podíamos explicar cómo unos tacones tan finísimos podían sujetar a un cuerpo tan terroríficamente grande. Es un problema físico que nunca se han planteado los científicos de todo el mundo. Por qué. No sé, estarán a otras cosas.

Nosotros la seguíamos como si fuéramos dos pingüinos, andando con los pies planos y las puntas un poco para arriba. Nos metimos al coche corriendo porque la Luisa dijo que Bernabé, mi padrino, ya nos estaría esperando. La Luisa iba diciendo todo el rato: «Veréis qué sorpresa se va a llevar al veros tan guapos, veréis qué sorpresa». Decía esto y luego insultaba a los conductores que la pitaban con unos insultos que no pienso repetir porque me la cargo. La Luisa se sacó el carné hace poco tiempo, pero ya insulta a los otros conductores como si llevara toda la vida conduciendo.



El trabajo de Bernabé estaba muy lejos, cuando a Madrid ya se le han acabado las casas y empieza el suelo de tierra. Allí, en mitad del campo, había un montón de talleres; pero el más grande y el que más llamaba la atención por el letrero era el de mi padrino: El Imperio de la Aceituna; bueno, como dice la Luisa: «El negocio no es suyo, pero casi», porque mi padrino es el que más manda en todo El Imperio de la Aceituna. Salió a abrirnos un obrero del Imperio con un mono azul, y la Luisa dijo: «Soy la señora de Rivero», y el del mono salió a buscar a Bernabé sin decirnos ni sí ni no. El Imbécil y yo miramos para arriba y estuvimos de acuerdo en que aquel techo estaba tan alto como el de una catedral que vimos una vez que la Luisa se llevó al Imbécil para bautizarlo a escondidas de mi padre, que no le gusta que los niños se bauticen. El techo del

Imperio era de uralita pura y tenía abierta una ventana arriba para que se colara el sol, y caía en picado un rayo tan fuerte que como te quedaras mirándolo te entraba la fe divina.

La Luisa saludaba a todos los hombres que había allí, pero ellos no la hacían mucho caso porque estaban muy ocupados trabajando para el Imperio. Ella nos explicó: «Son los obreros». Y nosotros pensamos que Bernabé debía de ser mucho más importante de lo que nosotros habíamos pensado nunca porque tenía tantos obreros, y ese techo abierto y ese rayo divino.

Mi padrino bajó por unas escaleras de un despacho que él tenía a un lado de la nave, un despacho tan colgante como la casa de Tarzán, y se notaba que él era casi el dueño porque su mono iba planchado con raya y tenía bordado a un lado del pecho: «S. Rivero. Encargado». Además, mi padrino llevaba la corbata debajo del mono porque mi padrino les vende aceitunas a personas de todo el mundo, sin discriminación de raza, de religión o de sexo. Mi padrino, con tal de vender, el resto le chupa un pie. Y para vender aceitunas tienes que llevar corbata. Mi padrino hace como Superman, se quita el mono del almacén y debajo aparece Superbernabé con el traje, dispuesto a llevar las aceitunas rellenas al rincón más perdido del planeta.

Cuando nos vio y nos miró y nos requetemiró, a nosotros nos daba la risa. Él decía: «Ay, Dios mío, Dios mío, pero qué chavales más guapos», y llamó a uno que se llamaba Ortega y le dijo: «Ortega, mira qué sobrinos tengo, sácales un regalo a mis sobrinos». Y Ortega salió con un mono mucho peor que el de mi tío, sin planchar con raya, porque el único que puede ir con el mono a raya es el encargado, y Ortega nos sacó un librito que contaba todas las clases de aceitunas del Imperio, que se lo tuve que leer varias veces al Imbécil en el coche (se ha convertido con el tiempo en su libro favorito), y una lata de banderillas para que nos las comiéramos cuando quisiéramos; como si nos las queríamos comer un día para desayunar, nos dijo.

Tú dirás que a nosotros qué nos importa el almacén de mi padrino. Pues nos importa, y mucho, porque somos sus únicos herederos y le hacemos prometer bastantes veces que todo lo suyo será nuestro. Así que allí, debajo de aquel techo, yo y el Imbécil nos imaginábamos que algún día seríamos los encargados y «casi» dueños de todo. Mi madre tendría que plancharnos dos monos con raya y llevaríamos debajo la corbata y trabajaríamos en el despacho flotante, por encima de todos los obreros, porque el que manda tiene que estar siempre un poco más arriba: como mi padrino. El Imbécil me preguntó por la noche si también tendríamos que llevar peluquín como el padrino, y yo le dije que depende, que si no se te había caído el pelo, pues no tenías por qué, y si se te había caído, pues tú mismo. Le dije que el peluquín era opcional, y él me dijo que algún día sí que se lo pondría, entre otras cosas, porque mi padrino nos dejará en su impresionante herencia cinco peluquines que se ha ido comprando a lo largo de su vida, uno de ellos con pelo de la propia Luisa y que le queda a Bernabé con una onda que parece un cantante.

Nos montamos en el coche y la Luisa lo sacó del aparcamiento como hace siempre: dándole un poco al de delante y otro poco al de detrás; dice que para hacerse sitio. Y salimos de la calle del Imperio dando un viraje que levantó todo el polvo, como si huyéramos de la policía. Bernabé sólo dijo: «Luisa, por Dios, que hay niños»; pero luego se calló porque sabe que a la Luisa no le sienta bien que le saquen faltas. De la misma forma, entramos en la calle del Mesón del Costillar, pero no levantamos el polvo, como a nosotros nos gusta, porque ya estábamos en Madrid.

El Mesón del Costillar era un restaurante superlujoso en el que no habíamos estado nunca ni yo ni el Imbécil, porque mi madre dice que a nosotros no se nos puede sacar porque siempre vamos a lucirnos y a dejarla mal, y que por eso se tiene que ir ella sola con mi padre, aunque bien le gustaría que fuéramos de otra manera y llevarnos a nosotros y a mi abuelo, y que a mi abuelo tampoco lo lleva hasta que no se ponga otra dentadura en condiciones, porque en la comunión del Orejones se le quedaron a mi abuelo los dientes pegados a una chuleta y a la gente le dio bastante risa y a mi madre bastante rabia y no lo olvida ni lo perdona, y le dice siempre: «¡Cámbiate la dentadura, que vas llamando la atención allá por donde vas!». Pero mi abuelo dice que esa dentadura mola porque se la pega y se la despega con la lengua y eso le tranquiliza, como el chupete al Imbécil y como a mí arrancarme los pelos de una ceja cuando estoy nervioso.

La Luisa se empeñó en que comiéramos con una servilleta atada al cuello para que no nos mancháramos el nuevo equipo de herederos del Imperio. A mí me daba bastante corte lo de la servilleta. Al Imbécil, no, porque él la tiene puesta todos los días y hay veces que se ha llegado a manchar de puré hasta los calzoncillos. No me preguntes cómo, que no lo sé. Cuando llegó el camarero, el Imbécil pidió gusanos gordos, que es como él llama a los langostinos, y yo unas salchichas con *ketchup*; pero como no tenían, me tuvieron que traer un chuletón. Es lo que pasa con la comida tradicional, que sólo la encuentras en casa.

Al Imbécil hubo que ponerle más servilletas por los brazos, las piernas y la cabeza. Lo dejamos como una momia, porque el espectáculo que dio era para cobrar entrada. Mojaba los gusanos en la salsa rosa y se llevaba el gusano goteando hasta la boca, se apartaba su pelo rubio sudoroso con la mano manchada de la crema rosa, y luego, el espectáculo continuaba con las cabezas de los gusanos. Con cada cabeza se pasaba chupando media hora, y con tanta fuerza, que los de las mesas de al lado estaban como hipnotizados mirándole. Cuando terminó con todo su plato de gusanos, nos miró un poco hinchado, y dijo con una sonrisa:

—Ya está.

Pero no pudo acabar bien la frase porque al ir a decir *está*, del *ta* le salió un eructo que hizo temblar las paredes del Mesón del Costillar. La Luisa, un poco cortada, le dijo al Imbécil:

—Pero, hijo mío, ponte la manita delante.

Y eso es lo que hizo, se puso la manita delante y soltó otro de sus provechitos espectaculares. Él es, ante todo, un niño obediente.

La perra y la gamba

Cuando salimos del restaurante, la Luisa nos dijo que aquella comida la recordaríamos el resto de nuestras vidas porque nosotros éramos niños que no sabíamos nada de restaurantes tan de lujo, y que además tenía que admitir que para la clase de niños que éramos no nos habíamos portado nada mal, quitando lo de los provechitos del Imbécil (dijo provechitos, te lo juro), y que ella creía que éramos mucho mejores cuando no estaba mi madre presente, porque mi madre no entendía de educación pedagógica, y ella sí porque una vez había leído un libro. La Luisa siempre lee libros de todo, y sabe de todo; se leyó uno de cómo triunfar en los negocios, y por eso Bernabé ha llegado a ser casi jefe del Imperio de la Aceituna. Se leyó otro de *stop* a la celulitis, y por eso siempre le dice a mi madre: «Ya no se llevan las flacas, Cata, lo difícil es estar como yo, llenita pero tersa como un melocotón». El Imbécil siempre quiere tocarle las piernas para comprobarlo, pero la Luisa dice que no, que se ve pero no se toca, y se ríe a carcajadas que da miedo. Se leyó un libro del Antiguo Egipto donde venía cómo hacerte un pergamino auténtico sin salir de Carabanchel (Alto), y tiene el comedor todo lleno de pergaminos auténticos; que no es por exagerar, pero te dan ganas de entrar por la puerta andando de medio lado, como andaban los egipcios de las postrimerías. Y también se leyó el de educación pedagógica. En realidad, se lo compró para educar a la *Boni*, porque dice que es una perra casi humana y los libros de educación perruna no le valen, porque la *Boni* tiene más inteligencia que muchas personas que ella conoce (cuando dice esto nos mira a nosotros). Con el libro de educación pedagógica aprendió a educar a cualquier ser vivo, perras y niños, pidiendo las cosas por favor y siempre con una sonrisa. La *Boni* no aprendió mucho, pero dice la Luisa que no fue culpa del método educativo, sino de que la *Boni* es una perra vieja que lleva toda la vida haciendo lo que le sale de su propio hocico. La Luisa cogía una gamba (o gusano chico, según el Imbécil) y se disponía a darle una orden a la *Boni*. La *Boni* movía la cola con la mirada fija en la gamba. La Luisa decía:

—*Boni, sit.*

Y la *Boni*, nada. La Luisa repetía la orden lo menos 40 veces y lo único que conseguía es que la *Boni* pegara saltos para pillar la gamba.

—*Boni*, que te *sit*! —decía la Luisa ya harta, y para ayudarla en su educación pedagógica, yo y el Imbécil gritábamos con ella: «¡Que te *sit*, te estamos diciendo!».

Un día, al cabo de un mes de educación pedagógica intensiva, la *Boni* dejó de mover la cola delante de la gamba, y, desesperada por no poder cazarla, se fue, con la cola entre las piernas a subirse al sofá. Desde allí, envuelta en los cojines de raso puro que tiene la Luisa, nos miró con unos ojos tan tristes que casi se nos saltaron las lágrimas.

—A lo mejor estoy siendo un poco dura con ella —dijo la Luisa—. Pobrecilla, toma tu gamba.

La *Boni* se la tragó sin tenerla ni un segundo en la boca. El caso es que la *Boni*, esa perra tan sensible, debió de pensar que por fin había hecho lo que se le pedía, porque al día siguiente la Luisa volvió con sus clases de educación pedagógica, y dijo con la gamba en la mano:

—*Boni, sit.*

Y la *Boni*, moviendo su cola como un ventilador, se subió de un salto increíble para su edad en

él sofá, y allí tumbada, como había hecho el día anterior, pero con una gran sonrisa de perra, siguió moviendo la cola. La Luisa le dio la gamba.

—Pero qué lista es esta *Boni* —dijo la Luisa.

Y todos estuvimos de acuerdo en que es una perra bastante humana, porque cuando se le manda que se siente, la *Boni* se sube al sofá, como haría cualquier persona en una situación parecida. La Luisa no pudo seguir educando a la *Boni* como le hubiera gustado, para que fuera una perra de exposición canina, porque la *Boni* es ver la gamba y subirse a los cojines. Y no es por falta de inteligencia, dice la Luisa, es porque tiene mucha más personalidad que todos esos perros que no hacen más que lo que les mandan sus amos: es una perra creativa, y contra las perras creativas no hay nada que hacer.

Estábamos llegando a Carabanchel (Alto) y la Luisa siguió hablando de lo bien que nos portábamos cuando era ella la que nos mandaba: «¿Verdad, Berni, verdad que sí?», y Bernabé decía que sí, que sí, como le dice siempre, pero con cara de estar pensando en el Imperio, por ejemplo. Yo le dije a la Luisa que, si sabía tanto de educación, por qué no tenía hijos y así no tenía que experimentar con una perra o con nosotros, que somos menos sensibles que una perra. La Luisa se puso más seria de lo que yo la había visto en mi vida en este planeta y nos dijo que le hubiera gustado bastante, pero que no podía ser, y el Imbécil y yo dijimos bien fuerte: «¿Por qué?», y la Luisa dijo que porque no quería la Madre Naturaleza, y la voz se le puso pastosa y se sacó el pañuelo del bolso y Berni dejó de pensar en el Imperio, y dijo: «Venga, Luisa, con lo alegre que tú eres, con lo que te quieren estos niños». Nosotros no sabíamos qué decir; era la primera vez que veíamos a la Luisa así y estaba claro que yo había dicho algo que no tenía que haber dicho. Me estaba dando una pena grandísima, así que le dije que, en el fondo, yo la quería más que a mi madre. No sé si es verdad. No debe de serlo, porque mi madre nos tiene bien dicho que la queremos a ella más que a nadie en el mundo; porque es así y porque siempre ha sido así desde que las madres poblaron este planeta. La Luisa apartó y se volvió para darme tantos besos que casi me arrepentí de habérselo dicho.

—¿Y tú, cariño —le preguntó al Imbécil—, cuánto me quieres?

—Mucho, y menos que a mi mamá.

Ya te dije que el Imbécil no sabe mentir.

La Luisa nos llenó de besos gordísimos. Y de repente nos dimos cuenta de que nos enfrentábamos a la dura realidad: salir del coche vestidos de azul-pijo y pasar por delante del parque del Ahorcado, donde seguramente estarían Melody, Yihad, el Ore... Respiramos hondo y echamos a andar con la cara que se nos caía de vergüenza.

Los hermanos siameses

La Luisa estaba tan contenta de cuánto la queríamos y de lo guapos que íbamos, que nos dio la mano. Eso sí que era lo peor de lo peor, que mis amigos me vieran ya vestido de azul-pedorrillo y de la mano de esa vecina a la que quería casi más que a mi propia madre. Yo andaba con la cabeza baja, que es mi forma de hacerme invisible, y ya estaba un poco arrepentido de haberle dicho a la Luisa que la quería tanto, porque en cuanto se dieran cuenta mis amigos de que aquel niño con zapatos brillantes que andaba como un pato era yo, no iban a parar de reírse lo menos durante un año. Yo conozco a mis amigos, y sé que pueden reírse de la misma tontería todos los días sin cansarse, y no puedo criticarlos porque a mí me pasa lo mismo. Somos niños sencillos.

Según nos íbamos acercando al parque del Ahorcado, iba sintiendo más y más vergüenza, tanto que notaba cómo se me había puesto hasta el cogote rojo. Pero ahí seguía, de la mano de la Luisa, porque yo soy el clásico niño que siente vergüenza, pero que se aguanta. El Imbécil, no; el Imbécil, que se ve que venía pensando lo mismo que yo, en cuanto estuvimos enfrente del parque se soltó sin más de la mano y le dijo a la Luisa:

—El nene, solo.

Y se quedó detrás. La Luisa le miró, diciéndome a mí:

—Qué rarillo se pone cuando no está tu madre.

Y yo, haciéndome otra vez el hermano salvador, ese hermano que sólo existe en la imaginación de las madres, le dije a la Luisa:

—Me voy con él, pobrecillo. Echa de menos a mi madre. Esto está siendo una situación difícil para él.

Fue unas de esas frases que no sabes de qué forma han llegado a entrar en tu cerebro. La Luisa me miró como si no me hubiera visto nunca, y yo me libré de su mano y me fui al lado de mi hermano. El Imbécil le pidió un pañuelo a Bernabé, porque mi padrino, además de llevar peluquín, lleva pañuelo de tela, como los hombres antiguos de las postrimerías. Menos mal que el pañuelo estaba limpio, porque mi padrino lo utiliza sólo para llevar su inicial bordada en el bolsillo, que la lleva bordada por si se le olvida que Bernabé empieza por *B* y no por *V*, y luego, para limpiarse los mocos, tiene un paquete de *klinex* en el otro bolsillo, porque un moco en una tela tan blanca y en una inicial tan lujosa es algo que la Luisa no permitiría nunca. Bernabé le dio al Imbécil el *klinex*, pero el Imbécil dijo ¡que no, que no!, que el pañuelo, y mi padrino, como es tan bueno, se lo dejó, y el Imbécil lo abrió y, en vez de sonarse con él como todos esperábamos, se lo puso en la cabeza, porque ya te he dicho hace tiempo que mi madre, con el juegucito del cucú-trastrás, le ha hecho creer que cuando uno se tapa la cabeza se hace completamente invisible. La Luisa y Bernabé nos dejaron atrás, y también nos dejaron por imposible y también nos dejaron solos.

Yo iba con la cabeza metida en el cuello, y él con el pañuelo en la cabeza y cogido de mi mano para no caerse. Los dos deseando llegar cuanto antes a casa. Me dio por pensar que yo y el Imbécil cada día nos parecemos más. Como él me imita en todo, siempre hacemos lo mismo, y encima, como yo no crezco nunca y él no para de crecer, va a llegar un momento en que seamos de la misma altura y la gente diga: «Mirad, por ahí van esos dos niños siameses».

Como llevaba la cabeza gacha, sólo veía el suelo, pero de pronto escuché a mis espaldas lo que más temía: la voz del chulito más chulo de todos los tiempos, la voz de Yihad, que decía:

—¿Pero de qué te has vestido, Gafotas, que pareces un hijo del presidente del Gobierno?

Y luego se oyeron las risas de otros, entre las que distinguí las siguientes: la de mi mejor amigo, el Orejones (cerdo traidor); la de la Susana; la de Jessica, la ex gorda; la de Mostaza; Arturo Román, y dos del Baronesa Thyssen. Los distinguiría aunque se rieran debajo del agua. Son muchos años aguantándolos.

Yo le apreté la mano al Imbécil para que fuera más deprisa y porque le conozco. Yihad no iba a dejarnos escapar así como así, y volvió a la carga:

—¡Gafotas, no te quedes en el parque, que te puedes manchar!

Otra vez las risas de los mismos.

—¡Miradlos —siguió el tío—, van los dos vestidos igual, están supersupersupermonos!

Yo sabía que el Imbécil acabaría por saltar. Se me escapó de la mano sin que pudiera sujetarlo, se quitó el pañuelo de la cabeza y echó a correr al banco donde estaban todos. Fue decidido, sin miedo, como si tuviera fuerza suficiente como para pelearse con cincuenta. Llegó donde estaban, fue directo a Yihad y, sin decirle nada, le pegó una patada en la espinilla:

—¿Pero eres idiota, niño, o qué? La patada que me ha dado —dijo Yihad llevándose la mano a la espinilla—. ¿Y tú, Manolito, qué, es que necesitas que te defienda tu hermano pequeño?

El Imbécil no le dejó acabar y le dio otra patada en la otra pierna. Entonces, Yihad no pudo aguantarse y le dio un empujón al Imbécil. El Imbécil se cayó para atrás y mis amigos se quedaron serios y se apartaron, porque, aunque no les parecía bien que Yihad le diese a un niño chico, tampoco tenían valor para defenderlo. Yo soy un cobarde, como mis amigos, pero que le toquen al Imbécil, eso sí que no. Noté que se me hinchaba una vena que tengo en el cuello que sólo se me ha hinchado dos veces en la vida, porque yo nunca me pego, siempre me pegan, y me fui corriendo hasta Yihad y le grité:

—¡A mi hermano tú no le tocas!

—¡Bueno, pues te toco a ti! —dijo Yihad, y se me echó encima, y sentí como si se me hubiera echado encima un animal salvaje.

Yo estaba en el suelo, dispuesto ya a que me rompiera las gafas y la cara y lo que fuera, cuando alguien me lo quitó de encima. ¿Quién era, quién me había salvado de aquella mala bestia, quién podía tener esa fuerza sobrenatural para enfrentarse al ser más peligroso del barrio? No podía ser el Imbécil, porque estaba a mi lado, en el suelo. Cuando pude sentarme, quitarme el polvo de las gafas y mirar para arriba, pude ver quién tenía sujeto por la camisa al chulo de Yihad. Mi ángel de la guarda era ella, Melody Martínez.

La «N» de Nicolás

No me preguntes cómo era posible porque no lo sé, pero Melody Martínez tenía agarrado a Yihad con una mano por el cuello y con la otra le retorció un brazo. Yihad estaba rojo porque Melody lo tenía paralizado, y sólo decía de vez en cuando:

—¡Cuando me sueltes, verás; cuando me sueltes, verás!

Pero Melody parecía supertranquila y todos nos quedamos bastante alucinados cuando vimos que, sin soltarle, echaba la cabeza para un lado y hacía una pompa con el chicle, que por breves instantes le tapó la cara entera. Luego la pompa se fue desinflando poco a poco y M. M. sorbió el chicle como hacemos yo y el Imbécil con los espaguetis con tomate que se nos quedan colgando. Cuando por fin tuvo otra vez el chicle entero en la boca, nos miró a todos con una sonrisa bastante enigmática y le dijo a Yihad:

—Te suelto; pero como intentes vengarte, te ato al tronco del Árbol del Ahorcado y ahí te quedas toda la noche.

Lo soltó, y todos notamos en el latido de nuestros corazones que era uno de los momentos de más tensión ambiental que habíamos vivido en toda nuestra vida. Yo no me atrevía a levantarme del suelo y ahí seguía, y el Imbécil también; pero él se había puesto a jugar con la tierra, porque es un niño que, ya lo dice mi madre, se entretiene con cualquier cosa y en los momentos más inoportunos. Mientras todos temblábamos, al Imbécil se le había olvidado que hacía un momento Yihad nos había tirado al suelo, y estaba dibujando la *N* en el suelo, que es una letra que le han enseñado en el colegio y que la escribe por todas partes: en las paredes, en el portal, en el puré de patatas. Ahí estaba, escribiendo su *N*. Me miró, y me dijo:

—La *N*.

Y yo le dije que muy bien, pero que no estaba para e-n-e-s en ese momento de mi vida. A él los momentos de violencia ambiental no le afectan, y siguió:

—La *N*. ¿Qué es la *N*?

Y supe que tenía que contestarle porque él sigue y sigue preguntándote hasta que no le respondes.

—¡Pues la *N* de Nicolás! —le dije gritando bastante bajo.

—Nicolás, como el abuelo Nicolás —dijo él.

—Nicolás como tú, que te llamas Nicolás; por eso te han enseñado en el colegio la *N* de Nicolás.

—No, es la *N* del abuelo Nicolás.

—Bueno, pues vale, lo que tú quieras.

Mientras nosotros discutíamos tirados en la tierra, Yihad seguía rojo de rabia y con la mano levantada como si se le hubiera quedado una torta pegada en la mano y estuviera buscando a alguien para estampársela en toda la cara. Melody Martínez pasaba de él y me dio la mano a mí para que me levantara.

—Y no le vuelvas a tirar —le dijo Melody a Yihad—. Es que no te das cuenta, pedazo de bestia, que se le mancha el traje.

—Y a mí qué me importa que se le manche su traje de pijo, si parece una niña, que siempre le tienen que defender las chicas.

—¿Que parece una niña, una niña como yo? —dijo Melody Martínez enseñando sus bíceps y sus tríceps de luchadora de taekwondo, que tiene asustado hasta al profesor del colegio.

Todos mis amigos se echaron a reír, y yo me reí por dentro, pero por fuera no se me notó nada.

—No —dijo Yihad—, tú no eres como todas las niñas; yo digo que el Gafotas parece una niña como son las niñas de verdad, que le empujas una pizca y ya está en el suelo.



—Oye, tío —dijo la Susana Bragas-sucias—, a ver qué va a pasar, que yo no doy taekwondo, pero te arañó la cara.

Yihad estaba que no sabía qué decir porque veía que con algo más que dijera se le iban a echar todas las niñas encima, y eso no se lo desea uno a nadie. Las niñas de mi barrio son todas bastante burras; menos mal que actúan por separado y no se les ha ocurrido unirse en una panda criminal. Se harían las dueñas del barrio. El chulo más chulo de todos los chulos miró para abajo y luego echó a andar sin decir adiós. Melody Martínez me dijo que me acompañaba a casa y yo le dije que bueno, porque llevarle la contraria a Melody es bastante difícil y no sirve para nada. Me dijo que, si yo quería, ella podía darme unas clases de defensa personal para que los chulos no se pasaran conmigo y no me viera siempre en el suelo, que me paso la vida en la tierra entre unas cosas y otras. Me hubiera gustado decirle a Melody que no hacía falta, porque me daba un miedo horrible que mi profesora fuera ella y estar como un muñeco por los aires por todas las llaves que quería enseñarme.

—Tienes que aprender tú —me dijo—, porque no voy a estar yo siempre para defenderte.

Yo le dije que no hacía falta que siempre saliera en mi defensa porque luego mis amigos se ríen, y dicen que desde que Melody está por mí, voy al colegio con gorila incluido.

—Que se ríen. A mí no me importa que me llamen marimacho —dijo Melody cuando llegamos al portal—. Es muy bonito el traje, un poco pijo, pero muy bonito.

Yo me lo miré un momento y me di cuenta de que tanto mi traje como el del Imbécil estaban

completamente llenos de tierra. La Luisa se iba a llevar un disgusto horrible.

—¿Puedo subir a tu casa? —dijo M. M., que no se corta un pelo.

—Es que no vamos a dormir en casa, estamos en casa de la vecina porque hoy han operado a mi abuelo.

De pronto me acordé de mi abuelo. Llevaba todo el día sin acordarme de él. Exsuperpróstata, en el hospital, sin próstata y sin dientes y sin nosotros.

—Oye —le dije a Melody antes de abrir la puerta—. ¿Cómo pudiste paralizar a Yihad de esa manera?

Y Melody quiso demostrármelo. Se puso a mi espalda y me agarró del cuello, apretándome en un sitio que me dejaba sin respiración, y luego me retorció el brazo. Dirás que soy un idiota, pero al verme así sin poder mover ni una sola parte de mi cuerpo, sintiendo aquellas manazas sujetándome, me dio pena Yihad, yéndose solo a casa, sin haber ganado la pelea. Se ve que estoy tan acostumbrado a que él gane todas las peleas, que en cuanto pierde una es como si le hubiéramos quitado algo que es suyo. Entramos en el portal y según subíamos las escaleras nos íbamos encontrando con todas las enes que el Imbécil lleva pintadas en estos últimos meses.

—La *N* del abuelo Nicolás —dijo el Imbécil.

—Sí, es verdad, es la *N* del abuelo.

Le di la razón porque sabía que en aquel momento el Imbécil estaba un poco triste pensando en el abuelo, que también estaría un poco triste pensando en nosotros.

Recuerdos de una madre

Era muy raro estar en tu bloque y no dormir en tu propia casa. La Luisa nos dejó las llaves de mi casa a mí y al Imbécil para que subiéramos a por nuestros pijamas. Y subimos sin atrevernos a decirle a la Luisa que nosotros no tenemos pijama porque en mi casa es costumbre que uno en verano duerma en calzoncillos y en invierno con un chándal viejo; pero no sé por qué nos daba un poco de vergüenza decírselo y que la Luisa se lo contara a Bernabé:

—Estos niños se están criando sin pijama, y sin zapatillas de felpilla y sin bata de cuadros.

Y sobre todo nos daba más miedo todavía que la Luisa nos llevara a un hipermercado de guardia a comprarnos un equipo de cama, con una bata a juego de las que lleva Bernabé, para que nos sentáramos todos a cenar como si fuéramos una familia. Tú no conoces a la Luisa: yo sabía que en aquellos momentos en que tenía en sus manos el rumbo de nuestras vidas, era capaz de coger del armario del cuarto de baño un peluquín para mí y otro para el Imbécil, y ponérselo para luego decir que éramos el vivo retrato de Bernabé. Se había encariñado demasiado con nosotros.

Era muy raro estar en tu propia casa de visita. Mi casa olía al abuelo Nicolás, a mi madre, y también a mi padre cuando está con nosotros los fines de semana. Olía al Imbécil, a la colonia que le pone mi madre y a sus construcciones, que las tiene todas mordidas y huelen a baba. Luego me dijo el Imbécil que también olía a mí, pero yo mi olor no me lo noto. Esa hora en la que habíamos subido a por los pijamas era la hora en que mi madre, cualquier día, ya nos estaría gritando para que nos bañáramos. Le haríamos repetir esa orden lo menos diez veces, porque nosotros no hacemos caso ni a la primera, ni a la tercera. Tenemos por costumbre obedecer a la décima, que es cuando sale mi madre de la cocina con una colleja calentita en la mano para depositarla en nuestras nuca. Entonces, a la décima, yo me metería con el Imbécil al cuarto de baño, llenaría la bañera y nos meteríamos los dos juntos, y a la media hora mi madre empezaría a gritarnos que saliéramos a cenar, y nosotros sólo le quitaríamos el tapón de la bañera a la décima vez que mi madre nos diera la orden, porque somos niños de costumbres fijas. Otras veces, no siempre, ni yo ni el Imbécil tendríamos ganas de bañarnos y entonces cerraríamos la puerta con llave y abriríamos el grifo para que pareciera que nos estábamos bañando. Estaríamos media hora haciendo tonterías encima del váter o del bidé y luego, antes de salir (cuando mi madre nos hubiera llamado a cenar diez veces), nos mojaríamos la cabeza un poco para que pareciera que estábamos bastante limpios.

Este truco del baño falso no siempre nos da resultado porque mi madre tiene un olfato que si se enterara la policía española la contrataría para hacer de perro antidroga en los aeropuertos. No se le resistiría ningún traficante del mundo. Me acuerdo de una vez que yo y el Imbécil sólo habíamos mojado la superficie de nuestro pelo y salimos del baño por todo el morro y nos sentamos a esperar la cena haciendo como que éramos los niños más limpios del planeta. Mi madre vino a la mesa con la sartén de las salchichas y empezó a acercarse a mí moviendo las aletas de la nariz como si estuviera siguiendo un rastro. Yo me quedé quieto como una estatua, y el Imbécil, más quieto todavía. Mi madre guiñó los ojos con cara de estar a punto de descubrir un gran secreto y, sin soltar la sartén llena de salchichas, se fue al cuarto de baño. Nosotros

mirábamos el plato vacío porque cuando mi madre está a punto de regañarnos nos da por mirar para abajo; no me preguntes por qué. Por fin salió del baño, con la misma sartén en la mano y con una sonrisa que nos puso los pelos de punta.

—Bueno, bueno... —dijo mientras ponía las salchichas en el plato—. ¿Cuántas salchichas quieres, Manolito?

—Las que tú quieras, mamá.

Eso le dije. Normalmente le digo que me ponga siete, y sobre todo que me ponga una más que al Imbécil, pero en este caso sabía que el ambiente no estaba para las tonterías de siempre.

—Las que yo quiera, las que yo quiera... Que no, tonto, te pongo siete, y una más que a tu hermano, como a ti te gusta.

El Imbécil y yo nos miramos de reojo sin saber a qué venía tanta amabilidad. Por primera vez en nuestras vidas no peleamos por el *ketchup*, ni tiramos el tomate al hule, ni el Imbécil se acabó atragantando con el último trozo de salchicha. Retiramos nuestros platos a la pila y le fuimos a dar a mi madre un beso de buenas noches antes de que ella tuviera que ordenarnos diez veces que nos fuéramos a la cama. Nos metimos en la cama bastante intrigados por lo rara que se había vuelto mi madre de pronto. Reconstruimos los hechos: la habíamos visto meterse en el cuarto de baño a punto de echarnos la bronca y luego la vimos salir con la sonrisa esa tan extraña. Le pregunté a mi abuelo si sabía qué es lo que pasaba.

—No lo sé, hijo mío, pero estoy seguro de que el final de esta historia está todavía por llegar.

Mi abuelo tenía razón. El Imbécil y yo cerramos los ojos. Él en su cuna gigantesca y yo en mi cama-mueble, cerramos los ojos para dormirnos cuanto antes. Nos dormimos porque a nosotros las preocupaciones nunca nos quitan el sueño. Serían las siete y media de la mañana cuando mi madre nos despertó con un grito aterrador.

—Venga, niños. ¿No os quisisteis bañar anoche? No importa. Mamá os levanta una hora antes y os ducháis por la mañana.

Teníamos tanto sueño que casi nos quedamos dormidos en el baño. Vamos, al Imbécil tuve que sujetarle de la cabeza dos veces porque él estaba dispuesto a dejarse hundir en la bañera con tal de dormir media hora más. Aquel día supimos que a mi madre es muy difícil engañarla. Luego nos dijo que no sólo nos había delatado ese olor a choto que nos caracteriza cuando volvemos de la escuela, sino que cuando entró en el cuarto de baño se dio cuenta de que no había el cerquillo negro que todos los días dejamos como recuerdo de nuestra propia suciedad. Estas cosas y más estuvimos recordando yo y el Imbécil en nuestra casa solitaria. Esos recuerdos tan buenos de mi madre nos hicieron sentir una gran nostalgia: un padre en la carretera y un abuelo y una madre en el hospital. Dos niños solos, en un piso vacío, recordando a su familia y buscando un pijama que no tienen. Éramos los protagonistas de una historia bastante triste.

Nuestra nueva madre (la Luisa) abrió la puerta y nos dijo:

—Venga, niños, el baño está en su punto. Os voy a bañar.

¿Cómo, que la Luisa pretendía bañarnos? Eso nunca, pensamos los dos superalunísono.

Cómo librarnos de la Luisa

Yo creo que la Luisa se había hecho muchas ilusiones. No había más que verla, ahí, en la puerta de mi casa, impaciente porque bajáramos a bañarnos y con unos albornoces ya en la mano. Eran los albornoces de la propia Luisa y el propio Bernabé, los albornoces más suaves que había visto nunca, no como los de mi casa, que mi madre siempre dice: «Dentro de poco los corto a trozos para trapos», y así lo lleva diciendo desde que yo tengo memoria en el cerebro.

Bajamos a casa de la Luisa, y ella nos compadeció bastante porque éramos unos niños sin pijama, y eso a ella le pareció inhumano. El baño estaba lleno y en el fondo había como una arenilla, porque nos había preparado un baño con sales: nosotros nos metíamos en el baño, ellos, la Luisa y Bernabé nos frotaban la espalda y a los diez minutos, ni un minuto más ni un minuto menos, nos esperaban, cada uno con un albornoz abierto, a que pusiéramos el pie en la alfombrilla para arrojarnos rápidamente en sus albornoces y llevarnos en brazos hasta la cama de matrimonio. Yo le quise explicar a la Luisa que la época del albornoz esperándote a la salida del baño y de ir en brazos a la cama grande ya había pasado en nuestras vidas. Hasta el Imbécil, que, como todo el mundo sabe, es el mimadito de su madre, ya se sale de la bañera solo, y mi madre me tiene dicho que yo soy mayor y que tengo que ser responsable de mi hermano y de secarle y de ayudarle a ponerse el calzoncillo y de peinarle con la raya al lado. Así que el resultado es que el Imbécil sale de la bañera chorreando, y chorreando sigue y se seca al aire porque nuestros albornoces de lija están llenos de tomates, y luego se pone el calzoncillo encima de su culillo mojado, así que le cuesta un buen rato metérselo y bastantes veces se cae al suelo, cosa que no le molesta, qué va, le gusta, porque le pasa lo mismo todos los días, y nosotros siempre nos reímos con lo que nos pasa todos los días. Luego, según mi madre, yo le tendría que peinar, pero tampoco le peino porque si yo no me peino, no veo por qué tengo que peinar a otras personas. Nos colocamos los dos un poquillo el pelo, nos ponemos el chándal viejo en invierno y los gayumbos en verano, y ése es nuestro uniforme de noche. Pero la Luisa quería que volviéramos al principio de los tiempos, cuando el baño estaba supervisado por mi madre. Y a nosotros nos daba terror volver a aquellos tiempos en que mi madre se sentaba en el váter y nos decía: «Ahora date aquí, ahora allá, esa oreja, bien el culete...». Aquello no era disfrutar. Encima mi madre no tenía mucha mano para poner el agua a la temperatura ideal y siempre nos la dejaba o hirviendo o fría. Me acuerdo de una vez que el Imbécil y yo nos metimos al baño, y mi madre vino a los diez minutos para supervisarnos y nos encontró flotando dejando sólo la cara y la barriga fuera del agua, unas caras y unas barrigas que se habían puesto bastante coloradas.

—¿Por qué estáis tan tranquilos, niños?

Y su voz nos llegó como desde muy lejos, como si la oyéramos desde otra galaxia.

—Niños, por Dios, que me asustáis.

Fuimos notando que un chorro de agua fría nos despertaba. Fue el clásico tratamiento de choque. Nos había puesto el agua tan caliente que se nos había ido la olla y estábamos a punto de dormirnos, así que para reanimarnos no se le ocurrió otra cosa que dar al grifo de la fría. Fue un momento bastante duro, pero mi madre lo recuerda como «el día en que nos salvó la vida». Y

todavía hoy cuando ella se lo recuerda a alguna visita, tenemos que tirarnos a sus brazos para agradecerse, porque si no mi madre se rebota y dice que nunca le reconocemos lo que ha hecho por nosotros.

Hace tiempo ya que mi madre pasó de estar en el baño con nosotros, y todos salimos ganando: ella se sienta a ver la tele con las piernas para arriba mientras mi abuelo le cuida la sartén con las salchichas, y nosotros pasamos el rato con nuestros juegos acuáticos de siempre: las pedorretas, los pedos propiamente dichos y las gárgaras marítimas. Y te digo una cosa: el hecho de que llevemos ya dos años haciendo lo mismo no quiere decir que estos juegos nos estén empezando a cansar. ¡Qué va! Nos gustan cada vez más, más que el primer día de hace dos años en que mi madre, ¡harta de niños!, decidió dejar al Imbécil a mi cuidado para el resto de mi vida.

Fue muy difícil, aquella noche en que nos habíamos convertido en hijos adoptivos de la Luisa, librarnos de ella a la hora del baño; tuvimos que establecer un plan. El Imbécil se fue a la cocina con Bernabé y le pidió un vaso de agua; desde allí llamó a la Luisa. Cuando se bebió toda el agua dijo:

—Ahora, un besito a Bernabé.

A Bernabé se le cayó la baba.

—Ahora, un besito a la Luisa.

El Imbécil se lo dio y a la Luisa se le cayó también la baba.

—Y ahora, la Luisa y Bernabé se quieren en los morros.

Y los echó al uno contra el otro, y Bernabé y la Luisa, casi con lágrimas en los ojos, juntaron morro con morro y se dieron un besito de amor. Y mientras se desarrollaba este momento tan emotivo, el Imbécil salió corriendo; yo le esperaba en el pasillo con la puerta del cuarto de baño abierta. Pasamos los dos corriendo al baño, echamos el pestillo y, jadeando como perros, nos echamos a reír como conejos. ¡Al fin solos! El plan, tengo que reconocerlo, fue ideado por el Imbécil, que es un niño diabólico, bastante peor que Chuki. La Luisa y Bernabé llamaron muchas veces a la puerta. La Luisa nos decía: «Los albornoces, que los tengo yo aquí fuera. Niños, que os podéis resbalar». Eso al principio; luego nos dijo cosas más feas, y que se iba a chivar a mi madre en cuanto llamara. Oímos a Bernabé decir: «Mujer, déjalos ya en paz». A nosotros ya nos daba igual, porque empezamos a prepararnos un baño de película. Abrimos el armario de potingues de la Luisa y, ¡oh!: las sales, las cremas, unas bolillas de aceite de las que se pone mi madre en el baño antes de que venga mi padre los viernes a casa, ¡y los peluquines de mi padrino Bernabé! Todo a nuestra disposición para un baño que recordaremos siempre y que te pienso contar en el próximo capítulo.

El angelote

Yo me había subido a una banqueta que tiene la Luisa recubierta de borreguillo. Todo en el váter de la Luisa está recubierto de borreguillo rosa. Parece, no te exagero, el váter de una estrella de Hollywood. Lo único que falla es la propia estrella de Hollywood, porque, por mucho que se empeñe el Imbécil en decir que la Luisa es idéntica a Melanie Griffith, la verdad verdadera es que la Luisa parece de Carabanchel (Alto), y de Carabanchel (Alto) todavía no han salido demasiadas estrellas de Hollywood, aunque tenemos las esperanzas puestas en Susana Bragas-sucias, que ya en mi colegio es una *sex symbol* que te pasas, y en Melody Martínez, que podría hacer el papel de Arnold Schwarzenegger, pero en mujer. No sé si actualmente ese papel ya está inventado.

Yo me había subido a la banqueta del borreguillo y le iba dando tarros de sales y sustancias olorosas al Imbécil. Le decía a mi hermano: «Echa un poquito, sólo una chispa»; pero el Imbécil es un niño que no tiene medidas, y agarraba el tarro muy serio, lo ponía encima de la bañera, y allí le daba la vuelta completamente, y caían las sales al baño como si hubiera tirado un saco de tierra. Lo mismo hizo con las bolillas de aceite, y lo mismo con un gel que tenía la Luisa, que ponía en el frasco que era hiperrelajante.

—No cabe más —dijo el Imbécil.

Me bajé de la banqueta para ver que el Imbécil tenía razón. Como siguiéramos echando cosas, no íbamos a caber nosotros. El fondo de aquel baño parecía ahora el fondo de una pecera, lleno de tierra y bolillas.

—Ahora falta lo más importante —le dije a mi hermano, que me miraba como siempre, con bastante admiración.

Me volví a subir a la banqueta del borreguillo, agarré la ducha y empecé a echar agua caliente con todas mis fuerzas al baño. Empezó a salir espuma y espuma y espuma. Subía por las paredes, tapó los grifos, parecía como un ser viviente que nos fuera a acabar devorando. Me puse a buscar los grifos a tientas, porque ya no se veía nada. Menos mal que los encontré, porque la espuma ya estaba empezando a salir por fuera de la bañera.

Nos metimos al baño y tuvimos que ir abriéndonos paso con las manos para poder vernos la cara el uno al otro. El Imbécil parecía uno de esos ángeles gordos que siempre salen en los cuadros antiguos acompañando a la Virgen hasta el Cielo. Era idéntico: el mismo pelo rubio con los mismos rizos, los mismos michelines blanquísimos en la barriga, y dos colores bien rojos en la cara. Y alrededor de él, una nube blanca de ángel que está llegando al Cielo. Si lo llega a ver la Luisa en ese momento, seguro que le hubieran entrado ganas de colgarlo en la pared de su cama, porque la Luisa tiene (en escultura) una Virgen en plena ascensión, con los ojos mirando para arriba y la nube del motor a reacción en los pies y muchos angelotes a su alrededor.

Una mañana, cuando bajábamos al colegio, nos encontramos a Bernabé, que se iba al trabajo y que estaba peleando con la Luisa en la puerta. Llevaba una venda cruzándole de un lado a otro la cabeza y una gorra (porque no hay peluquines de media cabeza para estos casos). El Imbécil, que todo lo tiene que preguntar, le preguntó a mi padrino:

—¿Te ha pegado la Luisa?

—No, pero casi.

Y después de esa respuesta bastante enigmática, nos contó que es que, a media noche, uno de los angelotes de la Luisa se había descolgado del clavo y le había aterrizado en plena calva y le había hecho una raja que casi le llega al cerebro. Y es la única vez que yo he visto que mi padrino se enfadara con la Luisa, porque la Luisa decía:

—La culpa no la ha tenido mi angelote, la culpa la tienes tú, Bernabé, que no veo por qué te tienes que quitar el peluquín para dormir.

—Porque me da la gana.

—Pues sin peluquín duermes desprotegido y te pasa lo que te pasa.

—¿Te parece normal tener diez ángeles colgados en el cabecero?

—Sí, señor, me parece muy normal.

Yo y el Imbécil los mirábamos y no sabíamos qué decir ni a quién dar la razón, porque, por un lado, entendemos que Bernabé se harte de los angelotes de la Luisa y, por otro, también nos daría mucha pena que la Luisa los tuviera que quitar. Quedan superclásicos en la pared. Parece una habitación de las postrimerías. Nos fuimos al colegio, y el Imbécil me preguntó que si Bernabé y la Luisa se iban a separar, y yo le dije que no, que la gente se enfadaba como nuestros padres o como nosotros, pero que al final casi nunca se separan, porque tienen que pagar los plazos de un camión o los de un piso. Luego nos enteramos de que, a partir de aquel momento, Bernabé ha dormido con peluquín y la Luisa sigue con su colección de angelotes. Ya tiene 15.

Si el Imbécil le llega a caer a Bernabé en la cabeza desde la pared, con lo que pesa el Imbécil, le mata. Eso pensé teniéndole delante de mí, en la bañera. Habíamos echado tantos perfumes distintos que estábamos a punto de morir de éxtasis oloroso, y con la cantidad de aceite que había, nuestros cuerpos resbalaban como si fuéramos peces. Por fin salimos de la bañera porque la Luisa estaba a punto de tirar la puerta abajo. Yo tuve que limpiarme la espuma de las gafas, y cuando le abrí la puerta, la Luisa dijo: «¡Por Dios, pero ¿qué ha pasado aquí?!».



La verdad es que nos habíamos pasado tres pueblos. El baño estaba hasta arriba de espuma y vapor. Vimos un cuerpo blanco que se levantaba dentro de la bañera. Era el Imbécil, claro; no había otro ser dentro del baño. La Luisa estaba como una hiedra, que se subía por las paredes, y nos amenazó:

—¡Ya veréis cuando llame vuestra madre! ¡Le voy a contar cómo os estáis portando!

En ese momento sonó el teléfono. Era ella, mi madre, que llamaba para preguntar por sus hijos, nosotros. Contestó al teléfono Bernabé. Le oíamos hablar con nuestros oídos llenos de espuma. La Luisa nos miraba:

—Ahora me pondré yo y le diré que me habéis gastado mis sales, mis aceites, mis jabones

relajantes; que me habéis llenado el suelo de agua, que os habéis encerrado con llave. Le voy a contar la verdad y le voy a decir: «Catalina, vente ahora mismo a por este par de niños imposibles».

El Imbécil y yo nos echamos a temblar a dúo. Pero ocurrió algo que nos salvó de morir: fue la Luisa al salón, y dijo:

—Pero, Berna, ¿qué has hecho?

—Pues nada, que le he dicho que todo iba bien y he colgado.

El muy pelota del Imbécil salió del cuarto de baño desnudo, resbalándose por el pasillo como un besugo en aceite, y agarrándose de la falda de la Luisa, le soltó:

—El nene quiere que le lleves en albornoz hasta tu cama.

Y a la Luisa se le pasó el enfado allí mismo. Lo agarró como un cochinillo y lo llevó a su cama, donde le dio varios besos en la barriga. Yo fui detrás andando y me senté en una silla, viendo cómo el Imbécil se partía de risa con los besos de la Luisa. Tenía una pregunta grandísima en la cabeza: ¿cómo conseguía el Imbécil que nunca le echaran ninguna bronca?

El cuarto de invitados

La Luisa se negó en rotundo (o en redondo, no me acuerdo) a que nos sentáramos a cenar en calzoncillos. Me parece que dijo que iba en contra de su religión, así que a mí me puso un pijama a rayas de Bernabé y me lo remangó por las manos y por las patas, y al Imbécil, una camiseta y unos calzoncillos de Bernabé que parecían pantalones cortos, y nos estuvimos riendo un rato largo mirándonos en el espejo con aquellos pantalones de mi padrino que llevaban una raja delante por si a mi padrino a media noche le entraban ganas de hacer pis, pero no quería bajarse los pantalones. A nosotros nos pareció bastante gracioso y nos fuimos al váter a intentar mear por esa raja del pantalón, pero la Luisa nos pilló y dijo: «Aquí, guarrerías ninguna». Y nos cortó el rollo. Luego nos sentó a la mesa y dijo que nos iba a cambiar de alimentación de forma radical esa misma noche, que cuando volviera mi madre es que ni nos iba a conocer. Y después de darnos esta charla, que a nosotros nos pareció muy bien, vino de la cocina con una fuente que tenía unas cosas verdes. Yo sabía que eran judías verdes, porque hace dos años mi abuelo pasó una temporada sin dientes mientras le fabricaban la dentadura nueva que todo el mundo conoce actualmente, y en esa temporada comió cosas blandas, judías verdes y otras hierbas en remojo. Pero, claro, el Imbécil no se acordaba, y al ver en medio de la mesa aquello verde se puso a llorar que no había quien lo parara porque tenía mucha hambre, pero dijo que él no comía nada verde, y de vez en cuando, entre el hipo y el llanto terrorífico, se le oía:

—El nene verde no come, el nene no come verde.

Y la Luisa, sin saber qué hacer, cogió una servilleta y tapó con ella el plato de las judías para que el Imbécil dejara de verlas y se calmara un momento. Yo dije que podía subir a mi casa a por un paquete de salchichas, porque mi madre siempre tiene provisiones de salchichas por si en un momento dado hay una alarma nuclear o algo así. También tiene mi madre cinco chupetes de la marca que usa el Imbécil. Chupetes y salchichas, porque imaginarse una alarma nuclear con el Imbécil llorando porque se le ha perdido el chupete o porque no hay salchichas para cenar es una situación que no quiero imaginarme.

Bajé con las salchichas y le dije a la Luisa que por favor las preparara un poco quemadas por fuera y crudas por dentro, que es a lo que nos tiene acostumbrados mi madre. Cuando el Imbécil vio las salchichas ya en su plato, dejó de llorar, aunque a veces miraba al plato de las judías verdes tapado con la servilleta y todavía se le escapaba un sollozo que le movía todo el cuerpo. La Luisa se llevó el plato de las judías y todos comimos salchichas para que el Imbécil no se acordara del disgusto tan grande que se había llevado. Hasta la *Boni* comió salchichas. La *Boni* siempre se pone al lado de la mesa cuando estás comiendo y hace «*mmmi, mmmi, mmmi*», como si estuviera gimiendo, para que le des algo. Descubrimos que el Imbécil le daba de vez en cuando un trozo de salchicha con el tenedor, y la Luisa le dijo que a las perras no se les daban cosas con el tenedor porque no es bonito que las perras y las personas compartan los mismos cubiertos; pero la *Boni* es una de las personas a las que el Imbécil quiere más en este mundo, y se empeñó y hubo que dejarle, porque es un niño que si no se sale con la suya llora, y ya estábamos todos un poquito cansados de aguantarle, y lo que dijo la Luisa, que era muy tarde para soportar a un niño llorando.

Nos metieron en un sitio que la Luisa llama el cuarto de invitados porque siempre que viene alguien a su casa tiene que dormir en ese cuarto, le guste o no le guste al invitado. El cuarto de invitados fue en un pasado el cuarto de la madre de Bernabé, pero la madre de Bernabé ya no ha vuelto a casa de la Luisa desde que una vez miró con desprecio a la *Boni* porque la *Boni* se quería acostar con ella en la cama, y la Luisa le dijo a la madre de Bernabé:

—Oiga, señora, entre una perra y una suegra, me quedo con una perra.

Nosotros no teníamos ningún problema en dormir con la *Boni*, y el Imbécil estaba empeñado en que se metiera dentro de la cama como una más, pero la *Boni* no quiso porque el Imbécil la quiere tener abrazada todo el rato, y a ella eso no le gusta. Se acostó a nuestros pies. La Luisa y Bernabé nos dieron bastantes besos y nos dijeron que si lo habíamos pasado bien con ellos, y yo les dije que había sido el día más feliz de mi vida, y el Imbécil les dijo que había sido el segundo día más feliz de su vida y que el primero sería el día en que volviera su mamá del hospital. La Luisa y Bernabé se nos quedaron mirando desde la puerta un momento antes de apagar la luz, y a mí me pareció que nos querían bastante: bastante más que nosotros a ellos.

Yo y el Imbécil nos quedamos los dos con los ojos abiertos en la oscuridad. Encima de nosotros, encima del techo que ahora estábamos mirando, estaba nuestra casa sola y oscura. En casa de la Luisa había un silencio sepulcral. En mi casa no hay silencio nunca. Por las noches se oye roncar a mi abuelo, los viernes se oye a mis padres hablar hasta las tantas, el Imbécil pide agua cada dos por tres, la radio de mi abuelo se pasa la noche encendida. Yo no me podía dormir así, a palo seco, sin un ruido, y al Imbécil le debía de pasar lo mismo, porque me dijo:

—Tiene miedo.

—¿Quién?

—El nene.

—¿De qué?

—De que los ángeles de la Luisa vengan y me muerdan, de Bernabé calvo, de la Luisa sin peinar.

Le dije: «Anda, no seas tonto»; pero la verdad es que empecé a imaginarme a los angelotes que tiene la Luisa encima de la cama descolgándose de los clavos y viniendo hasta nuestra cama enseñando los colmillos, y detrás, riéndose, a Bernabé sin peluquín y a la Luisa con los pelos espeluznantes que tiene cuando se levanta, y un escalofrío recorrió todas las partes de mi cuerpo.

El Imbécil se me pegó como una lapa y yo me armé de valor y le conté una vez más la historia de lo mal que me caía cuando nació y de que luego me acabó cayendo bien cuando lo fui conociendo personalmente. Es una historia que le gusta bastante porque acaba bien. Y después de tirarse uno de sus pedos musicales (sonó el principio de *La cucaracha*), se quedó dormido tan agarrado a mí que no pude moverme en toda la noche.

Los Bernabés

Por la mañana, nos levantamos y nos costó lo menos 30 segundos saber dónde estábamos: en casa de la Luisa, porque mi madre se había quedado en el hospital con mi abuelo, que ya no tenía próstata. A no ser, claro, que se hubieran equivocado y en vez de la próstata le hubieran quitado el hígado, que es una cosa que, por lo que cuenta la Luisa, ocurre bastante en los hospitales. Es que ella hizo durante un tiempo una colección de errores médicos; son recortes que tiene de periódicos y cosas que le ha contado la gente y que tiene escritas. Dice que un día hará un libro con todo eso y será un *best-seller* y retirará a Bernabé de trabajar y se irán a una playa con bastantes palmeras y nos llevarán a mí y al Imbécil para que les espantemos las moscas con una rama mientras ellos toman el sol con el dinero del *best-seller* bien cerquita, para que no se lo quite nadie, dentro de la riñonera, bien pegado a la barriga. Si algún día ves en una playa tropical a un matrimonio con dos riñoneras bien atadas a la cintura y dos niños espantándoles las moscas con una rama (uno de ellos con gafas): somos nosotros.

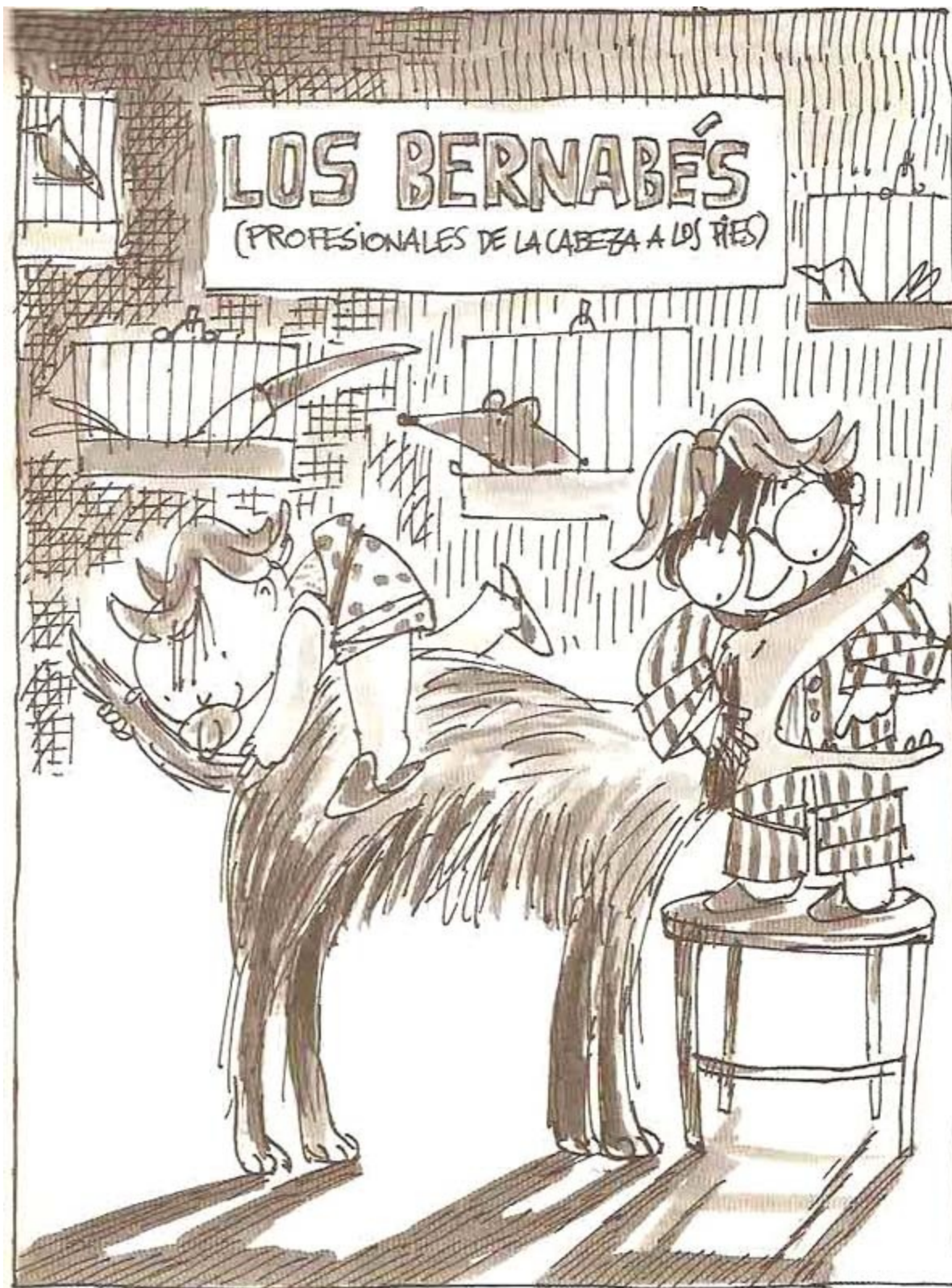
Yo le pregunté a la Luisa durante el desayuno cuánto tiempo podía vivir un abuelo sin hígado. Yo qué sé, por ponerme en lo peor y pensar que al cirujano se le hubiera ido la olla y hubiera cortado por otro lado. Y cuando la Luisa me dijo que un abuelo sin hígado no duraba ni una mañana, me entró una angustia de pensar que a lo mejor no volvíamos a ver a mi abuelo vivo, que me puse pálido y la Luisa se asustó y me gritó: «Pero ¿qué te pasa, qué te pasa?», y cuando le pude decir con mi boca sin saliva que tenía miedo de tener en esos momentos un abuelo sin hígado y sin vida, la Luisa me tranquilizó un poco y me dijo que ella sabía por mi madre que mi abuelo estaba superbien y yo mismo lo iba a ver con mis propios ojos, porque por la tarde ella nos iba a llevar al hospital para llevarle unos bombones que nos íbamos a comer nosotros mismos, porque los abuelos recién operados no pueden comer bombones; se tienen que comer los nietos todos los de la caja. Eso me dejó un poco más tranquilo, pero dentro de mi cerebro sabía que hasta que no viera a mi abu por la tarde no me creería del todo las palabras de la Luisa, que, como dice mi madre, miente más que habla.

El desayuno aquella mañana en casa de la Luisa fue paranormal, porque el Imbécil no tiró ni una pizca de su leche (en mi casa la tira todos los días), y eso es algo que ni había sucedido antes, desde que yo tengo memoria cerebral, ni ha vuelto a suceder después de ese día. Cosas raras que pasan, acontecimientos extraños que no vuelven a repetirse en cientos de años, como el paso de un cometa o la caída de un meteorito.

La Luisa nos dijo que nos teníamos que quedar solos mientras ella se iba a la peluquería, porque «con estos pelos que llevo», dijo, «no puedo ir esta tarde a un hospital». Y dijo que teníamos que ser responsables y cuidar de sus animales. No es que el piso de la Luisa sea una granja, pero hay un pez, un canario y la famosa *Boni*, y hay que estar pendientes de su comida y de que no se devoren los unos a los otros, porque los animales parecen muy buenos, pero después de ver los documentales con los que se duerme mi abuelo por la tarde te queda la duda: ves un canario amarillo que siempre te ha parecido tan inocente y, la verdad, lo menos que piensas es que como se le cruce un cable al canario ese te da un picotazo y te puede sacar un ojo y comérselo allí

mismo, en su misma jaula.

Le dijimos a la Luisa adiós, adiós, y allí nos quedamos, vestidos con los pijamas de Bernabé, porque la Luisa nos dijo que para estar en casa el pijama es lo mejor. En cuanto se fue, el Imbécil tuvo la idea de que fuéramos al armario de los peluquines y nos pusiéramos cada uno en nuestras cabezas uno de los peluquines de Bernabé. Yo le dije que antes debíamos asegurarnos de que la Luisa se había ido de verdad. Así que nos asomamos a la ventana y la vimos que hablaba con una vecina, que hablaba con otra (¿por qué siempre tiene que hablar tanto?) y luego se metía en la peluquería Don Moño, que es la peluquería a la que van todas las mujeres que yo he conocido en mi vida. Al fin éramos libres.



Nos pusimos cada uno nuestro peluquín. El Imbécil se puso el que se hizo Bernabé con el propio pelo de la Luisa, y yo me puse uno más serio, más oscuro, el que utiliza mi padrino para las bodas o las comuniones. Y una vez que estuvimos los dos disfrazados de Bernabé, jugamos a ser veterinarios. Pero antes nos enfadamos y estuvimos a punto de no jugar porque los dos queríamos llamarnos Bernabé y, claro, lo que yo le decía, que es muy raro ir a una clínica veterinaria y encontrarse a dos hermanos veterinarios que se llamen los dos de la misma manera. Intenté convencerlo y le propuse varios nombres: Francisco, Eusebio, Vicente... Nombres que a mí me parece que están bien cuando uno es veterinario, pero el Imbécil dijo que no y que no, y que si no se llamaba Bernabé no jugaba ni a eso ni a nada. A mí me gustaría tener un hermano pequeño para poder mandarle todo lo que yo quisiera; creo que para eso tienen que ser los hermanos pequeños, pero el Imbécil es un niño que nació para ir a su bola y es muy cabezota.

—El nene se llama Bernabé —me dijo cruzándose de brazos—. Y Manolito, que se llame Francisco o Vicente si quiere.

A mí tampoco me dio la gana, así que llegamos los dos a un acuerdo: seríamos los primeros hermanos en la historia que se llamarían igual. Nuestra clínica veterinaria se llamaría Los Bernabés, y vendría mucha gente del mundo entero a ver con sus propios ojos a dos hermanos que se llamaban igual y se dedicaban a lo mismo. Y cuando alguien dijera: «Traigo a esta perra rabiosa a que la cure el veterinario, ¿dónde está el doctor Bernabé?», los dos nos pondríamos detrás del mostrador con una gran sonrisa y diríamos: «Nosotros somos el doctor Bernabé», y uno miraría a la perra rabiosa por la parte del rabo y el otro por la parte de la boca. Y tan contentos.

Los Bernabés nos pusimos a cuidar a nuestros tres animales. Yo, para empezar, solté a *Tutto* (el canario), para que se diera unos cuantos vuelos por ahí mientras yo le limpiaba la jaula, porque no quería poner la jaula debajo de la ducha con el canario dentro. Y el otro Bernabé (el Imbécil) se puso a buscar un termómetro para ponérselo a la *Boni*. De *Fernandito*, el pez, nos ocuparíamos más tarde, porque, según el Imbécil, el agua de la pecera estaba muy fría y el pez *Fernandito* se podía constipar. «Los Bernabés: pon a tus animales en las mejores manos (cuatro)»; así pensábamos anunciarnos en las páginas amarillas.

El soldado desconocido

Fue bastante difícil ponerle el termómetro a la *Boni*, porque cuando la perra de la Luisa vio que habíamos soltado al canario *Tutto*, se puso que parecía que había cogido la rabia. Faltó muy poco para que se lo merendara. El canario volaba muy mal, daba pena verlo; vamos, que sólo volaba unos saltitos que eso no es volar ni es nada.

—El nene vuela mejor —dijo el Imbécil.

Y tenía razón, porque yo he visto volar al Imbécil, cuando jugamos a Superman o cosas así, y de verdad que se da más maña para volar que aquel canario. Claro, que al Imbécil lo tenemos en libertad, y eso ayuda. Aquel canario llevaba preso mucho tiempo y las plumas no le rulaban.

Tutto fue dando saltitos en la zona que tiene la Luisa dedicada a Lugares Históricos del Mundo. Saltó del pergamino egipcio a unos fósiles que compró en el Pryca una vez que celebraron la Semana de la Prehistoria Terrenal, y luego saltó a la cabeza de los luchadores de Sumo, y luego a un póster que tiene de Viena, que es el sitio adonde le gustaría ir a la Luisa, pero no va por si a Bernabé se le vuela el peluquín mientras bailan el vals y todo el mundo se ríe. Allí se quedó *Tutto*, encima del marco de la foto de Viena. Y la *Boni* se subió a una silla y se puso a ladrar y a enseñarle los dientes al canario, que daba miedo verla. De pronto, la *Boni*, esa perra de cojín, como dice la Luisa, se había transformado en una perra de presa. El Imbécil, que tiene mucho valor, insistió en ponerle el termómetro porque dijo que él era un veterinario que no le temía a ningún animal salvaje. Fue a levantarle la pata a la *Boni* para ponérselo, y la *Boni* hizo un gesto al bies con la boca, enseñándole los dientes, que por poco se come el termómetro y la mano de su veterinario.

El veterinario era valeroso hasta cierto punto, claro, porque fue ver que la *Boni* le podía morder, y me echó las manos al cuello para que le cogiera en brazos. Los dos nos quedamos un rato detrás del sofá oyendo gruñir a la *Boni* y bastante preocupados. Al Imbécil se le ocurrió que en estos casos hay que ponerle a la perra una inyección antirrábica de urgencia, y a mí me pareció muy bien, sólo que, como no teníamos la inyección, tuvimos que pensar en otra cosa. Entonces, el Imbécil, el niño de las grandes ideas, me dijo que podíamos encerrar a la *Boni* en la cocina y luego cazar a *Tutto* y volverle a meter en la jaula, porque un canario que vuela tan mal no se merece andar por ahí suelto por los Lugares Históricos del Mundo. Yo le dije al Imbécil que muy bien, que encerrábamos a la *Boni* en la cocina; pero ¿cómo?, fue la pregunta que me hice y que se estará haciendo ya media España. Entonces el Imbécil se convirtió en un niño de acción y me dijo allí mismo, detrás del sofá:

—Cubre al nene, cúbrele.

Yo no sabía lo que quería decir hasta que lo vi salir arrastrándose, como van los soldados en las películas de una trinchera a otra. Sólo le faltaban un casco y unas hojas de árbol en la cabeza para ser por completo el soldado desconocido. A mí no se me ocurría con qué cubrirle; desde luego, no pensaba salir de detrás del sofá, no fuera a ser que la *Boni*, esa perra de presa, se lanzara sobre mí; así que hice lo que haría cualquier soldado: me quedé detrás de la trinchera, con mi brazo estirado como una ametralladora, y apunté a la *Boni* para proteger a mi hermano, el soldado

desconocido. Para que te des cuenta de la gran imaginación que tenemos los niños de la infancia.

El Imbécil llegó a la cocina y le oí que abría la nevera. «¿Qué hace?», me pregunté mientras no paraba de apuntar a la *Boni*. Oía que el Imbécil revolvía en la nevera, sacaba platos, abría cajones. «¿Se habrá vuelto loco el soldado desconocido?», me seguí preguntando. Al fin y al cabo, a muchos les pasa eso de la supertensión bélica. Yo, desde luego, no me pensaba mover de mi refugio, porque yo era el clásico soldado que no se arriesga; es más, como la cosa se pusiera muy fea en aquella casa de animales salvajes, podía andar por detrás del sofá, y llegar desde mi trinchera a la misma puerta de la calle y ser el clásico soldado desertor.

Pero pronto comprendí lo que iba a hacer el Imbécil. Salió de la cocina con un filete crudo en la mano y se lo escondió en la espalda. Se puso en medio del salón y miró a la *Boni* con una gran sonrisa en los labios.

—*Boni*, bonita... *Boni*, bonita...

La *Boni* le enseñó sus colmillos por toda respuesta y volvió a mirar al canario, que seguía encima de Viena. Parecía que le estaba advirtiendo: «Mira, niño, no me molestes ahora, que estoy esperando a que se caiga este pájaro del cuadro para zampármelo». Pero el Imbécil insistió: «*Boni*, bonita...».

La *Boni* perdió la paciencia, se bajó de la silla y fue hacia él. Yo estaba a punto de echar a correr hacia la puerta y ser de una vez por todas el soldado desertor, cuando vi que el Imbécil, con la misma sonrisa, sacó el filete de su espalda y lo lanzó hacia la cocina. La *Boni* miró un momento al canario y miró un momento el filete en el suelo de la cocina, y pensó: «¿Qué prefiero, un filete lleno de carne o un canario lleno de huesos?». Se decidió por el filete y se tiró como loca a por él. Entonces fue cuando el Imbécil cerró la puerta de la cocina, y dijo: «Ya está». El soldado desertor (yo) salió de detrás del sofá, alucinado con la hazaña del soldado desconocido, y le felicitó, porque ser desertor no quita que no reconozcas cuándo los demás hacen las cosas bien. Ahora sólo nos quedaba cazar a *Tutto*, que seguía muerto de miedo allá arriba, temblando, como hubiera estado cualquiera camino del matadero. Yo dejé que fuera el Imbécil el que decidiera, porque estaba claro que en hazañas bélicas él era el líder.

—Lo cazamos con el peluquín —dijo.

Y se quitó el peluquín de Bernabé de la cabeza, se subió a la silla y empezó a tirar el peluquín hacia el cuadro. A la quinta vez, el peluquín cayó encima del pobre *Tutto* (que tenía un *tutto* de muerte), y el canario y el peluquín fueron a parar al suelo. Yo, por colaborar, traje corriendo la jaula de *Tutto*, y el Imbécil metió en la jaula el peluquín de Bernabé con *Tutto* dentro. El canario salió de entre los pelos del peluquín y se puso a cantar. Nosotros pensamos que estaba bastante agradecido.

Y yo me quedé mirando al Imbécil con una admiración sin límites.

Fernandito, un pez sin hogar

Con la *Boni* encerrada en la cocina y *Tutto* encerrado en su jaula, yo y el Imbécil (los Bernabés) teníamos las manos libres para ocuparnos del pobre pez *Fernandito*. *Fernandito* es un pez que tiene muy buen carácter, como casi todos los peces, quitando los tiburones y otros peces devoradores. *Fernandito* se pasa la vida en su pecera redonda, dando vueltas a la roca, al buzo de plástico y a un cofre con un tesoro que le regalé yo a la Luisa de mis Legos, y que a la Luisa le encantó porque le da a la pecera un ambiente superrealista de fondo del mar. *Fernandito* es naranja y no tiene ninguna gracia; no canta como *Tutto*, ni come gambas como la *Boni*; a *Fernandito* le coges cariño igual que le coges cariño al mueble-bar o a una taza; le coges cariño porque lo ves todos los días dando vueltas y vueltas por la pecera; pero, vamos, quiero decir que con *Fernandito* no tienes lo que se dice una gran comunicación.

Después de mojar un poco el chupete en la pecera de *Fernandito* y metérselo en la boca (es su forma de medir la temperatura), el Imbécil dijo:

—Está fría el agua de *Fernandito*.

Y yo pensé que eso había que arreglarlo porque a lo mejor *Fernandito* sería más expresivo o estaría más alegre si tuviera un agua más tropical, porque a lo mejor a *Fernandito* lo que le pasaba es que tenía los músculos agarrotados, y por eso parecía que tenía cara de muerto.

Llevamos la pecera a la cocina para realizar la operación de cambio de aguas. La *Boni* seguía devorando su filete crudo. Un hilillo de sangre del filete se le había quedado en los bigotes, y tenía una pinta bastante salvaje. En cuanto nos vio aparecer, se llevó su carne cruda al rincón; tenía miedo de que se la quitáramos. El Imbécil intentó pescar a *Fernandito* con la mano, pero *Fernandito* resultó ser un pez bastante resbaladizo y no había manera, así que cogimos el colador de la leche y así logramos atraparlo. No se resistió. Ya te digo que *Fernandito* es un pez sin expresión, que ni siente ni padece. Yo tiré toda el agua de la pecera en la pila, y el Imbécil se quedó con *Fernandito* en el colador. Intenté hacerlo muy rápido, porque un pez en un colador no puede sobrevivir mucho tiempo. No sé cómo hice, no me lo preguntes porque se ha borrado de mi cerebro, pero al ir a arrimar la pecera al agua caliente, se me resbaló por los brazos y se rompió contra el suelo de la cocina. Yo y el Imbécil nos quedamos mirando los cristales bastante paralizados, y fue entonces cuando *Fernandito* empezó a respirar como si se ahogara; yo creo que porque se dio cuenta de que su futuro estaba bastante negro. Estuve a punto de enfadarme con el Imbécil porque, sin apartar los ojos del suelo, me dijo:

—Lo sabía.

Ésta es una frase que ha aprendido de mi madre, que cuando te caes o tiras algo, siempre dice: «Lo sabía», y tú en ese momento la coges, aunque sea tu madre, bastante manía.

Me hubiera puesto a pelearme con el Imbécil si no llega a ser porque nos dimos cuenta de que *Fernandito* estaba en las últimas. Ya no estaba naranja, se había puesto negro. Como medida de urgencia, eché agua en un vaso y allí que soltamos a *Fernandito*, que empezó a revivir poco a poco. El Imbécil le echó el chupete en el vaso para que *Fernandito* se consolara por la pérdida de su pecera.

—No llores, *Fernandito* —le dijo, acariciando el vaso—. Al buzo no le ha pasado nada.

Como verás, aunque es un niño normalmente sin escrúpulos, de pronto tiene ramalazos de niño sentimental.

Era verdad, al buzo no le había pasado nada; estaba en el suelo, rodeado de cristales, pero como era un buzo de plástico no había sufrido daños personales. Me pasé media hora recogiendo los cristales. El Imbécil estaba sentado en la silla hablando con *Fernandito*, y hablando conmigo. Me decía mientras yo barría:

—Debajo de la pata se ha dejado Manolito cristales.

—Pues te levantas y los recoges tú, listo.

De pronto me di cuenta de que los cristales habían llegado hasta el rincón donde la *Boni* chupeteaba su carne ensangrentada. Me acerqué de buenos modos, intentando explicarle el peligro que corría:

—*Boni* si te tragas un cristal, puedes morir de perforación estomacal.

Pero la *Boni* era acercarme y hacer: «*Grrrrrrrrrrrr*».

El Imbécil encontró una vez más la solución: abrió la nevera de la Luisa y sacó otro filete. Lo cogió con la mano y se lo enseñó:

—*Boni*, bonita... *Boni*, bonita.

Y la *Boni* soltó su filete viejo y empezó a relamerse mirando el nuevo. Entonces el Imbécil lanzó el filete, ahora hacia el salón. La *Boni* salió disparada. Los dos miramos a ver dónde había caído: en el sofá. La *Boni* entró en éxtasis. Se revolcó en el sofá con el filete agarrado por los dientes. Parecía un tigre. Cerramos la puerta de la cocina, y ahí la dejamos con su filete y su éxtasis.

A mí me sudaban hasta las gafas de barrer por aquí y por allá y de tanta problemática. El suelo sonaba *cruas-cruas* cuando andabas, pero tampoco me iba a pasar la vida limpiando la casa de la Luisa. No era su criadito.

Nos pusimos a pensar dónde podíamos meter a *Fernandito* ahora que su casa se había roto en mil pedazos. Revolvimos los armarios de la Luisa: ¿en una botella, en un tupperware, en el cazo de la leche? Queríamos encontrar un lugar donde *Fernandito*, el inexpresivo, fuera por fin feliz. Lo encontramos: la olla a presión. Era una casa grande; como diría mi madre: sin estrecheces. Echamos agua en la olla. El Imbécil midió la temperatura con el chupete.

—Así está bien.

Y una vez que el Imbécil dio el visto bueno a la temperatura, llenamos la olla con agua tirando a calentita para que *Fernandito* viviera al fin como un pez tropical, y le metimos el buzo y la roca y el tesoro (donado por la Fundación Manolito). Cuando tuvimos listo el hogar, soltamos a *Fernandito* dentro. La olla a presión tenía una pega, que no era transparente, y *Fernandito* parecía que nadaba por el fondo submarino del mar, con todo a oscuras. Lo arreglamos: le cogimos una linterna a Bernabé y la atamos a una de las asas de la olla para que alumbrara el fondo. Por otra parte, la olla tenía una cosa muy buena: que cuando a *Fernandito* se le volviera a enfriar el agua, no habría necesidad de cambiarla; con poner un poquito la olla al fuego, ya estaba arreglado. Sólo un poquito, claro, porque como te pasaras un poco hacías un caldo con *Fernandito*, y eso no mola,

porque a *Fernandito*, aunque no tenga una gran comunicación, se le toma cariño. Por si acaso, escribimos un cartel:

«Cuando calientes el agua de *Fernandito*, cuidadito, cuidadito.

Firmado: los Bernabés».

Cuando terminamos el cartel, oímos la llave de la puerta: por el olor a laca que inundó la casa en un momento, supimos que la Luisa había vuelto de la peluquería.

La Luisa no nos quiere

De lo que pasó una vez que la Luisa entró en su propia casa, no podremos olvidarnos nunca ni yo ni el Imbécil, porque pasamos de ser esos hijos que la Luisa siempre hubiera querido tener, a ser esos monstruos de los que estaba deseando deshacerse ¡pero ya!

Empezaré por el principio de los tiempos: yo y el Imbécil nos habíamos dado cuenta de que la Luisa había llegado por el ruido de las llaves y porque el olor de la laca que le ponen a las mujeres de Carabanchel (Alto) en la peluquería penetra traspasando la madera de las puertas y los ladrillos de las paredes. Es un fenómeno paranormal que algún día llegará a oídos de un productor de Hollywood, y harán una superproducción sobre esa laca, que cuando la hueles pierdes el equilibrio. Yo y mi hermano seguíamos en la cocina, con *Fernandito* nadando dentro de su nuevo hogar (la olla tropical), y nos quedamos tiosos al oler la laca, y más tiosos todavía al oír sus gritos estremecedores:

—Pero, *Boni*, por Dios, ¿se puede saber qué haces con un filete revolcándote en el sofá? ¿Desde cuándo has hecho tú eso, *Boni*, dímelo?

Los gritos de la Luisa eran tan desesperados que ni yo ni el Imbécil nos atrevíamos a abrir la puerta. La Luisa gritó:

—¡Dame ahora mismo ese filete!

Después de un silencio, la Luisa gritó otra vez:

—¡Que me des el filete o me quito la zapatilla y te doy en el morro!

Otro silencio.

—¡Que ya me he quitado el zapato! ¡*Boni*, a la de una! ¡*Boni*, a la de dos! ¡*Boni*, a la de tres!

La *Boni* empezó a gruñir y la Luisa a gritar más fuerte:

—¡Pero que me ha intentado morder, a mí, que soy casi una madre para ella! ¡Vamos a ver esto cómo acaba hoy! ¡Niños!

No me preguntes por qué, pero, al oír la palabra ¡niños!, el Imbécil y yo nos abrazamos. Hay momentos en los que nos sentimos muy unidos.

—¡Niños! ¿Dónde estáis?

El Imbécil abrió la puerta muy lentamente y asomó la cabeza. «Aquí», dijo.

—Pues salir ahora mismo y explicarme quién le ha dado ese filete.

Salimos y vimos a la Luisa con el zapato en la mano y el olor a laca rodeándole la cabeza. No puedo decir cuál de las dos armas era más letal.

—El nene le ha dado el filete a la *Boni* —dijo el Imbécil—. Se lo dio porque la quiere.

La Luisa y yo nos quedamos mirando al Imbécil como si fuera un niño que se hubiera escapado de una película de niños de esas que echan.

—Pero, cariño —dijo la Luisa volviendo a sonreír, pero con el zapato todavía en la mano—, ese filete era para comer nosotros.

La sonrisa iba dirigida al Imbécil, porque de pronto me miró a mí y volvió a ponerse terrorífica.

—¿Y el pelo, qué pasa con el pelo? —me preguntó a gritos.

Y como me gritaba tanto, yo le contesté, muerto de miedo y muy sinceramente:

—Que huele muy mal y desde que has entrado estamos un poco mareados.

—¡Si no digo mi pelo —siguió gritando—, digo el tuyo!

—¿El mío? —me llevé la mano a la cabeza y me acordé de que todavía tenía puesto el peluquín de Bernabé—. Es que me lo puse para jugar a que éramos veterinarios.

—Y el nene —dijo el Imbécil— se lo puso también, pero ahora está dentro de la jaula de *Tutto*.

—¿Dentro de la jaula de *Tutto*... el peluquín? —dijo la Luisa, con unos ojos que parecían los de la *Boni* (fuera de las órbitas). La Luisa miró dentro de la jaula para comprobarlo—. ¡Dios mío, pero si es verdad!

—El nene lo llevaba puesto —siguió explicando el Imbécil—, pero *Tutto* se subió al cuadro para que no se lo comiera la *Boni*. El nene tiró el filete a la *Boni* y luego cazó a *Tutto* con el peluquín.

El Imbécil estaba supercontento, como si le fueran a poner una condecoración; pero la Luisa no decía ni qué bien ni qué mal, no decía nada. Tenía la boca tan abierta que se le veían varias muelas empastadas.

—Y como el agua de *Fernandito* estaba fría, se la cambiamos.

—*Fernandito*... —dijo la Luisa, como buscándolo por el salón—. ¿Dónde está *Fernandito*?

—En la olla —dijo el Imbécil—. Así le puedes calentar el agua.

La Luisa se puso el zapato y corrió hasta la cocina. Sus tacones hicieron *cruas, cruas* al pisar.

—¿Y la pecera...? —dijo casi a punto de llorar.

—Aquí —dijo el Imbécil, señalándole la basura.

—Ay, Dios mío —dijo ahora tragando saliva. Miró dentro de la olla.

El Imbécil encendió la linterna.

—¿A que mola? —le dijo a la Luisa—. Es la olla marina de *Fernandito*.

—Está vivo —dijo como si no se lo creyera—, y yo... yo me estoy mareando.

Entonces fue cuando el Imbécil dijo aquello de:

—La Luisa se mareo por la laca.

La verdad es que hay veces en que no sé si tiene un gran corazón o tiene un morro que se lo pisa.

—¿Por la laca, por la laca? —la Luisa volvió a gritar—. Metéis un peluquín en la jaula, a *Fernandito* en una olla y a la *Boni* le tiráis filetes al sofá, y todavía decís que estoy mareada por la laca. ¡Quitaos de mi vista! Os hago los dos filetes que quedan y os llevo al hospital a que os aguante vuestra madre.

Yo y el Imbécil nos sentamos en las sillas de la cocina y miramos para el suelo como niños arrepentidos. Yo sí que estaba arrepentido; el Imbécil estoy seguro de que se lo hacía. La Luisa fue a la nevera, y dijo:

—Pero si aquí sólo hay un filete.

—Ya —dijo el Imbécil—. El de la Luisa es el que le tiré a la *Boni* al sofá; el de Manolito se lo tiré al suelo de la cocina, y ese que queda es el del nene.

—¡Qué listo! —dije yo.

—Pero el nene le da la mitad a Manolito.

Ya te digo, no sé si tiene mucho morro o un gran corazón.

La Luisa nos da la charla

El único filete que quedaba en la nevera nos lo comimos yo y el Imbécil, y tuvimos que soportar a la *Boni* lloriqueando a nuestro lado, porque es una perra que le das dos filetes y ya se cree que todos los filetes que hay en la nevera son para ella:

—¿Veis lo que habéis conseguido? —dijo la Luisa, de pie, mirando cómo nos comíamos el filete—. Habéis conseguido que una perra que era un primor de educada, de simpática, de cariñosa, se haya convertido en una...

La Luisa se quedó mirando a la *Boni* para ver si encontraba la palabra.

—En una depredadora.

La *Boni* lloraba y lloraba mirándonos masticar.

—Y mirad cómo ha puesto el pájaro el peluquín —dijo, poniéndonos el peluquín delante de las narices.

—Se ha *cagao* —dijo el Imbécil.

—Exactamente —dijo la Luisa—, se ha *cagao*, pero no se ha *cagao* en el peluquín a mala idea y por su *propio motu*; se ha *cagao* en el peluquín porque vosotros habéis metido el peluquín de Bernabé en su jaula.

—Para cazarlo —dijo el Imbécil.

—Bueno, para lo que sea, me da igual. ¿De cuándo se habrá visto un peluquín dentro de una jaula? ¿Y a *Fernandito*, que le habéis dejado en una olla? Angelico mío... —La Luisa miró a *Fernandito* en el interior de la olla exprés y encendió la linterna—. Y tengo que darle la luz, porque si no se la doy, es que no lo veo.

—Pos claro —dijo el Imbécil como diciendo: «Pues para eso se la hemos puesto».

—Esta tarde te compro yo una pecera, *Fernandito* —le dijo la Luisa a *Fernandito*, y luego se nos quedó mirando con ojos llenos de bastante rencor—. Vaya dos; los compro un traje, unos zapatos, los llevo a comer, los tengo en mi casa como a hijos, ¡mejor que a hijos!, porque os he tenido mejor que os tiene vuestra madre, y me pagáis con esta moneda. Me revolucionáis a mis animales y me hurgáis en los armarios, me llenáis el baño de espuma, os ponéis los peluquines de Bernabé, rompéis la pecera de mi *Fernandito*... La verdad, estoy empezando a pensar que para haber tenido hijos como vosotros, mejor no haber tenido. Tan tranquila que estoy. Venga, acabad y vestíos, que ahora mismo os llevo al hospital y allí que os dejo, y me parece que le voy a decir a vuestra madre dos cositas de cómo os habéis portado.

El viaje al hospital lo hicimos en el coche de la Luisa y bastante en silencio, escuchando a la Luisa, claro, que nos seguía dando la charla. Nos daba la charla saltándose los semáforos, o pegando unos acelerones que nos subieron varias veces el medio filete a la garganta. Nosotros nos dábamos cuenta de que los coches de alrededor la iban pitando, porque la Luisa hacía cosas horribles (siempre las hace), y ella entonces sacaba un momento la mano por la ventanilla y decía:

—¡Anda ya, que te calles, animal! ¿Es que no ves que llevo dos criaturas dentro que van a ver a su abuelo que está recién operado en el hospital?

Y después de decirles otras expresiones a los conductores que no puedo escribir porque cientos

de padres escribirían cartas al director para que me llevaran inmediatamente esposado ante el juez de menores, después de todas esas palabras que no voy a recordar, la Luisa seguía hablándonos de todas las cosas que ella había hecho por nosotros desde el día en que nacimos y que ni mi madre ni nosotros le habíamos agradecido nunca.

Aparcó en la puerta del hospital, y un enfermero salió y le dijo: «Señora, por Dios, que esta entrada es la de urgencias», y la Luisa le dijo al enfermero que sólo iban a ser cinco minutitos, lo que tardara en dejarnos en la puerta para que nos aguantara nuestra madre, y que al fin y al cabo la suya también era una cuestión de bastante urgencia.

Nosotros pensamos que decía la verdad, que nos iba a dejar en la puerta del hospital y adiós muy buenas, porque nosotros siempre nos creemos lo que nos dicen las personas mayores, aunque sepamos que las que nos han tocado cerca de nosotros son muy poco de fiar; pero una vez más, nos equivocamos: la Luisa se montó en el ascensor con nosotros, y por el camino de subida hasta la séptima planta nos fue arreglando el traje, el pelo y peinándonos las cejas con un poco de salivilla que se untó en los dedos. Llegamos por fin a la séptima y se vino con nosotros hacia la habitación. Así que era verdad, que iba a chivarse de todo a mi madre. Los abuelos de siempre (o parecidos) seguían dando vueltas con sus camisones y sus bolsos con líquido amarillo por los pasillos. El Imbécil se puso delante de la Luisa, y le dijo:

—La Luisa se va.

—Porque lo digas tú —dijo ella.

—La Luisa se va con su coche, que lo ha dicho la Luisa al enfermero.

El Imbécil la empujaba hacia el ascensor. Pero la Luisa le dijo que no y que no, y que a ella lo que dijera un enfermero es que le daba igual, que quién era ese enfermero para decirla a ella dónde tenía que dejar el coche; que fuera la grúa o la Guardia Civil de Tráfico, pero que ella se quedaba un rato en el hospital porque para eso había hecho el viaje y para eso había ido a la peluquería.



Entramos en la habitación. El señor enfermo de la cama de al lado de mi abuelo dijo: «Ay, no, por Dios, los nietecitos no». Mi abuelo estaba dormido y mi madre no estaba por ninguna parte. La Luisa se sentó. Nosotros le cogimos la caja de bombones que le traíamos a mi abuelo y la abrimos y nos la empezamos a comer, porque a los abuelos recién operados es mejor no llevarles nada al hospital, que lo dicen las enfermeras gordas, y el señor de al lado nos miraba con cara de decir: «Dadme uno, dadme uno»; pero no se lo dimos porque los bombones eran para mi abuelo, qué morro.

El Imbécil trepó hasta la cama y se tumbó al lado del abu. Exsuperpróstata se despertó de pronto, seguramente porque el Imbécil se había apoyado en la herida.

—Sabía que erais vosotros —dijo mi abu con la boca pastosa.

—El nene y Manolito le han dado dos filetes a la *Boni*, que ahora es depredadora, y *Tutto* se cagó en el peluquín y *Fernandito* está en una olla; pero nos hemos portado bastante bien.

—Estáis muy guapos —dijo mi abuelo.

—Porque les he comprado yo el traje —dijo la Luisa—. ¿Dónde está Cata?

—Ahora viene; estará en la cafetería.

—Me voy a buscarla.

La Luisa dijo «me voy a buscarla», y nos echamos a temblar: se chivaría a sus anchas y a nuestras espaldas.

—No la busques, Luisa, que no está en la cafetería. Se ha ido.

—¿Adónde?

—Pues a... bueno, a hacer unas compras.

—Pero qué morro; me planta a mí a los niños, al abuelo lo deja en el hospital y ella se va de compras. Este mundo está deshumanizado. Yo, de verdad, no sé cómo tengo amistad con esta familia.

Y el señor enfermo de la cama de al lado dijo que él estaba de acuerdo, que él, para lo poco que nos conocía, ya estaba pero que bastante hartó. Y dicho esto, nos pidió un bombón.

Yo y el Imbécil

Al señor enfermo compañero de mi abuelo le dimos tres bombones: los tres bombones de la caja que estaban rellenos de una pasta asquerosa. A nosotros sólo nos gustan los que por fuera tienen chocolate y por dentro más chocolate todavía, así que el Imbécil los fue mordiendo por un lado y apartando los del relleno, y se los dio al señor enfermo.

—Pero... ¿están mordidos? —dijo el señor enfermo, que encima de que le dábamos tres bombones de mi abuelo, todavía se quejaba.

—Claro —le dijo el Imbécil—, es que el nene los ha elegido.

—Ah, pues gracias —dijo el señor.

—Si no son malos —dijo la Luisa, hablando de nosotros—, lo que pasa es que están muy mal educados.

—Guapa —le dijo el Imbécil a la Luisa sin venir a cuento.

Son salidas que tiene. En los malos momentos, cuando a mí lo único que se me ocurre es callarme, cuando están hablando mal de nosotros y todo el mundo nos da la espalda, entonces va el Imbécil y le suelta algo así a la persona que más nos odia.

—Guapa —repitió el Imbécil por si la Luisa no le había oído.

Y a la Luisa le empezó a cambiar la cara, y dijo:

—Ahora, que la culpa de que estén mal educados no la tienen ellos, la tiene su madre, que, como ve usted, a la primera de cambio se larga.

—Guapa —dijo el Imbécil por tercera vez.

La Luisa intentaba disimular la sonrisa, pero no podía.

—Es que me quieren mucho —le explicó al señor enfermo—, como casi los he criado yo...

La Luisa metió la mano en el bolso y sacó unas monedas.

—Vais a bajar a la tienda de la entrada y vais a comprarle al abuelo el periódico y vosotros os compráis unos chicles.

La Luisa se quedó hablando mal de mi madre con el señor enfermo y delante de mi abuelo. Mi abuelo no se enfadaba por eso, ni nosotros tampoco, porque la Luisa y mi madre siempre se ponen verdes por detrás en cuanto tienen la más mínima oportunidad. Yo lo entiendo porque a mí me pasa lo mismo con el Orejones. Me encanta hablar mal de él, es normal, es mi mejor amigo y conozco todos sus defectos.

Yo y el Imbécil bajamos en el ascensor de las camillas porque nos pareció más emocionante. Dos camilleros llevaban a una señora con una barriga terrorífica. La señora decía: «Ay, ay», y el Imbécil se puso de puntillas y le dijo a la señora:

—No llores, ahora te quitan la próstata y ya no lloras. Al abuelo del nene ya le han quitado la próstata y ya no llora.

Los camilleros nos dijeron que no nos volviéramos a montar en esos ascensores jamás en nuestra vida, y las puertas se abrieron y los camilleros se llevaron a la señora, que seguía diciendo: «Ay, ay». Yo le quise contar al Imbécil la verdad de la vida, el rollo de la reproducción humana y toda la pesca, porque ya es el tercer año que lo llevo dando y me lo sé bastante bien,

sobre todo la reproducción de los rumiantes, que es la que me ha tocado este año; pero el Imbécil se puso los dedos en los oídos y empezó a cantar. Es una costumbre que ha cogido últimamente cuando no quiere escuchar, y se ve que el tema de la verdad de la vida a él le chupa un pie, porque para él todas las personas que van al ambulatorio, a ver al doctor Morales, es porque tienen mocos, y todas las personas que van al hospital es que están de la próstata, y no le saques de ahí. Cuando le dije que lo que tenía esa señora en esa barriga tan grande era un niño dentro, se echó a reír y dijo:

—¡Un niño, qué gracioso! —y se tiró allí mismo en el suelo de la entrada del hospital de la risa que le entró.

Yo le quise explicar que los niños nacían porque los padres se querían mucho y se abrazaban, y lo de la semillita del papá que crecía en la barriguita de mamá, y fue cuando el Imbécil se tapó los oídos y se puso a cantar una canción que canta últimamente a voz en grito con mi madre en la cocina: «Esa vida loca, loca, loca, / con su loca realidad, / que se ha vuelto loca, loca, loca...».

La gente lo miraba, sentado en el suelo, con los oídos tapados y cantando aquella extraña canción. Hay momentos en que tener un hermano así da bastante vergüenza. Le quité a la fuerza uno de los dedos de los oídos y le dije:

—¡No te cuento ya más lo de la reproducción humana, pero cállate de una vez, niño!

Se calló y fuimos al quiosco de periódicos. La Luisa sólo nos había dado para chicles y el periódico, y el Imbécil estaba como loco por comerse un kit-kat. Abrió la mano y le enseñó las monedas al quiosquero.

—El nene sólo tiene esto y quiere un kit-kat.

—Pues lo siento mucho, guapo —le dijo el quiosquero—, pero con ese dinero no te lo puedo dar.

Entonces, el Imbécil, que, como te dije en el capítulo anterior, tiene un morro que se lo pisa, le dijo a una señora que estaba comprando una revista:

—¿Le compras un kit-kat al nene?

Y la señora dijo que en los hospitales no había más que pedigüños, que ya le había dado limosna a una pobre en la puerta, y a uno que vendía *La Farola*, y que lo único que le faltaba era darle dinero a un niño para sus vicios personales. Yo le intenté convencer al Imbécil de que nos compráramos los chicles y se olvidara ya de una vez de las chokolatinas; al fin y al cabo, nos acabábamos de comer una caja entera de bombones. Pero el Imbécil es un niño que nunca se da por vencido. Le pidió al señor quiosquero un bolígrafo y una hoja. El quiosquero puso cara de estar harto de nosotros, y dijo:

—Os lo doy si me dejáis en paz y os largáis de aquí.

Yo no paraba de preguntarme para qué quería el Imbécil la hoja y el boli. Lo supe enseguida. El Imbécil me agarró de la mano y me arrastró hasta la puerta del hospital. Salimos. Allí estaba el hombre que vendía *La Farola*, la mujer que pedía con un niño chico en brazos. El Imbécil, como si fuera mi jefe, me ordenó:

—Escribe.

—Escribe tú —le dije yo, harto de que mi hermano pequeño siempre me esté mandando.

—Es que el nene no sabe.

No sabe «la verdad de la vida», no sabe leer, no sabe escribir... Lo único que sabe es mandar.

—Escribe —me repitió.

Lo que el Imbécil quería que escribiera era un cartel para que nos pusiéramos a pedir limosna en la puerta del hospital. De alguna manera tenía que sacar dinero para sus chocolatinas. Después de mucho pensarlo, éste fue el cartel que nos inventamos:

«Somos dos hermanos de Carabanchel (Alto). Nuestro abuelo ya no tiene próstata y nuestra madre se ha ido. Tenemos hambre y queremos merendar, y la Luisa (nuestra vecina) no nos da.

Firmado: yo y el Imbécil».

Cuando tuvimos escrito el cartel, nos sentamos en la acera a esperar.

El Imbécil se queda sin habla

Yo y el Imbécil nos sentamos a un lado de la puerta del hospital con nuestro cartel para pedir dinero a la gente en general. Nos colocamos junto a un tío que pedía también con un cartel bastante más impresionante que el nuestro; el hombre contaba en su cartel que tenía tres hijos y una mujer enferma y que no podía volver a casa sin llevarles nada de comer a esos tres hijos y a esa mujer enferma. El hombre se quedó mirando nuestro cartel, en el que contábamos que teníamos un abuelo al que le habían cortado por lo sano la próstata y una madre que había desaparecido hasta la hora en que cerraban las tiendas, y una Luisa que ya no nos podía aguantar más, y luego nos miró a nosotros, que, como recordarás (lo dije), habíamos ido al hospital vestidos de azul-pijo para que mi abuelo y mi madre se sintieran orgullosos de nosotros delante de los enfermos y el personal sanitario (así lo había dicho la Luisa). Digo que el hombre nos miró y nos dijo:

—¿De qué vais?

Y nos ordenó que nos fuéramos al otro lado de la puerta del hospital, que le espantábamos la clientela, que la gente iba a pensar que estábamos de cachondeo. Tuve que convencer al Imbécil de que nos mudáramos de sitio, porque mi hermano no estaba dispuesto a que el hombre nos echara. Teníamos el problema bastante serio de que no sabíamos dónde la gente podía echarnos las monedas. Normalmente, los mendigos tienen un gorro o una caja de cartón o un platillo para que las monedas de la gente suenen cuando caen, porque a la gente le gusta bastante que las limosnas suenen bien fuerte para que se entere todo el mundo. Vamos, lo digo por mí: cuando mi abuelo o mi madre me han dado una moneda para que se la echara a un mendigo o a un músico mendigo, siempre he querido que el ruido de mi moneda hiciera que la gente se volviera para admirarme por el corazón tan grande que tenía. El Imbécil encontró la solución: se quitó uno de sus calcetines y lo dejó así, abierto, por la parte de arriba. Menos mal que estábamos al aire libre, porque uno solo de los calcetines del Imbécil puede perfumar en tan sólo cinco minutos toda una casa, y si algún día el alcalde me diera la oportunidad de comprobarlo, me apostaría con quien fuera que con un calcetín del Imbécil se pueden desalojar en menos de diez minutos sitios como el teatro de la Zarzuela o el Museo Thyssen (no lo confundas con el Instituto Baronesa Thyssen, por favor). Pero al aire libre, los olores vuelan y se podía soportar.

Los dos pensamos que hubiera molado mazo tener a la *Boni* para ponerla al lado del calcetín, porque el señor mendigo tenía una perra al lado de su platillo y le quedaba bastante bien. Claro, que a la *Boni* le pones al lado un calcetín del Imbécil, y lo primero que hace es meter el morro dentro del calcetín para quedarse drogada con el olor. Siempre que hace eso en mi casa la *Boni*, luego la Luisa la limpia el morro con agua para que el morro de la *Boni* no huela a pies, que eso, en una perra, según la Luisa, da muy mala impresión. A la *Boni*, para tenerla quieta al lado del calcetín sin que se tirara a chuparlo, tendríamos que haberle llevado el filete, y, la verdad, unos niños pidiendo vestidos de azul-pijo y con una perra al lado devorando un filete y diciendo que tienen hambre, pues indignan a la gente, porque la gente se para delante de esos niños y les gritan:

—¡Si tanta hambre decís que tenéis, quitarle a la perra el maldito filete y que os lo fría vuestra

madre o la Luisa!

Y la gente tiene razón a veces. Mejor sin la *Boni*.

Una señora que entraba al hospital se acercó hasta nosotros y nos miró abriendo mucho los ojos. Yo y el Imbécil pusimos cara de pena; pero viendo que la señora soltaba una carcajada, nos echamos a reír con ella. La señora nos preguntó que de qué teníamos hambre, y nosotros le dijimos que teníamos hambre de kit-kat (en concreto). La señora me dijo que entrara con ella, y fuimos al quiosco y me compró uno. Yo le di las gracias, y la señora me dijo: «Y ahora, dejad de pedir y subid con vuestro abuelo».

Yo iba a hacer eso, pero cuando salí para decírselo al Imbécil, vi que se habían parado tres señoras delante del cartel. Las señoras leían el cartel y también se reían y le preguntaban al Imbécil por mi madre, y el Imbécil se encogía de hombros como si no tuviera ni idea. Ahora se estaba haciendo el mudo, que es algo que le gusta bastante, y como las señoras no se decidían a echar dinero, el Imbécil se levantó y les levantó el calcetín, y las señoras, al sentir cerca de sus narices el impacto de O. C. (olor corporal), gritaron las tres bastante al unísono:

—¡Ay!

Y entonces fue el Imbécil el que se echó a reír. Las señoras entraron al hospital y le compraron dos kit-kat a aquel niño mudo tan gracioso. Ya teníamos tres. Cuando las señoras vieron que yo me sentaba a su lado, me preguntaron:

—¿Es tu hermanito?

—Sí.

—¿Y cuándo se quedó mudito?

—Hace un momento.

Y las señoras se fueron un poco decepcionadas porque el Imbécil no fuera un mudito de los de toda la vida. Al momento salió un guarda del hospital con unos músculos en los brazos que daba miedo verlo.

—Bueno, niños, se acabó la gracia. En la puerta del hospital no se puede pedir.

A mí me dieron ganas de poner las dos manos hacia delante para que me las esposara del miedo que daba aquel guarda, pero el Imbécil siguió sentado como si nada.

—Pero ¿es que no me oís?

—Venga —le dije yo al Imbécil—. Levanta.

—¿Con quién habéis venido al hospital?

—Con la Luisa —dije yo—. También está mi abuelo, en la planta de los que ya no tienen próstata.

—Pues venga, fuera de aquí.

—¡Eso, que se vayan! —dijo el hombre mendigo.

El Imbécil, que seguía mudo, le sacó la lengua al hombre mendigo.

—¿Y vuestra madre? —nos preguntó el guarda.

No hizo falta responder a la pregunta, porque detrás del guarda jurado vimos a una mujer que nos sonaba bastante, una mujer cargada de bolsas y bolsas y bolsas de tiendas y tiendas y tiendas. Era nuestra madre. Había vuelto. Después de leer nuestro cartel, dijo:

—¡Hijos míos! —y abrió los brazos sin soltar las bolsas.

El Imbécil se tiró a sus brazos y yo me quedé de pie, mirándolos, al lado del guarda jurado.

—¿Cuánto tiempo lleváis sin verla? —me preguntó.

—Desde ayer —le dije.

—Ah.

El Imbécil y mi madre se daban besos que sonaban como ventosas, y a mí me dio tal rabia, que me fui hasta el hombre mendigo y le di los tres kit-kat.

—Tome, para sus tres hijos.

Había hecho una buena obra y había fastidiado al Imbécil. A eso se le llama matar dos pájaros de un tiro.

El malo y el tontorrón

El guarda jurado le dijo a mi madre que no estaba permitida la mendicidad infantil mientras las madres estaban de compras.

—Eso, eso —dijo el mendigo de al lado, que se estaba comiendo a toda velocidad los kit-kat que le había regalado yo para esos hijos que pasaban tanta hambre.

El Imbécil se puso a llorar al ver las chokolatinas en la boca de ese mendigo, y mi madre se puso roja delante del guarda.

De camino a la habitación de mi abuelo, nos fue diciendo que qué derecho teníamos nosotros a ponerla roja delante de los guardas, que qué vergüenza ponernos a pedir en la calle, qué vergüenza para los García, qué vergüenza para los Moreno. Yo no la escuchaba muy bien, porque cuando el Imbécil llora es imposible enterarse de nada.

—¿Y éste por qué llora? —me preguntó a mí, porque el Imbécil seguía haciéndose el mudo.

—Porque le he dado las chokolatinas al mendigo.

Cuando dije esto, el Imbécil lloró más fuerte, como para demostrar que era por eso.

—¿Qué chokolatinas? —dijo mi madre.

—Las que habíamos comprado con el dinero de pedir en la calle.

Y mi madre se quedó sin saber qué decir porque, por un lado, nunca puede resistir la tentación de achuchar a su Imbécil de su alma cuando llora, y, por otro, no podía consolarle porque nos acababa de decir que pedir dinero en la calle era una cosa muy fea. Puso cara de estar pasando uno de los momentos más difíciles de su vida. El caso es que me dijo que yo, que era el hermano mayor, debía tener más conocimiento y no dejar que mi hermano, que era el pequeño y no tenía ninguno, pidiera como si fuera un niño pobre. Y encima, siguió diciéndonos que la pobre Luisa estaría preocupada por nosotros. «Cómo os habréis portado con ella», decía. «Espero que haya sido bien, porque si no os podéis ir preparando». El Imbécil seguía llorando, pero ya lo hacía por vicio. Siempre le pasa igual: cuando agarra una perra, los primeros diez minutos llora de verdad, con sentimiento, y los siguientes diez minutos hace el ruido, pero ya es un llanto seco, de esos que sólo se hacen para molestar.

Ahora sí que había llegado el momento de la verdad. Mi madre se encontraría con la Luisa y entre las dos nos pondrían verdes. Sobre todo a mí, que soy el que tiene el conocimiento (y la culpa de todo). La fila de abuelos que andaban por el pasillo con sus camiones y sus bolsas de líquido amarillo colgando, parecía una fila de abuelos travestidos. Iban en parejas, hablando, y reconocimos a nuestro propio abuelo, que ya se había levantado y estaba paseando el último de la fila, porque por algo era el último al que le habían quitado su próstata. Al abuelo que iba a su lado también le acababan de operar, y ellos iban hablando de sus próstatas respectivas. Mi abuelo estaba bastante raro con camión, y le salían las patas muy flacas por debajo, muy blancas y con muy pocos pelos. Mi madre, cuando se está depilando, le dice a veces:

—Papá, ya me gustaría a mí tener las piernas que tienes tú.



Pero mi abuelo dice que lo que él tiene son patas de viejo, que van a juego con sus brazos de pollo, que también son de viejo. Pero mi abuelo no tenía por qué acomplejarse: todas las patas de los abuelos de la fila y todos los brazos eran iguales. Yo y el Imbécil nos tiramos como locos a abrazarle y casi tiramos al suelo a todos los abuelos, como si fuera un conjunto de bolos en vez de un conjunto de abuelos. No se llegaron a caer, pero unos se fueron contra otros. Mi abuelo nos quiere bastante, pero hay momentos en los que se le pone cara de estar un poco harto de nosotros.

—Cata, hija mía, ¿por qué no te vas a casa y te los llevas?

—¡Eso, eso, que se los lleve! —dijeron los bolos.

—Es que siempre tienen que lucirse delante de la gente. ¿Dónde está la pobre Luisa?

Mi abuelo señaló a su habitación, y nos fuimos acercando. Según estábamos más cerca, la oíamos hablar. Hablaba con el compañero de cama de mi abuelo, y esto es lo que decía:

—... y a la perra le han echado un filete, al sofá se lo han echado; no se crea que han tenido la delicadeza de echárselo a un rincón del suelo...

Mi madre se quedó paralizada escuchando detrás de la puerta, mirándonos con cara de odio contenido; pero nos hizo una seña con el dedo para que no hiciéramos ruido porque quería seguir escuchando. Ese es el ejemplo que nos da mi madre.

—... me han sacado todos los peluquines del armario...

—Ah, ¿lleva usted peluquín? —le preguntó el señor.

—No, el peluquín es de mi marido, gracias a Dios. Pero se hizo uno con mi propio pelo, porque yo tengo un pelo muy bueno. Toque, por favor...

No lo veíamos, pero el señor tocó.

—Es verdad, qué buen pelo. Lástima que yo sea viudo. Si se me hubiera ocurrido antes, cuando ella vivía...

—Qué buen recuerdo para un viudo, un peluquín con pelo de su mujer. Claro, que el viudo tiene que ser calvo para poder disfrutarlo.

—Yo soy calvo.

—Yo le daría algo de mi pelo para su peluquín, pero no me parece bien, porque usted no es mi marido ni es mi familia ni nada.

—Claro, claro, lo comprendo.

—Sólo tenemos en común que estamos hartos de los niños —dijo la Luisa—. Y la madre sin venir. Yo le digo una cosa: los niños cuando nacen no son malos, se van haciendo con el tiempo, con lo que ven a sus padres...

—¿Y la madre es mala?

—Mala, no, porque es mi amiga; pero que los tiene muy malcriados...

Mi madre ya no nos miraba con cara de odio, ahora tenía cara de furia, se le veían hasta los dientes. Pero seguía escuchando.

—... les grita, pero los tiene malcriados. Sobre todo al pequeño.

Este comentario sí que me gustó. Se me iba a escapar la risa, pero mi madre me dio una colleja insonora, que es la colleja que te da una madre cuando estás con ella escuchando detrás de una puerta o cuando estás en misa o cuando estás en el cine. Las collejas insonoras suelen darse en los sitios públicos.

—... El de las malas ideas es el chico, es el que malmete...

A pesar de la colleja insonora, yo era feliz.

—... y el grande, el de las gafas, como le llama su madre, como es bastante tontorrón, entiéndame, no tonto, pero que es un niño que se deja llevar...

¿La Luisa había dicho tontorrón? Eso no me había gustado.

—... que hace lo que le dice el hermano. Y, ¿quién tiene la culpa de eso?

Ahora los tres pegamos el oído a la puerta para ver quién era el culpable, según la Luisa, de que fuéramos un malo y un tonto.

—¿El padre? —preguntó el señor.

—El padre, no, porque el padre nunca está en casa. La culpa la tiene la madre.

Entonces fue cuando mi madre abrió la puerta del dormitorio casi con una patada, como abren la puerta los policías. La Luisa se levantó de un salto, y mi madre dijo con furia contenida:

—Está bien, Luisa, lo que tengas que decirme, dímelo a la cara.

Fue el momento de mayor tensión ambiental de mi vida.

TERCERA PARTE:
Las Mil y Una Noches

El precio de la amistad

Mi madre llamó traidora a la Luisa. Con todas sus letras: t-r-a-i-d-o-r-a. Y la Luisa se echó, así, contra la pared, como con miedo, y yo lo entiendo, porque cuando mi madre se enfada, uno es que no sabe dónde meterse. El malo y el tontorrón, o sea, el Imbécil y yo, nos quedamos al lado de la puerta, por si acaso llegaban a las manos. A mí se me ocurrió que si se pegaban igual teníamos que avisar a los camilleros para que les pusieran unas camisas de fuerza.

Mi madre siguió gritando, y le dijo: «¡Nunca pensé que nos pondrías verdes a mí y a mis hijos con el primer individuo que encontraras!».

El señor enfermo de la cama de al lado de mi abuelo dijo muy bajito, como sin atreverse:

—Oiga, oiga, eso de individuo no lo dirá por mí, que yo no soy ningún individuo.

—¡Sí, señor —siguió mi madre sin cortarse—, es usted un individuo, y de los peores! Usted qué sabe de lo que yo he hecho por esta mujer. Esta mujer para mí ha sido como una hermana...

Mi madre parecía una madre de película que estaba dando un discurso. Los abuelos, con sus goteos y sus bolsas con liquidillo, se fueron acercando para ver qué es lo que decía aquella mujer indignada. Entre los abuelos estaba mi abuelo.

—... ¿qué digo? Más que una hermana. Y mis hijos le han dado su cariño como si fuera una segunda madre. Fíjese si he sido generosa, que le dejé a los niños todo el año pasado cuando se sacó el carné de conducir para que los llevara de conejillos de Indias en el coche, sabiendo como sé las maneras que se gasta ella al conducir, que parece que toda la carretera es suya... ¿Qué le dice eso? ¿Usted cree que otra madre lo hubiera hecho?

El señor movió la cabeza para decir que no. Ya no se atrevía a hablar.

—... Pero ella no quería estar sola en el coche, y le dije: «No te preocupes, Luisa, llévate a mis hijos y que sea lo que Dios quiera». Esta mujer que se queja tanto de nosotros se pasa el día en mi casa porque sabe que siempre es bien recibida, y hay veces que manda más que yo. Según dice mi marido, que está fuera de casa siempre porque es camionero, ella siempre manda más que yo. Esta mujer que ve aquí me deja las llaves todo el mes de agosto para que le vigile la casa y le riegue las plantas; también le cuido a la perra muchas veces, al pez *Fernandito* y al pájaro. Le he pedido que se quede con los niños un día para atender a mi papá en el postoperatorio, y me dice que sí, que sí, y luego me clava un puñal en cuanto me doy la vuelta... Y yo pregunto a quien me quiera responder: ¿es eso la amistad?

—¡¡¡No!!! —respondieron a una el grupo de viejos encadenados a sus goteos.

—Sólo quería decir eso —terminó mi madre, limpiándose dos lágrimas que le caían por la cara y sentándose en un sillón. Parecía un juicio de ésos de las películas.

A la Luisa le temblaba la barbilla porque estaba a punto de llorar, pero respondió casi sin voz:

—Yo... sólo había dicho que los niños me habían dado un día un poco malo, pero yo estoy muy contenta de haberlos tenido. Es más, hoy he podido comprender que ella se ponga como se pone con estos dos. ¿Es que se puede llamar traición a un comentario que haces para desahogarte?

—¡¡¡No!!! —volvió a decir el coro de viejos.

—Sólo he dicho que me parecía raro que, teniendo a su papá recién operado de la próstata y

habiéndome dejado a mí a los niños, se fuera de compras —terminó la Luisa.

Mi madre se quedó pensando un momento como sin saber qué responder, pero al instante levantó la ceja: la respuesta estaba preparada.

—Si, señores, me fui de compras. Es verdad. No puedo negarlo. ¿Y saben ustedes por qué, saben ustedes qué compré?

—¡¡¡No!!! —dijo el coro.

Mi madre cogió una de las bolsas y la levantó para que la viera todo el mundo.

—Lo que hay dentro de esta bolsa es un regalo que yo compré para la que yo creía que era mi mejor amiga. Este regalo simbolizaba mi agradecimiento. Toma, Luisa, aunque ya no seas mi amiga, es para ti.

La Luisa empezó a llorar con un hipo que yo no había visto nunca nada igual. A todos se nos contagió. Yo lloraba, el Imbécil lloraba y algunos de los viejos del coro también lloraban. A pesar del hipo, la Luisa abrió la bolsa: era un camisón rojo.

—¡Oooohhhh! —dijeron los viejos a coro, porque se estaban imaginando a la Luisa con ese camisón. Yo y el Imbécil también dijimos: «Oooohhhh!», porque nos estábamos imaginando lo mismo que los viejos.

—¡Qué bonito, Cata; perdóname, por favor! —dijo abriendo los brazos.

—¡No, perdóname tú por haberte dejado sola con mis hijos! —dijo mi madre, también abriendo los brazos.

—Déjame cuando quieras con ellos, aunque me destrocen la casa... ¿Es que no es más importante la sonrisa de un niño?

Esta vez, los viejos se hicieron un lío; unos dijeron: «Síííí»; otros dijeron: «Nooooo», y otros se quedaron como si no hubieran entendido la pregunta.

Pero lo más importante es que la Luisa y mi madre se abrazaron. Y todos aplaudimos, incluido el señor enfermo de la cama. Fue un momento bastante emotivo. Todos teníamos un nudazo en la garganta, pero nos lo tuvimos que tragar, porque la enfermera gigante se abrió paso a codazos entre los viejos y dio varias palmadas en el centro de la habitación.

—Bueno, ¿qué pasa aquí? ¡Unos a su cuarto y otros a casa, que ya es la hora de cenar!

Los viejos se fueron a sus habitaciones, y la Luisa, al servicio a sonarse la nariz. Mi madre siguió llorando, ahora en brazos de mi abuelo.

—Venga, que ya se ha pasado, hija mía. ¿Por qué tienes que llorar ahora?

—Porque, porque, porque... —decía mi madre, ahora con más hipo que antes.

Mi madre se acercó mucho al oído de mi abuelo para que no pudiera oírla nadie, pero yo y el Imbécil nos pusimos al lado porque no podemos soportar no enterarnos de todo, y esto fue lo que oímos:

—Porque... porque... porque ese camisón, papá, me lo había comprado para mí; hace tanto tiempo que lo tenía visto, así, en rojo, que le gusta a Manolo (hablaba de mi padre); pero, claro, algo tenía que hacer para que la Luisa no se enfadara más. Con lo que me ha costado, papá... Lo tenía ahorrado desde hace tiempo...

Mi abuelo le dio dos besos: uno para consolarla y otro de despedida. Nosotros también nos

despedimos de él. Le ayudamos a meterse en la cama.

Aquella noche volvimos a Carabanchel (Alto) en el coche de la Luisa yo y el Imbécil. Delante iban las dos amigas reconciliadas y detrás nosotros, que lo sabíamos todo: sabíamos que mientras la Luisa iba tan contenta, dándole las gracias a mi madre por el camión, mi madre seguía todavía llorando por dentro.

Los hermanos paranormales

Mi madre también había comprado una licuadora para que yo y el Imbécil comamos fruta, aunque sea en zumo, porque dice mi madre que como nos pille la Organización Mundial de la Salud comiendo como comemos, la ponen a ella una multa por tenernos tan mal alimentados.

—El nene quiere el zumo de chocolate —esto lo dijo el Imbécil, que, como te habrás dado cuenta, no sabe muy bien lo que es una fruta.

—De bollicao te voy a hacer el zumo —le dijo mi madre.

Yo me di cuenta de que era una broma maternal, pero el Imbécil, que todavía no tiene uso de razón, no, y se puso a gritar de alegría. Mi madre lo miró con preocupación, y dijo en voz alta, para sus adentros:

—Creo que hay algo que no estoy haciendo bien con estos niños...

Y luego siguió diciendo para sus adentros:

—No sé para qué me he gastado el dinero en esto... Otro aparato más para limpiar...

Todavía tenía más cosas que sacaba de dentro de las bolsas. Había comprado un aparato que es francés y se llama *fundí*, que es para echar el queso con tropezones de carne y dejarlo todo como una masa espeluznante.

—¿Y si le echamos salchichas en vez de carne? —le dije yo.

—Tampoco sé para qué he comprado la *fundí*, con lo poco que os gusta a vosotros la cocina francesa.

Y unos cuchillos cebolleros, que escondió inmediatamente, porque dijo que no se fiaba de que un día jugando nos matáramos; y un cepillo de dientes eléctrico, que también tuvo que esconder, porque yo y el Imbécil nos pusimos a pelearnos porque los dos lo queríamos; y un primer tomo de *Cocina hindú*, cuando sabe lo poco que nos gusta a nosotros la cocina hindú, casi menos que la francesa, y un robot pelapatatas.

—Todo para la cocina —dijo mi madre—. ¿Y para mí, qué?

Lo decía como si hubiera sido otra persona la que hubiera comprado aquellos aparatos. Mi madre estaba algo triste porque la única cosa que se había comprado para ella desde hacía mucho tiempo era aquel camisón rojo, que ahora mismo tendría puesto la Luisa en su casa. Imaginé a la Luisa dándose paseos de un lado a otro del salón, delante de Bernabé.

—Le podías haber regalado a ella el pelapatatas y haberte quedado tú con el camisón —le dije a mi madre.

Mi madre me miró como si en vez de ver a su hijo el de siempre (el de las gafas) viera a un niño con una inteligencia superior.

—Tienes razón, hijo mío. Creo que me precipité.

Aquella noche nos comimos las salchichas en el mueble-bar, porque la mesa de la cocina estaba ocupada por todos aquellos aparatos que mi madre nunca querría utilizar para no tener que limpiarlos después (ya podía decir misa la Organización Mundial de la Salud).

Llegó la hora de irse a la cama, y yo me estaba haciendo el remolón porque no quería dormir en la terraza de aluminio-visto sin mi abuelo.

—Venga ya, Manolito —me decía mi madre—, que yo estoy muy cansada y mañana ya tenéis que ir al colegio. No podéis faltar otro día.

—Pues que se venga el Imbécil conmigo.

—De eso nada. Si os deajo a los dos solos, os dormís a la una.

—Por favor...

Mi madre hizo un gesto como de que hiciéramos lo que quisiéramos. Nos metimos en la cama, y la luz del salón se apagó. Entonces fue cuando, en la oscuridad, el Imbécil dijo:

—La mamá del nene está sola.

La mamá del nene es mi mamá también, pero al Imbécil eso no le entra en la cabeza. Empecé a pensar en mi madre. Era verdad, mi madre estaba sola en su habitación, sin mi padre y sin el Imbécil al lado, durmiendo en su cuna gigantesca. Hay momentos en que yo y el Imbécil nos entendemos sin palabras, por una telepatía que tenemos, que cualquier día salimos en un documental sobre hermanos paranormales. Sin pronunciar una sola palabra, nos levantamos los dos de la cama y fuimos de puntillas por el pasillo hasta la habitación de mi madre. La puerta estaba medio abierta y por el filillo la podíamos ver: estaba delante del espejo, con su camisón rosa de siempre de toda la vida. Se miraba por un lado y se miraba por el otro. Yo pensé: «Está muy guapa». Y el Imbécil dijo:

—Está muy guapa la mamá del nene.

Él siempre se adelanta a decir lo que yo estoy pensando. Mi madre se volvió y nos vio a los dos mirándola.

—¿Me estabais espiando? —no lo dijo con voz de enfadada. Lo dijo con una sonrisa—. Anda, venid aquí conmigo.

Yo y el Imbécil nos tiramos en plancha a la cama. Mi madre se metió entre los dos y nos agarró contra ella.

—La mamá del nene tendrá pronto un camisón rojo como el de la Luisa —dijo el Imbécil.

—¿Ah, sí? —dijo la mamá del nene.

—Sí —dijo el Imbécil, con una seguridad que nos dejó helados.

—¿Y quién me lo va a comprar? Porque la mamá del nene ya se ha gastado todos sus ahorros —dijo mi madre.

—Manolito —dijo el Imbécil.

¡Pero bueno, este niño estaba loco!

—Con el dinero de su hucha. Es rico —dijo el Imbécil.

—¿Cuánto de rico? —dijo mi madre riéndose.

—Tengo 500 pesetas —dije yo.

—Anda, dejad de pensar en el dinero —dijo mi madre—. Qué más da. Que lo disfrute la Luisa.

—¿Cuánto costaba el camisón, mamá? —le pregunté yo.

—Mucho dinero, mucho.

—¿Más de 1 500?

—Más.

—Manolito y el nene te lo comprarán —dijo el Imbécil, que es terrible cuando se le mete una

cosa en la cabeza.

—Muy bien —dijo mi madre—. Cuando seáis mayores.

—No, ahora —dijo el Imbécil.

Antes de dormirnos, mi madre nos dio la charla por cómo nos habíamos portado aquel día tan largo; nos dijo que habíamos puesto en peligro la vida de *Fernandito* y la de *Tutto*, que habíamos ensuciado el sofá de la Luisa dejando que la *Boni* se subiera con los filetes. Pero nos lo decía muy bajito, como si no nos estuviera riñendo, y nos tenía muy abrazados a los dos. De vez en cuando, el Imbécil le daba un beso, y entonces yo le tenía que dar otro, porque no puedo soportar que el Imbécil crea que ella es sólo de su propiedad. Así que la teníamos mareada echándole la cara hacia uno y hacia otro para darle besos. Y a ella, que siempre protesta, aquella noche parecía no importarle. Todo estaba bastante suave en aquella cama: las sábanas, mi madre, la colcha. Si no fuera porque mi padre venía los viernes, yo me pediría dormir siempre en esa cama y con la mamá del nene. Y con el Imbécil, claro. A ése no me lo despego yo en la vida. Por cierto, que antes de dormirse, y con una voz de sueño, el Imbécil dijo otra vez:

—Manolito y el nene te comprarán el camisón.

Lo dijo con tanta seguridad que yo empecé a creérmelo. No sé por qué me olía que el Imbécil tenía ya un plan completamente estudiado en su cabeza.

El niño misterioso

Cuando nos despertamos, mi madre ya se había levantado y nos estaba haciendo el desayuno. Ese día nos había hecho tostadas, y estaba de tan buen humor como cuando viene mi padre los viernes por la noche. Nos dijo que se iba con el abuelo al hospital y que cuando volviéramos del colegio teníamos que ir superderechos a casa de la Luisa, que la Luisa y ella estaban muy arrepentidas por haberse dicho cosas tan horribles, y que, al fin y al cabo, el cariño que le dábamos nosotros a la Luisa quién se lo iba a dar en este planeta: nadie.

Nos siguió con el peine hasta la puerta, como siempre, y nos dio un repaso de última hora; pero mis pelos se volvieron a colocar a su bola, porque tengo unos pelos salvajes. El Imbécil, no; el Imbécil parecía un niño de anuncio. Mi madre dijo que le gustaba más vernos con el chándal que con los trajes que nos había comprado la Luisa; que con los trajes azul-pijo estábamos bien, pero que parecíamos los hijos de otra.

Aquella mañana yo tuve que soportar algunas burlas de Yihad. Menos mal que ahora en clase se cortaba mucho porque tenía miedo a que le cayera encima la furia de Melody Martínez, y en el recreo se cortaba porque tampoco quería que se le echara encima el Imbécil rabioso. Yihad sabe que no se puede pegar a ningún pequeño delante de las señoritas porque te la cargas. A mí me daba un poco de corte que mis defensores fueran una niña y mi hermano pequeño. Molaría que fuera al revés, pero qué se le va a hacer. Así que Yihad aquella mañana me dijo cosas terribles, pero en voz baja o mandándome papelillos al pupitre: «Manolito, chívate a Melody si es que te atreves»; «Manolito, ahora no tienes al Imbécil para que te defienda». El Orejones leyó las notitas de Yihad, y me dijo: «Qué suerte tienes, a mí no me defiende nadie». Le iba a contar al Orejones que es una vergüenza humana que te defienda tu hermano de cuatro años, pero me di cuenta de que eso al Orejones le chupaba un pie. El Orejones no sabe lo que es vergüenza. Nació sin ella y sin ella morirá.

Fuimos a comer a casa de la Luisa. Mientras la Luisa freía los filetes, la *Boni* lloraba en su cojín porque sabía que ninguno sería para ella, y el Imbécil estaba raro y misterioso.

—El nene quiere ver tu camisón rojo —le dijo a la Luisa.

La Luisa se echó a reír, y dijo:

—Bueno, ahora te lo enseño, pero no me lo pienso poner.

No sé lo quería poner porque dice que somos muy mirones de las señoras y que eso a ella no le gusta.

Nos pusimos a comer el filete, portándonos tan bien que ni nosotros mismos nos reconocíamos, y la Luisa salió con el camisón rojo en la mano y se lo puso por encima.

—El nene quiere ver la etiqueta —dijo el Imbécil.

—¿Para qué? —dijo la Luisa bastante extrañada. Yo también estaba bastante extrañado.

—Porque me gustan las etiquetas, ¿a que sí? —me dijo el Imbécil, haciendo una cosa muy rara con los ojos, porque intentaba guiñar uno, pero se le cerraban los dos. Menos mal que yo entiendo su estilo.

—Sí —dije sin saber muy bien lo que pretendía mi hermano misterioso—. Le encantan las

etiquetas.

—Pues... creo que está por aquí... —La Luisa miró dentro de la bolsa de donde había sacado el camisón—. Aquí está.

—El nene la quiere, ¿se la das? —le preguntó el Imbécil.

—Bueno, hijo mío, que todos los caprichos sean como ése.

Se la dio, y en cuanto la Luisa salió un momento de la cocina, él sacó la etiqueta del bolsillo y me la enseñó:

—¿Qué pone?

—Pone 100 por 100 poliéster.

—¡No, eso no! Los números, ¿qué pone de números? —Lo decía gritándome en voz baja, como si tuviera mucha urgencia por saberlo.

—Pone... 7 500 pesetas.

Los dos nos quedamos alucinados. ¡Así que el camisón había costado 7 500 pesetas! Ahora no me extrañaba nada que mi madre se hubiera echado a llorar. Era horrible eso de gastarse 7 500 pesetas en uno mismo y luego tener que regalarle a tu mejor amiga el camisón sólo por reconciliarte con ella. Era horrible.

—Bueno, qué pasa —le dije a mi hermano—, ¿a qué viene tanto misterio?

Y él se encogió de hombros haciéndose el interesante.

La Luisa volvió a la cocina para pelarnos la fruta y para darnos una de sus charlas sobre lo buena que es la fruta y lo enanos que nos vamos a quedar por no comerla. El Imbécil se bajó de la silla y se fue al váter otra vez. Digo otra vez, porque ya era la tercera que iba durante la comida.

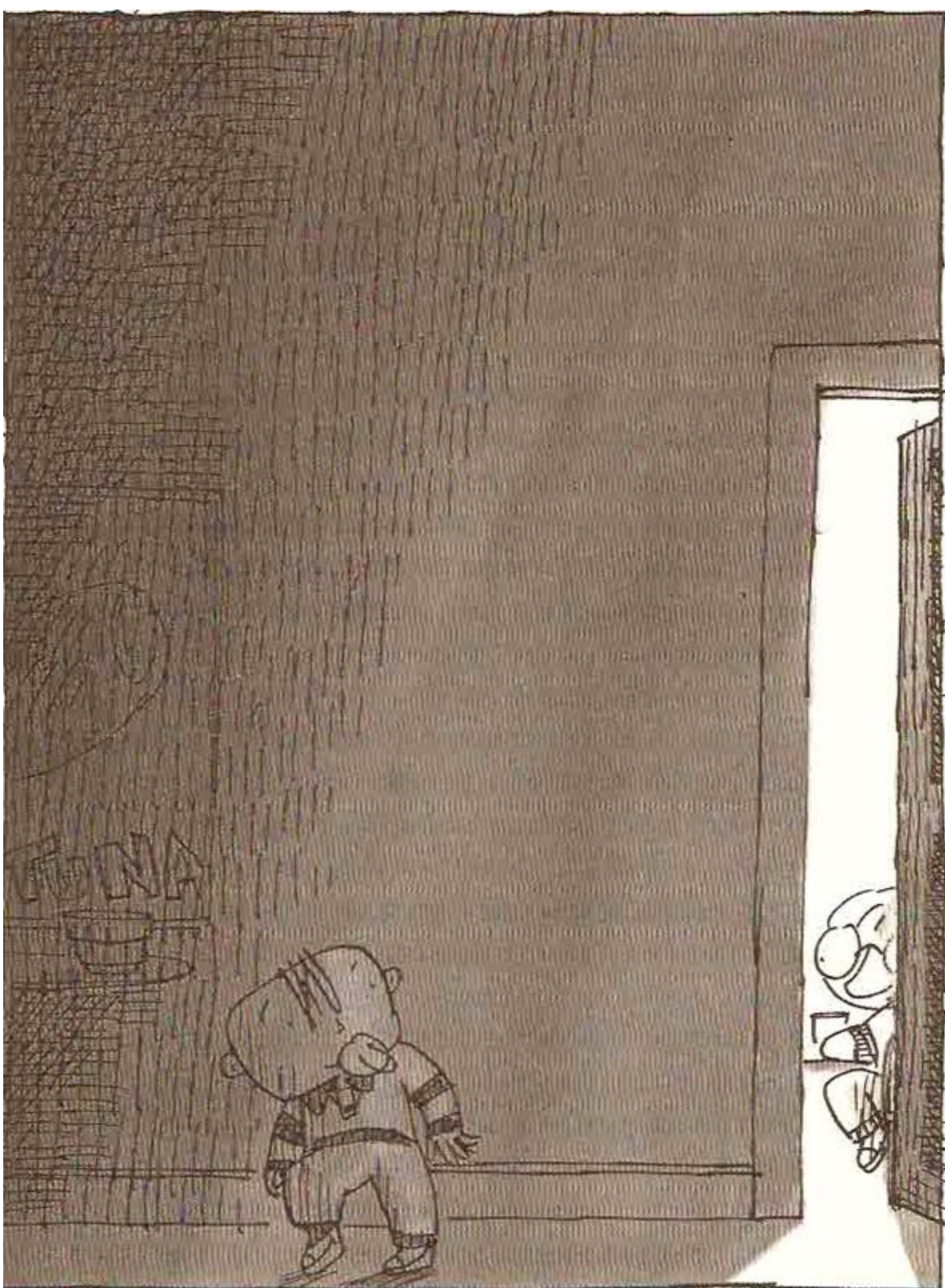
—Pero, bueno, ¿y adónde vas ahora?

—El nene tiene pis.

—A ver si has cogido frío.

—¿A que el nene siempre tiene pis? —dijo el Imbécil, mirándome otra vez y haciendo cosas con los ojos.

—Sí, siempre, siempre.



Antes de salir de la cocina, el Imbécil volvió a guiñarme diez veces los ojos. Luego cerró la puerta. Yo le entendí. Quería que entretuviera a la Luisa, aunque no sabía muy bien para qué. Pero, en fin, yo cumplí aquellas órdenes misteriosas y le pedí a la Luisa que me contara cómo era yo cuando no existía el Imbécil. Y ella me contó una vez más que yo era un niño que siempre estaba en brazos, en los de mi madre, en los de la Luisa, en los de mi abuelo, y que la gente siempre decía: «Mujer, qué rico, y con sus gafitas», porque yo era un niño con gafas casi desde que nació, y que era un niño que no se podía creer lo buenísimo que era, hasta que nació el Imbécil y se me torció el carácter, porque empecé a hacer tonterías sin parar y mi madre a reñirme sin parar, y pasé de ser «su gafitas» a ser «el de las gafas». Y luego la Luisa me dijo lo de siempre, que para

ella siempre sería el preferido, aunque mi madre tuviera cinco niños más. Me imaginé cinco hermanos más, y me entró un mareo mortal. Yo pensé lo de siempre, que me parecía muy bien ser el preferido de la Luisa y el preferido de mi abuelo; pero lo que yo quería de verdad era ser el preferido de mi madre. Lo pensé, pero no se lo dije, porque me da la impresión de que le iba a sentar un poco mal y porque no soy tan sincero como el Imbécil. Hablando del Imbécil: acababa de entrar por la puerta, y venía con una sonrisa en los labios.

—Pues sí que has tardado tú haciendo pis.

—Es que el nene también ha hecho pos —se echó a reír, porque a veces le hacen gracia sus propias frases.

Y en el momento en que la Luisa se puso a recoger la mesa, el Imbécil me miró y guiñó los ojos desconsoladamente. Y pensé: «¿En qué lío me está metiendo este niño misterioso?».

El primer atraco del Imbécil

Cuando salimos de casa de la Luisa para ir al colegio, yo estaba superintrigado. En cuanto salimos del portal, le dije al Imbécil que como no me dijera lo que estaba tramando, le sacaría el chupete de la cartera y se lo tiraría en el váter más próximo, en el de El Tropezón.

—Está cerrado —dijo el Imbécil riéndose.

—Bueno, pues te lo tiro en el váter del colegio; pero dime qué es lo que has estado haciendo toda la comida, levantándote cincuenta veces para ir a mear. Tú sabes muy bien que siempre hay que insistirte para que vayas al váter.

Es verdad, el Imbécil nunca encuentra el momento de ir. Mi madre se lo recuerda cada poco, y normalmente nos damos cuenta de que ya no puede más porque se empieza a tirar del pito.

—¿Quiere hacer el nene pipí? —le pregunta mi madre.

—El nene se mea —dice él.

Y cuando lo dice, es verdad. Hay que buscar un váter o arrimarle al árbol más próximo. Este niño siempre nos tiene atacados de los nervios.

El Imbécil me miró y me hizo un gesto para que me acercara. Yo me agaché y él empezó a sacarse algo del bolsillo, algo que me parecieron billetes. Le iba a preguntar que de dónde los había sacado, cuando en ese mismo momento nos rodearon unos chavales a los que no había visto nunca por el parque del Ahorcado.

—Oye, chaval —me dijo el más alto—, ¿tienes hora?

—Las tres y veinte —les dije.

—Qué reloj más bonito —le dijo el alto a otro de la panda—. ¿Cómo te llamas?

—Manolo —les dije yo para que me tuvieran más respeto.

—Manolito —dijo el Imbécil, que no me tiene ninguno.

—Así que Manolito —dijo el alto—. Manolito Gafotas te vamos a llamar.

Qué originales, pensamos yo y el Imbécil.

—Manolito —me siguió diciendo—, ¿sabes que estoy muy triste?

—No...

—¿Y sabes por qué estoy tan triste?

—No, no lo sé.

—Porque me gustaría tener un reloj como el tuyo —me dijo, y todos sus colegas se echaron a reír.

—Y al nene también —dijo el Imbécil.

Ahora casi se caen al suelo de risa. Yo me estaba empezando a mosquear.

—Dámelo para que no esté tan triste.

—No te lo puedo dar, porque es mi reloj de la comunión —le dije yo.

—¿Y el cura no te enseñó que hay que darles limosna a los pobres?

—Sí, pero no el reloj. El reloj es mío.

—Bueno, pues si no me quieres dar el reloj, dame limosna.

De pronto, me acordé de los billetes que llevaba el Imbécil en el bolsillo, y me entró un sudor

en todo el cuerpo, que me puse como si me acabara de duchar. Miré de refilón al Imbécil, y ahí vi el dinero. Tenía el puño cerrado, pero le sobresalían los picos de los billetes.

—Mejor te doy el reloj, porque dinero no llevo —le dije para que nos dejaran en paz de una vez.

Empecé a desabrocharme el reloj, mi reloj *water resist* de la comunión, el reloj que tenía los números fosforescentes y que miraba todas las noches en la oscuridad. Me estaban entrando ganas de llorar, pero apreté los dientes para que no me temblara la barbilla. El Imbécil me agarró el reloj con la mano que tenía libre.

—¡Manolito no les da el reloj! —empezó a gritarme—. ¡No se lo has querido dar al nene nunca, y se lo das a ellos!

—¡Pero que no se lo doy por gusto! —le grité yo—. ¡Se lo doy porque nos están atracando!

El Imbécil se los quedó mirando un momento, como si de pronto cayera en la cuenta; pero no estaba muy convencido.

—¿Y las pistolas, dónde llevan las pistolas? —me preguntó. Es que él sólo ha visto atracos en la televisión.

—Da igual, no llevan pistolas, pero nos están atracando.

—Hazle caso a tu hermano mayor —dijo el alturrón, ya un poco harto de nuestra discusión—, que tu hermano sabe.

Entonces, el Imbécil, sin venir a cuento, se puso a gritar, a gritar de una manera que los dejó alucinados, y a mí también. Gritaba como si le hubieran puesto la pistola en la cabeza. Gritaba, y sólo paraba para tomar aire y volver a gritar más fuerte. Los atracadores empezaron a ponerse nerviosos.

—¡Dame el reloj de una vez o te doy una galla que te salto las gafas! —me dijo el bajo, que tenía cara de loco.

Yo se lo tuve que arrebatar al Imbécil de la mano, porque él no estaba dispuesto a entregárselo así como así. Le logré abrir la mano y se lo di al bajo.

—Como te chives —me dijo el alto, dándome un golpe en el hombro—, mañana vuelvo y te quito las zapatillas. Tú verás.

—Si yo no me chivo.

—Por si acaso.

Los atracadores echaron a correr y oímos el cierre del bar El Tropezón que se abría. Ezequiel nos gritó:

—¿Qué le pasa a ese niño, que me ha sacado de la siesta?

El Imbécil paró de gritar.

—El nene grita y se van —dijo, muy convencido de sus poderes, y luego le explicó al señor Ezequiel—: Eran unos atracadores sin pistola, y encima le quitan el reloj a Manolito, y yo quería el reloj.

—¡Ahora llamo a la policía! —nos dijo Ezequiel, y se metió para dentro.

—Qué chivato eres. Ahora vendrán mañana y me quitarán las zapatillas por tu culpa. ¡Chivato! El Imbécil se me quedó mirando sin saber qué decir. Entonces abrió la mano que había tenido

cerrada todo el tiempo, y vi los billetes.

—Si vuelven, el nene les dará limosna, para que Manolito no se quede sin zapatillas.

—¿Y ese dinero?

—El nene se lo quitó a la Luisa de su cajón. El nene sabe dónde tiene la Luisa los billetes.

—¿Le has robado dinero a la Luisa?

—Ocho mil sólo.

—¡Ocho mil!

—Para el camisón de mi mamá.

—Ahora mismo volvemos y se lo devuelves.

—¡No, es del nene! ¡El nene se lo quitó!

—¡No es tuyo, es de ella!

—La Luisa tiene muchos billetes en ese cajón, y mi mamá no tiene su camisón rojo.

—No es tu mamá, es nuestra mamá. Ahora mismo voy a darle a la Luisa ese dinero.

Oímos la sirena del colegio. Como tardáramos un poco más, las puertas se nos cerrarían.

—Si Manolito se lo dice, Manolito es un chivato —me dijo.

—Bueno, vamos al colegio, y a la salida ya veremos. Pero déjame que guarde yo el dinero.

—No, que a Manolito le roban. Lo guarda el nene —dicho esto, se lo guardó en un bolsillo, y echamos a correr como locos.

La cara del culpable

Mi madre nos llevó superdelamano toda la tarde. Le contó lo del camisón que le habíamos regalado a todos los viejos de la planta, a la enfermera gigante, al médico de guardia, a mi padre que llamó por teléfono. Nosotros estábamos muy pegados a ella cuando hablaba con mi padre, porque queríamos saber qué es lo que decía él sobre nosotros, los mejores hijos del mundo (recuerda). Mi padre la dijo a mi madre: «¿Ves cómo no son tan malos como nosotros pensamos?», y mi madre decía: «Es verdad, a veces tienen unos detalles que no parecen ellos».

Nosotros estábamos bastante contentos de ser los mejores hijos del mundo, sobre todo, porque mi madre nos compró unas coca-colas y unas patatas, y mi abuelo nos dio una propina de mil pesetas a cada uno para que fuéramos reponiendo en nuestras huchas el dinero que nos habíamos gastado en el camisón. Y a mí me parecía que el Imbécil era un genio, porque había cometido un delito pero todo el mundo se lo agradecía y encima nos querían devolver el dinero robado. Mi madre no dudó ni un momento que ese dinero había salido de nuestros cerdos-hucha respectivos, y que llevábamos semanas y semanas metiendo ahí nuestras cien pesetas de la paga de los domingos para poder hacerle un regalo inolvidable. Para conseguir reunir ocho mil pesetas con la paga de los domingos, hubiéramos necesitado lo menos veinte años, pero es que a mi madre las cuentas se le dan fatal. Ya te conté en un libro anterior sobre mi vida que de pequeña le suspendían las matemáticas; aparte de que yo creo que estaba tan contenta con el camisón de sus sueños que ni se le pasó por la cabeza pensar que para comprarlo habíamos tenido que robarle a la Luisa. Yo tampoco lo pensaba, sólo pensaba en que era un niño buena persona, y encima me estaba empezando a creer la historia de que llevaba ahorrando mucho tiempo para esta ocasión. Al Imbécil le daba igual, porque el Imbécil no pensaba que hubiera hecho algo tan malo; es un niño que todavía no sabe lo que son los remordimientos.

Mi abuelo también estaba contento porque el médico le había dicho que si seguía tan bien como hasta ahora le iba a dejar que se volviera a casa, aunque también nos dijo que iba a echar de menos el hospital porque había hecho bastantes amigos y porque la comida de hospital era bastante mejor que la de mi madre. Esto último lo dijo en un momentillo que mi madre fue al servicio.

Los mejores hijos del mundo nos despedimos de mi abuelo y nos volvimos a Carabanchel (Alto) en el coche de la Luisa. Mi madre también venía con nosotros, porque una madre que ha tenido la suerte de tener a los hijos mejores del mundo es que no se quiere separar de ellos ni un instante, por mucho que su propio padre esté en el hospital.

Fuimos cantando en el coche unas canciones de varios anuncios de la televisión que nos sabemos de memoria y también el himno de Carabanchel, que nos lo enseñó la presidenta de la Asociación de Vecinos para cuando venga alguna autoridad al barrio, como el Rey o Raúl, que es un jugador de fútbol que en mi barrio nos gusta bastante, aunque sea de Villaverde. Pues así fuimos, a grito *pelao*, cantando el himno que algún día cantaremos en presencia del Rey de España:

«¡Qué alegría cuando me dijeron:
vamos a la Casa del Señor.
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales Carabanchel!»

Era una canción que nos enseñó el cura de mi barrio, y creo que antes, en vez de Carabanchel, decíamos Jerusalén, pero todo el mundo estuvo de acuerdo que quedaba mucho más bonito con el nombre de mi barrio, que dónde va a parar. Y actualmente se canta en las fiestas y todo el mundo la tiene de memoria en su cerebro por si el Rey se presenta sin previo aviso, por el morro.

La Luisa aparcó el coche contra las sillas de la terraza de El Tropezón. Había unos señores sentados en la mesa de al lado y se asustaron un poco, porque decían que un poco más y se los hubiera llevado por delante. Pero la Luisa decía, sin perder la sonrisa:

—Anda, anda, si ha sido el sustillo *na* más.

Ezequiel le pidió a la Luisa que, por favor, otra vez aparcara en un espacio más abierto, como el *descampao* que hay detrás de mi casa, y la Luisa dijo que vale, que vale, y nosotros nos echamos a reír una vez más, porque sabemos que cuando la Luisa dice que vale, que vale, es que la próxima vez dejará el coche donde le dé la gana, y a ella le gusta aparcar contra las sillas de El Tropezón, que se quede el coche bien metido en la acera. Tiene su estilo.

La dejamos en el rellano del segundo, y antes de abrir la puerta de su casa, nos dio un beso de despedida y nos dijo que no le importaba todo lo que le habíamos hecho el día anterior porque por encima de todo estaba lo que nos quería, que *Fernandito* ya tenía pecera nueva, que la *Boni* estaba a dieta porque había vomitado los dos filetes y que *Tutto* estaba en un rincón de su jaula todavía con el susto metido en el cuerpo por haberse visto dentro de la jaula con el peluquín de Bernabé, pero que esas travesuras eran normales en los niños de la infancia, y que ella nos comprendía porque era muy psicóloga y muy pedagoga y muy buena persona.

—¿A que nunca olvidaréis los dos días que habéis pasado con vuestra Luisa y todo lo que os he comprado y el restaurante al que os llevé?

—Y los gusanos gordos —dijo el Imbécil.

—Eso, y los gusanos gordos que se comió mi nene —dijo la Luisa—. ¿A que nunca lo olvidaréis?

Y nosotros dijimos a una:

—¡Nunca! —porque éramos un ejemplo de niños.

Todo eran besos, sonrisas, todo era mis chiquitines por aquí, mis niños por allá. Llegamos a la cocina y todo era qué os preparo, lo que queráis. Y nosotros: queremos cinco salchichas, mami. Y mi madre: cinco y las que hagan falta y todo el *ketchup* del mundo, y abro una gaseosa, y tomad dos vasos bien grandes, ¿queréis un hielo? Y nosotros: uno no, dos. Y mi madre: cómo si queréis tres.

Y mientras comíamos nuestras cinco salchichas sobre un lecho de *ketchup*, mi madre se fue y volvió con el camisón rojo puesto. Era un rojo precioso, un rojo-*ketchup*, y mi madre estaba superguapa. Nos dijo: «Me lo pongo sólo un momento, para que me veáis, y me lo quito, que no

quiero que se me manche para cuando venga papá mañana».

Llamaron a la puerta, y era la Luisa, también con el camisón. Abrió el Imbécil la puerta, y cuando la Luisa entró en la cocina y estuvieron las dos (madre y Luisa) una frente a otra y se vieron con el camisón rojo, de pronto lanzaron un grito, no sé por qué, de verse tan iguales (la Luisa más gorda, la verdad).

—Ahora sólo nos faltan unas zapatillas a juego, Cata —dijo la Luisa.

—Ya me gustaría —dijo mi madre—, pero ya no puedo gastar más dinero.

—Espera —dijo la Luisa, y se fue corriendo sin decir a qué iba.

Al momento volvió a llamar. Entró en la cocina. Estaba pálida, y con el camisón rojo parecía una vampiro. Daba un poco de miedo.

—¿Qué te pasa, Luisa? —le dijo mi madre.

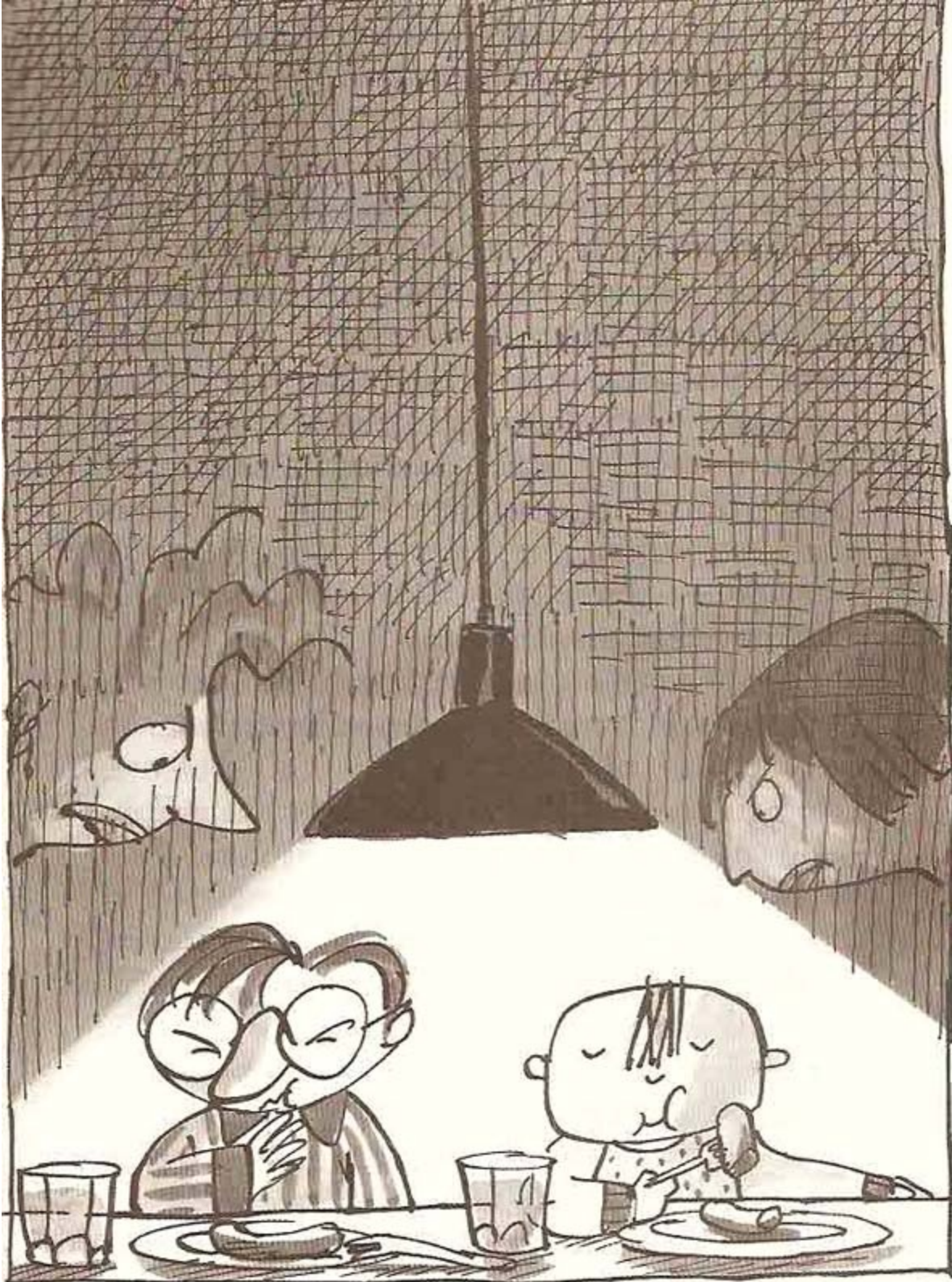
Pero ella tardó un momento en responder. Quién se iba a imaginar que iba a pronunciar las siguientes palabras:

—Me faltan ocho mil pesetas de mi cajón.

Yo me puse rojo inmediatamente y el Imbécil, pasando de todo, se puso un poco más de *ketchup* encima de sus salchichas. No me digas tú que es normal que se me pusiera a mí la cara de culpable y no a él.

Delincuentes y rencorosos

El momento era bastante trágico. Aquellas dos mujeres vestidas con un camisón rojo-*ketchup* se miraban fijamente la una enfrente de la otra. El Imbécil miraba a su plato y comía, y yo tenía atragantado el último trozo de salchicha que me había metido en la boca, y me había llevado la mano al cuello sin atreverme a decir ni socorro. Prefería morir ahogado a que se dieran cuenta de que mi cara estaba completamente roja, no por la salchicha, sino por lo que te dije: que a mí se me pone cara de culpable aunque no haya sido el que haya cometido el delito.



—¿Estás segura de que te faltan ocho mil pesetas, Luisa? —dijo mi madre, como si fuera la

última pregunta de su vida.

—Tan segura como de que soy la Luisa, tu amiga.

—¿Y por qué me miras con esa cara, como si yo te lo hubiera quitado?

—Yo no te miro con cara de nada, Cata; sólo que no me digas que no es casualidad.

—¿Que no es casualidad qué?

—Que me falten a mí ocho mil pesetas y que sea el mismo dinero que les ha costado el camisón.

—No es él mismo dinero —dijo el Imbécil, con un trozo de salchicha a un lado de la boca, que parecía que tenía un flemón—, no es el mismo dinero. El camisón de mi mamá ha costado 7 500. Al nene le ha sobrado una moneda gorda.

—¿Y dónde está la moneda gorda? —le dije yo bajito.

—En el bolsillo del nene. La moneda gorda es del nene.

La Luisa y mi madre nos miraban como sin saber qué decir. Por fin, a la Luisa se le ocurrió algo.

—Bueno, Cata, si no se lo preguntas tú, se lo preguntaré yo.

—¿Preguntarles qué? —dijo mi madre, con una cara de no enterarse.

—Si son ellos los que me han quitado el dinero.

—¿Ellos? —dijo mi madre—. Estás acusando a los niños de robar. A un niño de cuatro años.

—Bueno —dijo la Luisa—, el otro tiene nueve.

Mi madre me miró; se ve que estaba pensando si a mi edad ya estaba uno preparado para robarle ocho mil pesetas a una vecina.

—El nene no ha sido —dijo el Imbécil sin mirarlas.

—¡Qué morro tienes! —no quería haber dicho eso, pero se me escapó. Me había delatado.

Ahora estaba claro que éramos nosotros los ladrones.

A mi madre se le había puesto una cara que yo no había visto nunca. Cara de no creerse lo que le estaba pasando.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Habéis sido capaces de quitar ocho mil pesetas a la Luisa? ¡Esto es lo último, lo último que me quedaba por ver! ¡Delincuentes!

Al gritar ¡delincuentes!, se le puso la misma cara que a la *sita* Asunción.

—¿Y de quién fue la idea, de quién? —tenía la espumadera en la mano y nos daba bastante miedo.

Nos señalamos el uno al otro. En mi caso era normal, porque la idea había sido del Imbécil; pero en el caso del Imbécil era muy fuerte.

—¿De ninguno, verdad? Si esto ya me lo sé yo. No hace falta que me lo contéis.

—El pequeño estuvo saliendo esta mañana veinte veces de la cocina con la excusa de que quería hacer pis —dijo la Luisa dando una pista.

—Claro, el pequeño lo hizo y a este mayor se le ocurrió —dijo mi madre, mirándome muy fijamente.

—No, mamá, te juro que yo me enteré luego, pero no dije nada porque yo también quería... yo también quería —me empezó a temblar la barbilla incontroladamente y ya no pude terminar la

frase.

—Tú querías, tú querías. ¡A la cama los dos! Y aquí me quedo pensando cuál va a ser el castigo que os voy a poner. De momento, Manolito, tú no sales en toda la semana al parque del Ahorcado.

Nos levantamos y nos fuimos a la cama. Por el camino, yo le llamé imbécil al Imbécil y él me llamó chivato, y yo le dije que encima, encima de que me la había cargado por su culpa y de que era el mimadito de su madre, y él me dio un pellizco en el brazo de esos que dan escalofríos, y yo le di un empujón que se cayó de culo. Pero la pena es que no nos pudimos seguir pegando porque el horno no estaba para bollos.

Pude oír a mi madre que le decía a la Luisa con voz de estar muy cansada:

—No te preocupes, Luisa, yo te devolveré el dinero.

—Cuando puedas... —dijo ella.

—Cuanto antes —dijo mi madre.

Y se dijeron adiós, adiós, y la Luisa se fue, y todo era muy raro, porque la Luisa siempre se queda media hora hablando con mi madre y esa noche la conversación se acabó enseguida.

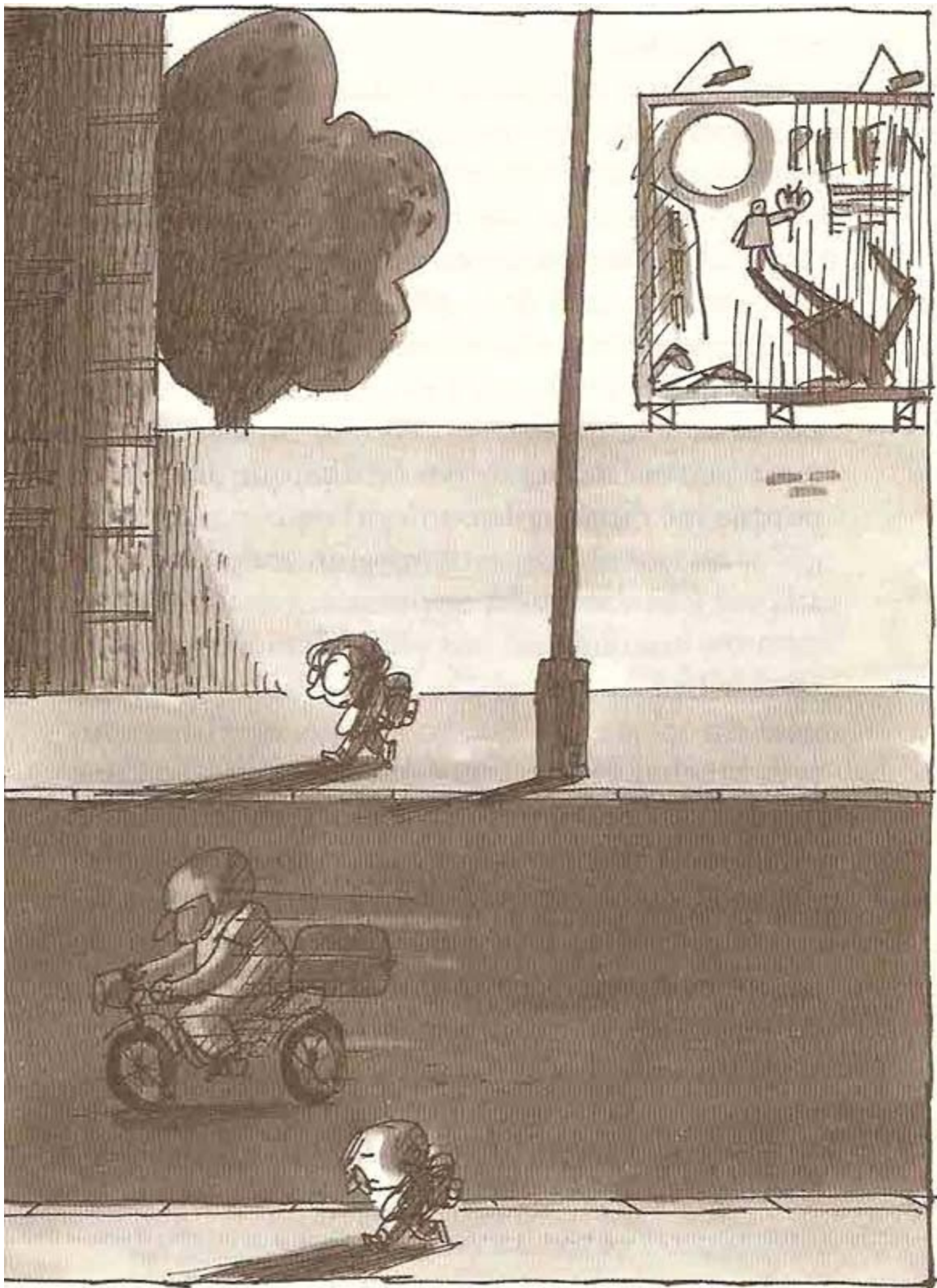
También oí que al rato llamaba mi padre y que mi madre decía que no le pasaba nada, de verdad, Manolo, que no me pasa nada, es que estoy muy cansada de ir y venir del hospital y que por eso tengo la voz así.

A veces suceden cosas muy raras. Cuando hacemos cualquier tontería en la cena, como tirar una salchicha al suelo o romper la taza de la leche, mi madre se chiva a mi padre; pero cuando hacemos algo muy gordo, mi madre se lo calla. Y no sé por qué.

Yo me metí en la cama y me tapé hasta arriba, hasta la cabeza. Estaba harto de la vida: de que siempre me echaran la culpa de todo, de que nunca me creyeran y de haberme dejado llevar por las ideas asesinas del Imbécil. Siempre era yo el que salía perdiendo, porque al Imbécil le daba igual que no le dejaran salir a la calle: él se lo pasa bien en casa viendo la tele con mi madre o jugando a disparar a la Barbie-voladora con su pistola de ventosas; pero si a mí no me dejan bajar a la calle a merendar con el Orejones, con Melody o con Mostaza, la vida no tiene sentido.

A la mañana siguiente, mi madre nos despertó. No nos dio ni un beso, y nos puso la leche sin decirnos nada. Habíamos dejado de ser los mejores hijos del mundo. Tampoco nos dio un repaso en el pelo con el peine, y sólo nos dijo que volviéramos a casa a comer, que ella sólo estaría con el abuelo por la mañana, y que luego volvería a la hora de la comida, porque estaba visto que éramos unos niños que no podíamos quedarnos con nadie porque no éramos de fiar. Así que si mi abuelo se quedaba el pobre solo sin compañía de nadie y encima sin su próstata, que ya sabíamos quién tenía la culpa. Y adiós. Nos dijo adiós y cerró la puerta, y cuando salimos a la calle no estaba en la ventana para despedirnos otra vez como todos los días. Estaba muy enfadada.

Y nosotros estábamos bastante tristes, porque mi abuelo iba a estar bastante solo por nuestra culpa; y también estábamos bastante enfadados, el uno con el otro, y nos guardábamos mucho rencor, así que sin decirnos nada, nos fuimos cada uno por una acera de la calle como si no fuéramos hermanos ni nos conociéramos.



En el recreo, el Orejones me dijo que si me iba esa tarde a su casa a jugar con un superjuego que tenía del ordenador, y yo le dije que no podía, porque me dio vergüenza decirle que estaba castigado; así que el Orejones, mi gran amigo (y cerdo a la vez), se dio media vuelta y, sin dudarlo ni un minuto, hizo lo que más podía fastidiarme: invitar a Yihad. Entonces Yihad se echó a reír y dijo que claro, que molaba, y me dio en el hombro para preguntarme que por qué yo no iba, y yo me quedé en silencio, y Yihad me dio varias veces en el hombro, que es lo que hace para ponerte nervioso. El Imbécil estaba mirándonos desde una esquina del patio, pero en vez de venir corriendo como hace cada vez que Yihad se mete conmigo, se quedó muy serio mirando al suelo.

Quién sabe: a lo mejor nunca volveríamos a hablarnos.

El nene seconfiesa

Yo no sé si a ti te ha pasado alguna vez que tu madre esté enfadada contigo pero que no te diga nada, ni te mire. Que te ponga un trozo de tortilla de patata delante del plato, un vaso de agua y un trozo de pan, y te diga que venga, que aligeres, que tu abuelo está solo en el hospital y tenemos que salir pitando. Hubiera preferido que nos hubiera gritado o que nos hubiera dado una de sus collejas, pero eso de estar en silencio, los tres sentados sin decirnos nada, porque los tres nos guardábamos bastante rencor, eso era lo peor de lo peor.

Nos fuimos al hospital sin decirle nada a la Luisa, ni llévanos, Luisa, por favor, ni nada. Los tres solos en el autobús. Yo y el Imbécil juntos (no por gusto, sino porque así nos lo mandó mi madre) y ella sola, lejos, como si fuera una madre sin hijos.

Cuando llegamos al hospital, la vida de mi abuelo ya había cambiado: estaba echando una partida al tute con otros tres abuelos en la habitación. Todos tenían su bolsa con el líquido amarillo encima de las piernas, como tienen las señoras de mi barrio el bolso cuando están esperando en el ambulatorio a que las reciba el médico. Mi abuelo tenía colocada su dentadura y nos dedicó una de sus sonrisas con dientes. Parecía nuestro abuelo de siempre.

—Manolito, escúpeme en la mano, que ahora me toca tirar a mí.

—Es que... a lo mejor hoy no te doy buena suerte.

—Que sí, tonto, escupe.

Le escupí. Y claro, lo que yo decía, que le di mala suerte; así que mi abuelo dejó de jugar porque se dio cuenta de que algo muy gordo había tenido que pasar para que mis escupitajos hubieran perdido todos sus poderes mágicos.

—Déjamelos aquí, Cata, que hoy estoy mejor y puedo estar con ellos en el pasillo. Vete a dar una vuelta, mujer.

—No, papá, no, que estos niños no pueden estar sin vigilancia. A saber lo que pueden montar aquí, en el hospital. Se acabó; ya no los voy a dejar solos nunca.

—Pero ¿por qué?

Nosotros miramos para abajo porque sabíamos que mi madre iba a responderle a esa terrible pregunta.

—Le han robado a la Luisa.

—¿Cómo?

—Que le han robado a la Luisa. El dinero del camisón que me compraron ayer, que se lo quitaron a la Luisa.

Mi abuelo nos miró. Nosotros estábamos mirando al suelo, pero cuando un abuelo te mira, te das cuenta: lo notas en el cogote.

—¿Es verdad lo que dice vuestra madre?

No dijimos ni que sí ni que no.

—¿Y ella se ha enfadado mucho? —preguntó mi abuelo.

—Pues ya ves... —dijo mi madre.

—Eso no se hace —nos dijo mi abuelo—. ¿Es que vosotros no sabéis que eso no se hace?

Nosotros, ni que sí ni que no. Como muertos.

—¿Y cuánto le quitaron?

—Ocho mil. El camisón les costó 7 500.

—¿Y las otras quinientas? —dijo mi abuelo.

—Son del nene —dijo el propio nene.

—¿Y por qué? —le dije yo. Es que me parecía injusto: si nos echaban la bronca a los dos por robar, por lo menos que nos repartiéramos el botín.

—Son del nene —dijo el Imbécil cruzando los brazos. Siempre lo hace cuando se enfada, pero no los cruza bien porque tiene los brazos un poco gordos y un poco cortos—. El nene se las quitó a la Luisa.

Ahora todos miramos al Imbécil. Mi madre, mi abuelo y yo.

—El nene las quitó. Están en el bolsillo del nene —dijo el Imbécil a punto de llorar, porque se ve que lo único que le importaba de este asunto era la moneda gorda, como él la llamaba. Las 7 500 pesetas de la Luisa le chupaban un pie.

—¿Fuiste tú? —le preguntó mi madre con la boca abierta—. ¿No te dijo Manolito que lo hicieras?

—No, Manolito no lo dijo —dijo el Imbécil—. El nene salió de la cocina, y el nene las robó del cajón de la Luisa, y luego a Manolito le robaron el reloj y Manolito les dio el reloj, pero el nene no les dio el dinero. Por eso, la moneda gorda es del nene.

—Pero ¿a ti quién te robó el reloj, hijo mío? —dijo mi madre, con cara de haberse perdido hace rato.

—Unos macarras en la calle.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —volvió a preguntar mi madre.

—El nene quería decirlo, pero Manolito no le dejó al nene —dijo el Imbécil.

—Pero qué chivato eres —le dije gritando en voz baja al Imbécil.

—¿Por qué no querías decírmelo? —dijo mi madre.

—Porque dijeron que si me chivaba volverían para robarme las zapatillas, y porque si te lo decía, a lo mejor te enfadabas y me decías que por qué me había dejado quitar el reloj en vez de salir corriendo... Porque me has dicho muchas veces que si se nos acercan macarras, que salgamos corriendo...

—Eso es verdad, Cata —dijo mi abuelo.

—Bueno, Manolito, pero eso no quiere decir que yo te vaya a regañar si te roban el reloj... —se rascó un poco la cabeza—. Ay, Dios mío, hay veces que me entendéis todo al revés.

—Pero la moneda gorda es del nene —dijo el Imbécil, que seguía a lo suyo.

—Al nene le voy a regañar hoy yo muchísimo —dijo mi madre—, porque el nene, con sólo cuatro años, es ya muy malo. He castigado a tu hermano por tu culpa.

—Mujer —dijo mi abuelo—, el chiquillo lo hizo para comprarte el camisón, porque sabía el disgusto que tenías de haberlo tenido que regalar.

Mi madre miró al Imbécil, que había vuelto a mirar al suelo porque no soporta que le regañen. Es que no está tan acostumbrado como yo. Y luego me miró a mí, que estaba muy triste viendo mi

muñeca sin reloj, sin mi reloj sumergible *water resist*.

—¿Y ahora, a cuál de los dos regaño? —le preguntó mi madre a mi abuelo—. Si al final los dos van a ser unos santos. ¿Qué se hace en estos momentos, papá?

—Ay, hija, yo no lo sé. A mí, educar se me ha olvidado.

—¿Cómo le digo yo a la Luisa que mis hijos no son malos aunque le hayan robado ocho mil pesetas? —se preguntó ahora a sí misma—. Papá, tenías razón, me voy a dar una vuelta.

Y se fue. Y ahí nos quedamos los tres. Yo y el Imbécil muy serios. Mi abuelo no sabía qué decirnos para que nos reconciliáramos y se nos pasara el mosqueo que habíamos tenido todo el día.

—¿Sabéis qué es este líquido que llevo en la bolsa? —nos preguntó.

Los dos movimos la cabeza a un lado y a otro.

—Es pis.

—¿Piiiiiss? —dijimos los dos.

—¿Y de dónde sale? —dije yo.

—Pues de dónde va a salir, hijos míos, de dónde va a salir.

Nos dio un ataque de risa tan fuerte que nos tuvimos que tirar al suelo sin más remedio.

Cosas que se piensan y no se dicen

Mi abuelo nos agarró de la mano, y nos dijo:

—Venga, venga, no podéis seguir enfadados toda la tarde. Pues vaya aburrimiento.

Y nos intentó juntar las manos para que hiciéramos las paces. Lo había intentado ya otras dos veces, pero nada; en cuanto notábamos que él nos acercaba las manos, nosotros las retirábamos como si el otro nos fuera a dar calambre. ¿Las paces? Eso nunca.

—Por su culpa, me la cargué anoche. Por su culpa, mamá lleva sin hablarme todo el día —le dije a mi abuelo.

—Bueno, pero tu madre ya sabe que el que robó fue él. No seas rencoroso, Manolito.

—Ha sido un chivato traidor.

El Imbécil cantaba bajito para fastidiarme.

—También te digo una cosa, Manolito —me dijo mi abuelo—: es verdad que tú no robaste el dinero, pero bien que me cogiste a mí las mil pesetas que os di a cada uno por lo bien que os habíais portado con vuestra madre.

Eso sí que fue un golpe bajo. No me lo esperaba.

—Pero tienes razón —siguió mi abuelo—, él no tenía que haberte acusado de algo que no habías hecho. Así que yo creo que tiene que ser el nene el que te dé la mano para hacer las paces. Venga, Nico, ¿quieres darle la mano a Manolito?

El Imbécil la tendió sin mirarme a la cara, pero de pronto la volvió a retirar.

—Pero la moneda gorda es del nene.

La moneda gorda. Ésa era su obsesión.

—Ahora hablaremos de la moneda. Ahora dale la mano a Manolito y vamos a acabar ya con esta historia, que me estáis cansando.

El Imbécil tendió la mano.

—Y ahora tú, venga, no seas cafre.

Yo la tendí también, y las chocamos.

—Muy bien, y ahora que sois amigos otra vez: vamos a pensar qué hacemos para que a la Luisa se le pase el enfado.

—Devolverle el dinero... Pero es que no lo tenemos —dije yo.

—No todo se arregla con devolver el dinero —dijo mi abuelo—. No sólo hay que devolvérselo, porque habéis hecho algo muy feo, y hablo de los dos: uno lo robó y el otro se lo calló. Hay que hacer algo para que sepa que la queréis.

—La Luisa quería unas zapatillas rojas —dijo el Imbécil.

—Es verdad, abu; por eso se dio cuenta de que le faltaba dinero, porque bajó a por dinero para unas zapatillas.

—Pues ya está: le compramos las zapatillas. Entre los tres. Mil pesetas pone Manolito, las que yo te di; y mil quinientas pone el nene, las mil que yo le di y la moneda gorda.

—No, la moneda gorda, no... —dijo el Imbécil, con una cara de bastante pena: mira que yo estaba mosca con él todavía, aunque ya hubiéramos hecho las paces, pero es que esas caras que

pone de pena auténtica, no sé, me ponen triste, tengo, que reconocerlo ante mí mismo.

Lo increíble es que mi abuelo no se apiadó.

—La moneda gorda, sí. Vamos a dejarnos de tonterías. No es tuya y tienes que devolverla. Venga, aquí, dadme el dinero.

Mi abuelo nos extendió la palma de la mano y se quedó esperando. Me saqué las mil pesetas del bolsillo. El Imbécil se sacó las suyas. Y luego, como mi abuelo seguía con la mano extendida, sacó su querida moneda gorda.

—Muy bien, aquí tenemos dos mil quinientas. Con esto tendríamos seguramente para las zapatillas rojas de la Luisa; pero, claro, nosotros no vamos a poder soportar que la mamá se quede sin el conjunto completo, ¿verdad que no?

—No... —dijimos los dos como tontos.

Entonces mi abuelo sacó de su cartera tres mil pesetas y me las metió a mí en el bolsillo.

—Mañana iréis los dos a Las mil y una noches, compraréis las zapatillas y se las daréis por la noche.

—Pero todavía le seguiremos debiendo dinero a la Luisa —le dije a mi abuelo.

—Estoy seguro de una cosa —me dijo el abu—: la Luisa se emocionará tanto con el regalo, que le importará un pimiento que lo haya pagado ella misma. Ni se dará cuenta. Eso sí, no digáis nada del dinero que lleváis encima ni de lo que pensáis hacer con él.

Después de que mi abuelo nos diera la gran solución para que todo volviera a ser como antes, le hicimos que nos contara otra vez cómo la enfermera gigante le había metido un tubo por el propio pito para que mi abuelo no tuviera que hacer pis en el váter mientras estuviera en el hospital. Se ve que hacen eso en los hospitales de la Seguridad Social para ahorrarse el agua de la cadena del váter. Mi abuelo dijo que eso se llamaba sonda, y yo y el Imbécil pensamos que ojalá en nuestra vida en el futuro del siglo XXI no nos tengan que poner una sonda bajo ningún concepto porque nos daba dolor sólo de pensarlo. Eso sí, aunque nos daba dolor, le hicimos que nos lo contara tres veces, y cuando mirábamos la bolsa con el pis, no me preguntes por qué, nos daba la risa. Le pedimos que nos enseñara el principio de la sonda, y nos dijo que no, que hasta ahí podíamos llegar.

—Abuelo, ¿cuándo vuelves a casa?

—Pues igual me sueltan este fin de semana.

—Pero ¿no decías que te gustaba vivir aquí, en el hospital? —le dije yo, con un poco de miedo de que dijera que sí, que lo prefería.

—Bueno, esto tiene sus cosas buenas: estos amigos que me he echado aquí...

—La comida... —le recordé yo.

—Ya, la comida... Es que vuestra madre no cocina muy bien, la verdad. Claro que echo de menos el *ketchup*, las salchichas... Pero el hospital tiene sus cosas malas: la sonda, y que os echo mucho de menos por las noches.

Nosotros queríamos que volviera ya, porque también le echábamos mucho de menos; pero no se lo dijimos, porque hay cosas que se piensan, pero no se dicen.

Mi abuelo entiende de mujeres

Fue el señor Faustino el que nos acompañó a Las mil y una noches. Se presentó al rato de estar nosotros en el hospital, y mi abuelo le dijo que tenía que acompañarnos, por favor, a algo muy importante. El señor Faustino, por si no lo sabías, es el abuelo de Yihad, pero no ha salido para nada a su nieto: no es un abuelo macarra, no ha pegado nunca a otro abuelo de su edad.

Al señor Faustino le gustaron mucho todos los camiones que había en la tienda, y lo que no eran camiones también, y lo tocaba todo, todas las sedas y todos los volantes y todas las telas tan suaves que había en Las mil y una noches, y nos decía que qué suerte teníamos de ser niños, porque todavía nos quedaba toda la juventud por delante, y al decirlo se le caía una lágrima del ojo; pero no llegamos a saber si era una lágrima de llorar de pena, porque el señor Faustino siempre está llorando por una enfermedad que tiene en los ojos, y todo el rato se está limpiando con el pañuelo, así que nunca sabes a qué atenerte.

La señora dependienta nos sacó las zapatillas rojas del 38 para mi madre, pero no sabíamos cuál era el número de pie de la Luisa, porque no es una cosa que suelas preguntarle a la gente. El señor Faustino dijo que era mejor salir de dudas antes de comprar nada, y llamó desde la misma tienda a la casa de la Luisa.

—Pero que no se entere de que es por lo de las zapatillas —le dije yo al señor Faustino al oído—, que es una sorpresa.

El señor Faustino nos guiñó un ojo, y el Imbécil guiñó varias veces los dos como respuesta.

—¿Doña Luisa Palomino? —preguntó el señor Faustino.

—Sí, soy yo.

—¿Me podría decir, por favor, su número de pie?

—Y a usted qué le importa.

—Perdone, es para una encuesta que estoy haciendo del Ministerio de Sanidad —el señor Faustino volvió a guiñar el ojo.

—Pues... el treinta y nueve.

—Muy bien... Tomo nota... ¿Y tiene usted algún desperfecto en los pies, tipo callo, tipo juanete?

—Mire, es que eso es muy íntimo.

—Le aseguro que toda la información que usted nos dé es confidencial.

—Pues... un callo, en el pie izquierdo, pero muy chico, nada, una rozadura.

—Pues nada más, muchas gracias, muy amable.

—¿Y no regalan nada por responder?

—No, señora, esto lo hacen ustedes porque sí, para la encuesta: «La salud de los pies de la mujer española actual...».

—Ah, claro...

—Que le digo que gracias.

—A usted. Y le digo que no me gustaría que se supiera lo del callo.

—Descuide, señora, lo del callo queda entre usted y yo.

Y entre yo y el Imbécil, que estábamos pegados al teléfono toda la conversación, con las manos en la boca para que no se nos escapara la carcajada. El señor Faustino se limpió los ojos con el pañuelo; para mí que esta vez le lloraba de la risa.

Volvimos al hospital y allí estaba mi madre, esperando ya para irnos a casa. Nos preguntó que qué llevábamos en esa bolsa, y los cuatro, mi abuelo, el señor Faustino, yo y el Imbécil, le dijimos al superunísono que nada, que nada, aunque no sé si se lo creería, porque el Imbécil se pasó un buen rato guiñándonos los ojos a todos.

Por la noche, cuando mi madre nos puso la cena, estábamos ya tan nerviosos como la noche de antes de Reyes, nos daba la risa por cualquier cosa, y mi madre nos miraba de reajo, pero no parecía enfadada, tenía todo el rato una sonrisa de medio lado. El Imbécil se fue al salón y yo me quedé con ella recogiendo la mesa. Todo estaba planeado al milímetro. El Imbécil tenía que llamar a la Luisa y decirle:

—Que subas, que mi madre quiere hablar contigo.

Claro, que el Imbécil no se lo diría así, lo diría a su manera:

—Que la mamá del nene ha dicho que la Luisa suba para hablar con ella.

Es un poco de lío; pero cuando te acostumbras, le entiendes perfectamente. No sabemos cuándo se decidirá a hablar como las personas normales. A lo mejor nunca. Él es un niño que va a su bola.

Al momento, la Luisa subió. Estaba un poco cortada y mi madre también estaba un poco cortada.

—Que me ha dicho el nene que querías hablar conmigo.

—¿Yo? —dijo mi madre—. Pues... no; pero bueno, mujer, siéntate un rato con nosotros.

Yo y el Imbécil nos metimos para dentro y sacamos los paquetes de debajo de la cama de mi abuelo.

Llegamos a la cocina y las dos seguían en silencio. El Imbécil le dio el paquete a la Luisa y un beso, y luego yo le di el paquete a mi madre y un beso. Lo hicimos así porque nos lo dijo mi abuelo:

—Ya que el enchufado de la Luisa es Manolito y el de vuestra madre el Imbécil, hay que hacerlo al contrario. Por compensar.

La Luisa dijo:

—¿Pero qué es esto?

Y mi madre dijo:

—¿Pero esto qué es?

Y las dos abrieron sus paquetes y encontraron las zapatillas rojas.

—¿Y con qué dinero habéis comprado ahora esto? —preguntó mi madre.

—Con mi moneda gorda —dijo el Imbécil con cara de nostalgia.

—Esta vez no ha sido con dinero robado, no te creas —dije yo.

La Luisa se puso las zapatillas en sus pies del treinta y nueve.

—¡Qué comodidad!

—Y además es bueno para tu callo.

La Luisa se quedó un momento pensando y luego soltó una carcajada.

Ahora me tocaba decir la frase crucial que me había dicho mi abuelo:

—Luisa, yo y el Imbécil vamos a ahorrar a partir de ahora para devolverte el dinero que te quitamos; bueno... que te quitó el Imbécil y que luego yo no dije nada.

Y la contestación de la Luisa fue la que mi abuelo había previsto:

—No quiero que me devolváis nada. Con esto ya está todo devuelto. Venid aquí, cariños míos, que vuestra Luisa os dé un beso.

No fue un beso, serían lo menos veinticinco, y de esos que te dejan la mandíbula desencajada y la piel roja. Pero eso era lo de menos; lo más importante era que estábamos quedando como Dios.

Tenía razón mi abuelo cuando nos dijo:

—Hacedme caso, niños, que yo entiendo de mujeres.

La mamá de Manolito

Mi abuelo salió del hospital el sábado por la tarde. Fuimos a recogerle mi padre, mi madre, yo y el Imbécil. Ya le habían quitado la sonda y estaba vestido de abuelo normal. Se despidió de todos sus colegas de la planta, incluido el señor de la cama de al lado, y de la enfermera gigante, porque mi abuelo toma cariño a cualquier persona, aunque sean personas que a mí me caen fatal. Eso a él no le importa. Y eso que a mí me gustaría que siempre pensara lo mismo que yo de la gente.

Mi abuelo andaba mucho más lento porque todavía le tiraban un poco los puntos. Iba apoyado en mi padre y en mi madre, y yo y el Imbécil nos íbamos turnando porque los dos queríamos llevar la maleta con ruedas. El guarda jurado le preguntó al Imbécil:

—¿Ya se va tu abuelo, niño?

—Sí.

—¿Y sigues robando?

—No, ya no, el nene ya no quiere robar.

—Eso está muy bien —dijo el guarda jurado.

—Porque luego el nene lo tiene que devolver, y eso al nene no le gusta.

Como verás, el Imbécil no había aprendido nada de la bronca que nos habían echado. Es un niño sin moral. Pero mi abuelo dice que no hay que preocuparse, que ya aprenderá a distinguir el bien del mal. De momento, el bien es lo que a él le apetece, y el mal es lo que no le gusta. Y para de contar.

Yo y el Imbécil quisimos hacer de enfermeros todo el rato con mi abuelo. Le llevamos la cena al sofá, y le pusimos una servilleta atada al cuello, y le quisimos dar la cena a cucharadas; pero él, de vez en cuando, decía:

—Bueno, ya está, no me aturdáis, que me mareo.

Luego le ayudamos a acostarse. Nos hubiéramos querido meter con él en la cama, pero mi madre dijo que ni hablar, que no fuéramos moscones, que el abuelo tenía una herida y había que dejarlo tranquilo.

Lo mejor de todo fue que, aprovechando que ya teníamos a nuestro vigilante nocturno en casa (el abuelo), mis padres, como hace muchos viernes, pudieron irse a dar una vuelta. Yo y el Imbécil les dijimos adiós desde la ventana. Iban con la Luisa y Bernabé.

Ya estábamos los tres solos, como todos los viernes. Nosotros nos acostamos en la cama de al lado. Mi abuelo me dijo:

—Ay, se me olvidaba, Manolito: tu madre me dijo que antes de dormirte miraras debajo de la almohada.

Miré debajo de la almohada. Había un paquete alargado. Lo abrí. No lo podía creer: era un reloj sumergible *water resist*. Mucho mejor que el de la comunión. Éste se podía sumergir a ochocientos metros de profundidad acuática. Quién sabe si yo alguna vez en mi vida estaría a esa profundidad.

No me había dado cuenta de que al lado del paquete del reloj había un papelito que decía:

«Con todo mi cariño,
la mamá de Manolito».

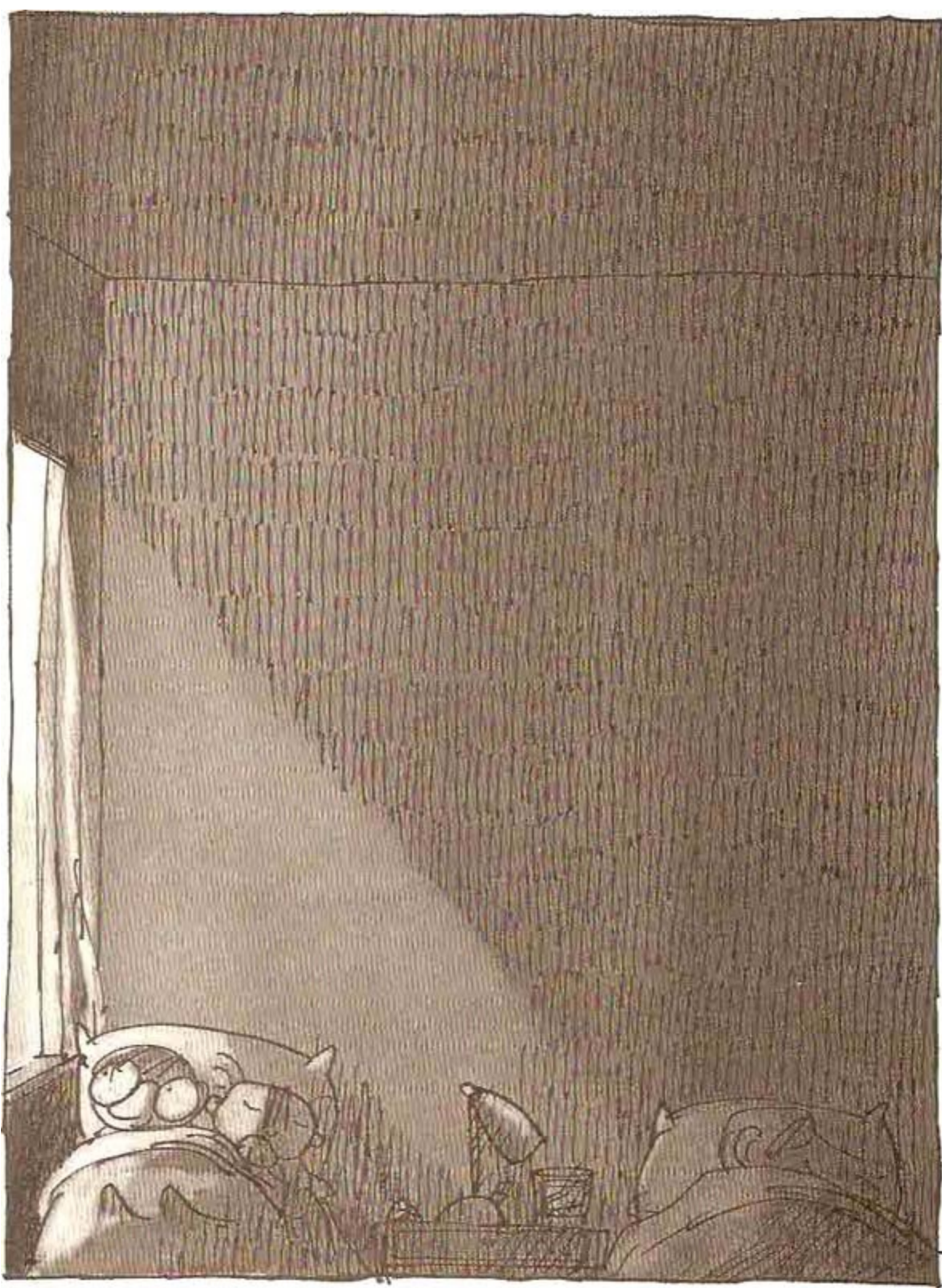
Apagamos la luz, y los números del reloj y las agujas brillaban en la oscuridad. Oí a mi abuelo roncar. Ya se había dormido. A mi lado, el Imbécil, muy apretado a mí, me había puesto los pies en la barriga, como hace siempre para que se los caliente, y miraba el reloj mientras daba vueltas al asa de su chupete, que es su forma de concentrarse antes de dormir. Se lo apartó un momento de la boca, y dijo, ya con la voz del sueño:

—Mola.

Y yo pensé, mientras miraba cómo se movía la aguja del segundero, que yo y el Imbécil éramos bastante diferentes. El Imbécil no se había enfadado, y eso que mi madre sólo había dejado un regalo para mí. Yo, en su caso, me hubiera enfadado muchísimo.

Tampoco se enfadó cuando le leí la frase que mi madre había escrito en el papelillo. Y yo me hubiera enfadado también muchísimo, porque siempre me enfado cuando él dice eso de «la mamá del nene».

Pensé que todo volvía a ser como antes con mi abuelo en casa. Los ronquidos de fondo y también, de fondo, un canto extraño que hace el Imbécil cuando se está durmiendo: «*Mrnmmmmmm*». Con la luz que entraba de la farola, pude ver que los ojos se le estaban cerrando. Sus pies seguían en mi barriga, ya se habían calentado; menos mal, porque los pies del Imbécil siempre entran en la cama como dos barritas de hielo, y sus manos me agarraban muy fuerte la camiseta, como si le diera miedo que me pudiera levantar y marcharme a otra cama.



Creo que me dormí, porque no sé lo que pasó entre las 12 y 37, que era la hora que marcaba el reloj la última vez que lo miré, y las 2 y 14, que era la hora que marcaba cuando lo volví a mirar. Mis padres habían llegado. Oí a mi padre, que decía en voz muy baja:

—Es precioso, cómo me gusta...

Y la mamá de Manolito, más bajo todavía:

—¿Y las zapatillas, es que no son bonitas?

Y mi padre:

—Mucho, y tú más...

Y ya no oí nada, porque cerraron la puerta de su habitación.

Eran tantas las cosas que nos habían pasado esa semana que mi abuelo había estado en el hospital, que más que una semana parecía que había pasado un año. No había visto casi a mis amigos, pero la verdad es que no me había dado tiempo para aburrirme. Ahora todo parecía como una aventura espeluznante en la que había dos protagonistas principales. Esos dos protagonistas éramos: yo y el Imbécil.

(Cuando pensé esto último, eran las 2 y 27; luego debí de dormirme, porque ya no me acuerdo de más.)